



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS
CON MENCIÓN EN CLÍNICA PSICOANALÍTICA

TÍTULO DE LA TESIS:

“DECLINACIÓN DE LA FUNCIÓN PATERNA Y SU INCIDENCIA EN LA
SINTOMATOLOGÍA INFANTIL ACTUAL:
AGRESIVIDAD, ADD/ADHD Y DEPRESIÓN”

Previa a la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis
con Mención en Clínica Psicoanalítica

ELABORADO POR:

VERÓNICA LETICIA CORONEL MENDOZA
GABRIELA MERCEDES TAMBO ESPINOZA

Guayaquil, a los 31 días del mes de octubre año 2012



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo fue realizado en su totalidad por PSIC. CLI. VERÓNICA LETICIA CORONEL MENDOZA Y PSIC. CLI. GABRIELA MERCEDES TAMBO ESPINOZA, como requerimiento parcial para la obtención del Grado Académico de Magíster en Psicoanálisis con Mención en Clínica Psicoanalítica.

Guayaquil, a los 31 días del mes de octubre año 2012

DIRECTOR DE TESIS

Dra. Elena Sper

REVISORES:

DIRECTOR DEL PROGRAMA

Dra. Nora Guerrero de Medina



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

NOSOTRAS, VERONICA LETICIA CORONEL MENDOZA Y
GABRIELA MERCEDES TAMBO ESPINOZA

DECLARAMOS QUE:

La Tesis “Declinación de la Función Paterna y su Incidencia en la Sintomatología Infantil Actual: Agresividad. ADD/ADHD y Depresión” previa a la obtención del Grado Académico de Magíster, ha sido desarrollada en base a una investigación exhaustiva, respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan al pie de las páginas correspondientes, cuyas fuentes se incorporan en la bibliografía. Consecuentemente este trabajo es de mi total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance científico de la tesis del Grado Académico en mención.

Guayaquil, a los 31 días del mes de octubre año 2012

LAS AUTORAS

Verónica Leticia Coronel Mendoza

Gabriela Mercedes Tambo Espinoza



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

SISTEMA DE POSGRADO

AUTORIZACIÓN

NOSOTRAS, VERÓNICA LETICIA CORONEL MENDOZA Y
GABRIELA MERCEDES TAMBO ESPINOZA

Autorizamos a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la publicación en la biblioteca de la institución de la Tesis de Maestría titulada: “Declinación de la Función Paterna y su Incidencia en la Sintomatología Infantil Actual: Agresividad. ADD/ADHD y Depresión”, cuyo contenido, ideas y criterios son de nuestra exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, a los 31 días del mes de octubre año 2012

LAS AUTORAS

Verónica Leticia Coronel Mendoza

Gabriela Mercedes Tambo Espinoza

AGRADECIMIENTO

Queremos agradecer a nuestra Directora de tesis Dra. Elena Sper, que nos acompañó y guió durante la realización de este trabajo, a nuestra Directora de Maestría Dra. Nora Guerrero de Medina, a nuestros docentes, a nuestros amigos con quienes hemos compartido también este recorrido y especialmente a nuestros padres.

Verónica Coronel Mendoza y

Gabriela Tambo Espinoza

DEDICATORIA

Queremos dedicar este trabajo a nuestros padres: Letty y Jorge;
Mercedes y Antonio

**Verónica Coronel Mendoza y
Gabriela Tambo Espinoza**

INDICE

Agradecimiento	
Dedicatoria	
Introducción.....	i

CAPÍTULO I:

1.1. Estructuración psíquica del niño.....	1
1.1.1. El estadio del espejo.....	5
1.1.2. La identificación.....	12
1.1.3. La agresividad narcisística.....	20
1.1.4. Edipo en Freud y Nombre del Padre en Lacan.....	23
1.2. Estructura familiar clásica y actual.....	31
1.2.1. Funciones parentales.....	39
1.2.2. Función paterna y su declinación.....	44

CAPÍTULO II:

2.1. Estructura del síntoma en Freud y Lacan.....	56
2.1.1. El síntoma en Freud: del sentido al goce.....	56
2.1.2. El síntoma en Lacan:	75
2.2. El fantasma.....	77
2.3. El síntoma en el niño.....	80

2.3.1. Posición del niño en la neurosis.....	82
2.3.2. Posición del niño en la psicosis.....	83
2.3.3. Estructura perversa.....	85
2.4. Consecuencias en la subjetividad del niño debido a la declinación de la función paterna.....	89
2.4.1. En la constitución del narcisismo.....	91
2.4.2. En el manejo de la angustia.....	97
2.4.3. En los procesos secundarios del pensamiento.....	102
2.5. Principales expresiones sintomáticas en los niños en la época actual: Agresividad, ADD/ADHD, Depresión.....	109
2.5.1. Agresividad.....	110
2.5.2. ADD/ADHD.....	112
2.5.3. Depresión.....	114
2.6. Incidencias y respuestas de la época frente a estos síntomas.....	117

CAPÍTULO III

3.1. Casos clínicos.....	122
3.1.1. No querer saber.....	122
3.1.2. El Hombre Germen.....	130
3.2. La posición del analista frente a estos síntomas y la época.....	145

Conclusiones	151
---------------------------	-----

Referencias bibliográficas	155
---	-----

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se desarrolla a través de un estudio no experimental sobre los síntomas infantiles que se presentan en la actualidad como la agresividad, el déficit de atención con o sin hiperactividad (ADD y ADHD) y la depresión; se elucidará mediante el estudio de casos tomados desde la práctica clínica dentro del ámbito educativo. El rango de edades en los casos estudiados comprende entre los 5 a 11 años de edad.

En la actualidad se observan niños desregulados, desorientados, con dificultad para establecer lazos sociales y afectivos, niños considerados “problema” para sus padres o para la institución educativa. Se puede observar como estas expresiones sintomáticas van cada vez más en aumento, llegando a mostrarse como una generalidad en niños y niñas.

Frente a esta realidad, en el desarrollo de los capítulos se presentará un recorrido teórico que permitirá determinar las causalidades de las manifestaciones sintomáticas actuales, partiendo desde las transformaciones que han sufrido las funciones parentales y por ende la estructuración psíquica del niño, cambios que no son sin consecuencias.

La época actual promueve un ideal de felicidad donde “todo es posible”. El mercado oferta objetos a los que el sujeto accede para lograr una satisfacción y no saber de la falta. El discurso capitalista rechaza la castración mediante la promesa de un goce-todo, obtenido por la vía del consumo de objetos, llevando a la abolición de la posición de sujeto para transformarlo en un objeto al servicio del mercado.

Hoy le son impuestos a los niños rótulos y diagnósticos, desde el mercado, como el Déficit de Atención con y sin hiperactividad (ADD/ADHD) o Depresión; se encuentra también que los padres no logran responder desde lo simbólico a esta imposibilidad encarnada en la sintomatología de sus hijos, debido a que se pone en juego su propia confrontación con la castración.

El mercado pretende cumplir con los ideales de adaptación y bien-estar del sujeto, brinda soluciones rápidas como la medicalización, que taponan el inconsciente y evitan que el sujeto se cuestione sobre las causas de su síntoma.

También se abordará la intervención que desde el psicoanálisis se plantea a los síntomas actuales, donde se busca que el niño recupere su dimensión de sujeto a través de la escucha particular de su malestar, siendo una oferta contraria a la del mercado donde la rapidez es una exigencia. El psicoanálisis ofrece la posibilidad de enfrentar su malestar y no evadirlo.

CAPITULO I

1.1 ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA EN EL NIÑO.

La estructuración psíquica del niño nace, desde la perspectiva psicoanalítica, a partir de la relación con el Otro. Es en la interacción con ese Otro, que el niño puede alcanzar la consistencia de cada uno de los elementos que conforman su estructura psíquica.

Cuando el niño nace es un organismo vivo, inacabado, lleno de sensaciones, que llega a un mundo inmerso en el lenguaje, en significantes que lo recubren, que son otorgados por el Otro, estos significantes pueden ser, de aceptación o de rechazo. Es en la dialéctica de estos elementos que se van relacionando de una manera lógica más no en un orden cronológico.

El lugar del Otro se encarna en la figura de la familia. Al hablar de la figura familiar, no se refiere a la relación consanguínea, sino a la relación cercana y necesaria con otra persona que todo sujeto requiere en un momento de indefensión, propia de su condición de recién nacido.

La especie humana se caracteriza por el desarrollo singular de las relaciones sociales, basado en un instinto que podría llamarse de interacción.

En los animales se puede ver un carácter esencial del instinto: su regulación fisiológica al término de la cría. En el hombre, el instinto se encuentra condicionado por una regulación cultural.

La cultura introduce una nueva dimensión en la realidad social y en la vida psíquica. Esta dimensión específica a la familia humana, al igual que todos los fenómenos sociales del hombre. Hay una estructura cultural de la familia humana.

La familia como objeto y circunstancia psíquica nunca objetiva instintos sino siempre, complejos. Por medio de los complejos, las instancias sociales dominan a las naturales.

La clave del desarrollo y de la psicopatología la da el complejo que es un factor de la cultura (Otro) opuesto al instinto y tiene desde esta perspectiva un estatuto significativo y opera como una preestructura inconsciente. La misma tiene dos rasgos: fijación a una etapa del desarrollo y repetición de una pauta inadecuada.

Lo que define al complejo es el hecho de que reproduce una cierta realidad del ambiente, en referencia al objeto, es decir, repite en lo vivido la realidad fijada, reproducción de las experiencias previas que exigirán una objetivación de dicha realidad.

Los complejos desempeñan un papel de organizadores en el desarrollo psíquico. Como elemento fundamental del complejo encontramos una representación inconsciente, llamada imago.

El complejo del destete representa la forma primordial de la imago materna; da lugar a los sentimientos más arcaicos y más estables que une al individuo con la familia. Este complejo es el más primitivo del desarrollo psíquico que se integra a todos los complejos ulteriores; se encuentra determinado por completo por factores culturales, y es de ese modo que desde ese estadio primitivo es radicalmente diferente del instinto.

Traumático o no, el destete deja en el psiquismo humano la huella permanente de la relación biológica que interrumpe. Esta crisis vital, se acompaña con una crisis del psiquismo. Por primera vez una tensión vital se resuelve en una intención mental. A través de esta intención el destete es aceptado o rechazado.

El rechazo o aceptación no se pueden concebir como una elección, porque no hay un yo todavía constituido, son coexistentes o contrarios, aunque uno de ellos prevalece.

El rechazo del destete, es el que instaura lo positivo del complejo, la imago del seno materno (imago de la relación nutricia) que domina toda la vida del hombre. Esta imago se relaciona con las profundidades del psiquismo, y su sublimación es particularmente difícil.

Para que se introduzcan nuevas relaciones con el grupo social, para que nuevos complejos las integren al psiquismo, la imago debe ser sublimada. En la medida en la que resiste a estas nuevas exigencias, que son las del progreso de la personalidad, la imago, beneficiosa en un principio, se convierte en el factor de muerte.

Se puede caracterizar a esta imago del seno materno como una perfecta asimilación de la totalidad al ser, ilusión de armonía universal, abismo mítico de la fusión afectiva. Formas de la búsqueda del paraíso perdido antes del nacimiento y de la aspiración a la muerte.

El complejo de la intrusión representa la experiencia que realiza el sujeto primitivo cuando ve a uno o a muchos de sus semejantes participar de una relación doméstica. Los celos tienen un papel en la génesis de la sociabilidad, no representan una rivalidad sino una identificación mental.

La imago del semejante (imago del otro), está ligada a la estructura del propio cuerpo y de sus funciones de relación, por una cierta semejanza objetiva. Se bosqueja el reconocimiento de un rival, de un "otro" como objeto. No es un conflicto entre dos individuos sino en cada sujeto, un conflicto entre dos actitudes contrapuestas y complementarias. Cada partenaire confunde la parte del otro con la suya propia y se identifica con él. Puede vivir esa relación con una participación insignificante de ese otro y vivir toda la situación por sí solo.

El rival, el otro, se muestra como objeto electivo de las exigencias de la libido que, en este momento, son homosexuales. Se da en este objeto, una confusión de dos relaciones afectivas, amor e identificación.

La agresividad es secundaria a la identificación. La agresividad domina a la economía afectiva, pero también es soportada y actuada por una identificación con el otro, objeto de la violencia.

Complejos, imagos, sentimientos y creencias serán estudiados en relación con la familia y en función del desarrollo psíquico que organizan, desde el niño educado en la familia hasta el adulto que la reproduce.

1.1.1. El Estadio del Espejo

El estadio así considerado corresponde a la declinación del destete, al término de los seis meses, momento en que predomina un malestar psíquico por la prematurez del nacimiento. Desde el sexto mes se produce en el niño un fenómeno de percepción.

El estadio del espejo manifiesta una captación espacial de una insuficiencia orgánica de su realidad natural. Se fija una imagen, esta actividad es reveladora de un dinamismo libidinal hasta entonces problemático, y de una estructura ontológica del mundo humano.

La función del estadio del espejo es la de organizar el desarrollo psíquico, estableciendo una relación del organismo con su realidad. Este momento estructural, lo que va a configurar es la subjetividad humana y la configuración de la imagen humana. En este estadio, es donde se inicia la configuración del niño como sujeto, se identifica con la imagen y en esa medida puede subjetivarse.

Desde la evolución biológica, el niño no puede reconocer su imagen solo, necesita del Otro que le preste las palabras, el lenguaje para describir lo que él es, de manera que construya su imagen.

Hay una discordancia en ese estadio del hombre, tanto de las pulsiones como de las funciones. Ello determina un estadio constituido afectiva y mentalmente sobre la base de una propioceptividad que considera al cuerpo como despedazado.

La búsqueda de su unidad afectiva da lugar en el sujeto a las formas en las que se representa su identidad y la forma más primitiva de ella está constituida en esta fase por la imagen especular.

El niño al ver su imagen reflejada en el espejo lo que alcanza a captar es un cuerpo completo porque, hasta ese momento, lo que veía eran totalidades dispersas, siendo esto lo real de su cuerpo. Al verse en el espejo une lo disperso, dándole límites a los pedazos, ve su imagen completa y esto le provoca júbilo aunque no coincide con la separación que siente.

La forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, le es dada como Gestalt, como una forma más constituyente que constituida. Gestalt, cuya pregnancia debe considerarse como ligada a la especie, siendo capaz de efectos formativos sobre el organismo. Hechos que se inscriben en un orden de

identificación homeomórfica que quedaría envuelto en la cuestión del sentido de la belleza como formativa y como erógena.

Por otro lado, aparece la rivalidad hacia el otro del espejo que siendo él, al mismo tiempo es ese otro. Esta rivalidad puede transformarse en agresividad cuando hay algo que se escapa a la palabra, que no fue significado y que no se puede tramitar, manifestándose mediante actos; esta dificultad de significar es debido a que no todo lo real que se nos presenta puede ser significado.

La aparición de ese Otro hace que se rompa esta situación especular y que ingrese en el lenguaje. El Otro que interviene en este momento estructural, por medio del lenguaje, le dice al niño que ese otro del espejo es él, permitiéndole una correspondencia entre el otro del espejo y él, reconociendo en ese otro su propia imagen. De forma que se articula lo real de su cuerpo y lo simbólico. El lenguaje constituye esa imagen que no reconoce. Para el psicoanálisis se configura la imagen humana por la intervención del Otro.

Además, en esa introyección de la imagen hay una pérdida, debido a que visualiza su cuerpo fuera de él; es decir, ese otro que está en el espejo tiene una parte de mí y al mismo tiempo es él. También se visualiza fuera del campo del otro, ya no son uno solo, son dos cuerpos, dos seres diferentes.

En el Estadio del Espejo, el otro que está en el espejo tiene una parte de él, y el temor del niño es que le arrebate todo, dejándolo en la nada y su respuesta es de manera agresiva para defenderse de ese Otro.

El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, máquina de las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental.

En el estadio del espejo se produce una identificación, a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen.

El mundo que caracteriza a esta fase es un mundo narcisista. La percepción de la actividad del otro no es suficiente para romper el aislamiento afectivo del sujeto. Mientras la imagen del semejante suscita en el niño emociones y posturas similares, el niño no se distingue de la imagen misma.

La imagen se limita a añadir la intrusión temporaria de una tendencia extraña: la intrusión narcisista. Esta unidad que introduce en las tendencias contribuirá a la formación del yo. Sin embargo, antes de que el yo afirme su identidad, se confunde con esta imagen

que lo forma y que lo aliena en forma primordial. La imago primordial del doble en la que el yo se modela parece dominada en un primer momento por las fantasías de la forma.

El yo se constituye al mismo tiempo que el otro en el drama de los celos. La introducción de un tercero produce una discordancia en la satisfacción especular de la que se ha enganchado.

El sujeto es introducido a los celos por identificación y llega a una alternativa en la que se juega el destino de la realidad. La concurrencia implica al mismo tiempo rivalidad y acuerdo. Los celos se revelan así como arquetipo de los sentimientos sociales.

En el estadio del Espejo se constituye el Yo, en relación a otro; lo propio se reconoce fuera, lo que lo lleva a cuestionarse ¿quién soy yo? Debido a que se deriva del proceso identificatorio con ese Otro.

Existen dos hechos significativos para que se constituya el Yo, estos son el narcisismo primario y secundario (Freud, 1914)

El narcisismo primario designa un estado precoz en el que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo, y define la relación del niño con el Yo Ideal, producto de la identificación primaria, aquella de mayor valencia del sujeto. Esta identificación inaugura el nuevo acto psíquico que permite al *infans* decir Yo, como unidad, gracias a la instauración del Superyó primitivo.

Lacan planteará al narcisismo primario como la relación del niño con el yo ideal, efecto del discurso parental: los padres atribuyen perfecciones, sobrestimaciones y proyectan sus ideales, sus sueños en el niño. El yo ideal sitúa la instancia del yo desde antes de su determinación social, en una línea de ficción.

Freud (1914) dice: “Si atribuyen al niño todas las perfecciones, cosa para la cual no hallarán quizás motivo alguno en una observación más serena, y se niegan o se olvidan de todos sus defectos (...) la vida ha de ser más fácil para el niño que para sus padres”.

El narcisismo secundario designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus catexis objetales. Aquí el niño se confronta a un ideal, al Ideal del Yo (Lacan), que está formado por el entorno y que Freud define como representaciones culturales, éticas y sociales que le son transmitidos al niño.

Durante este recorrido teórico podemos observar que el niño es un ser social, siempre está rodeado por un otro primordial, que podría ser la madre, después entra en esa relación el padre y la función que este representa. Ambos seres, para el niño, son primordiales tanto para su supervivencia como para su estructuración psíquica, a pesar que el niño siente una relación de ambivalencia.

Cuando el niño es descolocado del lugar de objeto ideal de la madre, él trata de recuperar la satisfacción narcisista que ha perdido, buscando aprobación mediante los

ideales de la cultura, que están sujetos al marco simbólico y asimila identificaciones simbólicas, dando como resultado el Ideal del Yo.

Ese imaginario y simbólico que se estructuran, le dan al niño consistencia a su subjetividad. No obstante, no todo puede ser representado, hay algo que siempre queda fuera y este resto no asimilable es lo que va a buscar el sujeto, es decir, lo que le permite movilizarse y entrar en el deseo.

El yo así concebido no alcanza antes de los tres años su constitución esencial. Como quiera que sea, tanto el objeto como el yo se realizan a través del semejante, cuanto más pueda asimilar de su partenaire, mas reafirma el sujeto su personalidad y objetividad, garantes de su futura eficacia.

Este momento en el que termina el estadio del espejo, inaugura, por la identificación con la imago del semejante y el drama de los celos primordiales, la dialéctica que desde entonces liga al yo - je con situaciones socialmente elaboradas. La normalización de esa maduración natural depende de un expediente cultural.

El estadio del espejo introduce la asunción del desgarramiento original con el consecuente rechazo del objeto y la unidad del propio cuerpo por la vía de la identificación con la imagen. Lacan dice que la realidad conserva las marcas de este momento.

1.1.2. La Identificación

Freud (1914) referirá a la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. La identificación reemplaza a la elección de objeto, y el yo toma sobre sí las propiedades del objeto al que se identifica.

Desde la perspectiva freudiana, se define a la personalidad como la sumatoria de identificaciones y en la cual la identificación es la apropiación de un rasgo del Otro, entonces la identificación es siempre parcial. La identificación es un elemento de estructuración de la subjetividad, que define modos de actuar y de gozar del sujeto. Posee un carácter alienante.

Freud (1920) En *Psicología de las masas y análisis del yo*, distingue y señala a la identificación como la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto. Así, Freud hace referencia a tres formas de identificación: la identificación primaria, la identificación secundaria y la identificación histérica.

La identificación primaria es la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto; esta relación está evidentemente marcada por el proceso de incorporación en la fase oral, en esa relación con la madre, que desde un principio es ambivalente, en esta fase el niño establece una relación con el objeto. En la identificación primaria se constituye un yo rudimentario.

La introyección y la identificación son las fases preliminares de la elección de objeto, y la primera forma ambivalente en su expresión que es utilizada por el yo para escoger un objeto.

La construcción del objeto interno se inicia así en la primera relación con la madre. El bebé incorpora partes del objeto, se identifica con esas partes y se vive una relación con ese objeto; va haciendo pequeñas identificaciones tales como: lo que mamá hace, lo que da, los pequeños y constantes actos en el trato y cuidados diarios, todo esto va formando el yo y el objeto con el que se relaciona este yo en desarrollo. El niño introyecta así estas características de su objeto cuando aún no existe una diferenciación entre el objeto y el sujeto.

Freud también se refiere a una identificación secundaria, en donde se aspira a configurar al yo propio a semejanza del otro (toma al padre como su ideal) tomado como modelo, siendo el complejo de Edipo su máxima expresión. El niño buscará reintroyectar el objeto perdido, tomando un rasgo de este o de lo que le fue transmitido por los padres desde el Yo Ideal, permitiéndole constituir su YO.

La identificación secundaria se trata de la apropiación (introspección) de un rasgo - inclusive síntomas- del objeto, de amor o rival, en el yo. Se juega la dimensión del tener, debido a que el sujeto es consciente de una pérdida y busca restituir lo perdido identificándose a eso que supone le falta. Por ejemplo, en el caso Dora, que nos presenta Freud, la muchacha se identifica con su madre a través de un catarro, producto de la

rivalidad y hostilidad del complejo de Edipo (ocupa su lugar), y el castigo vía represión de sufrir como la madre.

Esto quiere decir que este tipo de identificación reemplaza la elección de objeto, siendo una identificación al síntoma del Otro. "Has querido ser como tú madre, ahora lo eres en el síntoma". También se identifica con el padre a través de la tos nerviosa: tener del padre como objeto aunque sea la tos.

Freud mencionará la identificación histérica o identificación del pensionado, donde no parece tener el mismo peso estructural que las anteriores, es el tipo de identificación que no está vinculado con la relación de objeto.

Freud lo llama el mecanismo de identificación por querer ponerse en la misma situación. Por ejemplo: una chica recibe una carta de su enamorado secreto, la carta despertó sentimientos que culmina en un ataque histérico, otras muchachas que saben del asunto pescarán un ataque similar. Las otras que también querían tener una relación de ese tipo bajo el influjo de la represión aceptarán tener el sufrimiento que ello trae aparejado.

Esta identificación no es sobre la base del objeto sexual, se trata de una comunidad con otra persona que no es objeto sexual, cuanto más significativa sea esa comunidad más lazos sociales pueden crearse. Nos servirá para pensar toda organización social. Toda la vida social tiene como base este tipo de identificación.

Lacan hace suyas las tres identificaciones freudianas, transformándolas para ubicarlas en los tres registros de su nudo: en lo imaginario, la identificación histórica con el deseo del Otro; en lo simbólico, la identificación por el rasgo unario; en lo real, la identificación con el Otro real, con el Nombre del Padre de la que surge el amor, y la identificación con el síntoma al final de análisis.

Identificación Imaginaria.- En el orden imaginario se constituye el YO, que es la instancia psíquica mediadora de conflictos y que organiza al individuo en su relación con el mundo u objetos. Entonces, a partir del Estadio del espejo, Lacan establece para el Yo un origen situable: el Yo se constituye por identificación a un imago, se constituye como un objeto libidinal y narcisístico.

Una vez más Lacan se funda en Freud, para dar cuenta de la identificación: desde el Otro le llega la imagen a la que va a alienarse; el primer efecto del imago que aparece en el ser humano es un efecto de alienación para el sujeto.

La identificación diferencia dos imaginarios: el verdadero y el falso. El falso imaginario es aquel que tiene que ver con la imagen especular en tanto engaño de unidad anticipada, remite a las ilusiones necesarias del espejo. Se trata de lo imaginario del modelo óptico que si bien es necesario para la conformación del narcisismo, no alcanza para presentar la dimensión del objeto. Con este orden imaginario se liga parte de lo real que es esa muestra óptica, ese sin sentido de lo que se ve.

El cuerpo se experimenta solo fragmentariamente y el encuentro con la imagen unificada lo lleva a quedar cautivado en su imagen que adquiere un poder anticipatorio (la imagen en el espejo). Así mismo, indica las características de las relaciones primarias del niño y su madre, en su alienación y dependencia; en las cuales el niño adquiere una noción de sí mismo identificándose con la madre, es decir, su Yo es reflejo del Otro.

La noción del Imaginario en la teorización del Espejo remite a dos cuestiones: la imagen corporal y el poder formador de la imagen.

Freud en la identificación, relaciona la instancia yoica con el narcisismo y la división que sufre en su desarrollo con la influencia cultural, afectando ese narcisismo primario que corresponde al Yo, como Yo Ideal, el niño falo de la madre, y, bajo la forma de narcisismo secundario, el Ideal del Yo, como un Yo apegado a las normas e ideales.

Identificación Simbólica.- La intervención del padre hace progresar la relación imaginaria hacia la inclusión del niño en lo simbólico, interviniendo en dos momentos: como prohibidor y facilitador.

Esta sería el Nombre del Padre con la función separadora del niño como objeto de amor de la madre. La operación de corte que ejecuta el padre le significa al niño que no es falo perfecto de la madre.

El Ideal del Yo es el sustituto de la satisfacción narcisista perdida por la intervención castradora del padre. Cuando el niño es descolocado como objeto ideal de la madre, él trata de recuperar la satisfacción narcisista que pierde, buscando en el marco simbólico y asimila identificaciones simbólicas, secundarias. Entonces este sería un sujeto castrado, sujeto tachado \mathcal{S} . Es el sujeto tachado el que se hace representar por un significante, por lo tanto el que se introduce en el marco simbólico por medio de la ley del padre.

Lacan ubica lo simbólico como la función del Nombre del Padre operando en el Otro Primordial, la madre. Esto determina la consistencia en el registro imaginario.

De modo que lo simbólico sostiene al cuerpo; la función del Nombre del Padre opera sobre el cuerpo del *infans*, otorgando una consistencia que le impide quedar a la merced del goce del Otro.

Las identificaciones imaginarias y simbólicas, se estructuran en las relaciones humanizantes, le dan al niño consistencia a su subjetividad, pero siempre queda algo fuera de las representaciones imaginarias y las articulaciones simbólicas del lenguaje.

El cuerpo de lo simbólico - la lengua- constituye una determinante al cuerpo de lo imaginario. Por efecto de la incorporación, Lacan (1957) dirá en el Seminario 5, Formaciones del Inconsciente: lo que está a consumir es el ser del Otro, se presenta como lo más inasible de él. Ubica una articulación con la privación, porque si ella da cuenta de la

falta radical constitutiva, falta en ser, esta primera identificación es el primer punto de estructuración del sujeto en relación a esa falta situada en el campo del Otro.

Sabemos que este es el campo del lenguaje que pre-existe al sujeto. El lenguaje que la madre habla, con sus palabras y sus sonidos. En sus palabras y en su música ella transmite lo que es el orden de su propia falta; ubicando al niño en el lugar del supuesto falo que a ella le falta, falo del cual está privada.

Lacan, en la Clínica del Nudo, introduce la equivalencia de los tres registros presentados bajo el modo del nudo borromeo, lo Real, lo Simbólico, y lo Imaginario del cuerpo. En este punto tener un cuerpo tiene que ver con el objeto a, ubicado en el punto triple de entramado de los tres registros.

Así mismo, el nudo constituye un progreso en lo Imaginario, en la consistencia, ya que ese Imaginario en el cual ubica al cuerpo tendría que ver con lo que llama el verdadero imaginario, en el sentido de un imaginario que no se reduce a lo especular, se trata de un imaginario anudado a lo Real y a lo Simbólico.

A partir de lo cual se puede afirmar, que para que haya cuerpo tiene que haber anudamiento de Imaginario y Real, en tanto la imagen especular brinda consistencia y unidad al cuerpo fragmentado del *infans*, pero también anudamiento de lo imaginario a lo simbólico en tanto unidad simbólica que resulta de la identificación al rasgo unario y que surge de aquel asentimiento del Otro que lo introduce de lleno en lo simbólico.

Identificación Real.- refiere que lo real es aquello que no se puede expresar como lenguaje, lo que no se puede decir, no se puede representar, porque al re-presentarlo se pierde la esencia de éste, es decir, es el objeto mismo. Por ello, en la neurosis lo Real está siempre presente pero continuamente mediado mediante lo imaginario y lo simbólico (Lacan, 1975).

En el proceso de estructuración del sujeto, el niño al atravesar este momento, no logra tomar los significantes que lo representen como sujeto, ni logra subjetivar su imagen corporal debido a que no hay metaforización, hay forclusión del nombre del padre. El padre no pudo dar una significación del deseo de la madre como mujer, y al no darle la significación, lo aplasta y lo deja encerrado al paréntesis del fantasma materno, estructurándose la psicosis.

La identificación a lo real, Lacan dirá que es cuando el niño queda tomado como objeto de la madre, está en posición de objeto (a), no como objeto imaginario, tampoco como objeto narcisístico, ni objeto simbólico ligado al ideal del Yo, sino como objeto Real, como objeto pulsional.

En la neurosis el sujeto toma el rasgo del objeto perdido, significándolo para identificarse, en la psicosis no se toma un rasgo, se es el objeto, vivenciándolo sin mediación, ni significantes que lo puedan simbolizar, tornándose invasivo para el psicótico.

Lacan (1975) en su Seminario RSI formulaba: “Yo les propongo, como clausura de esta sesión de hoy, lo siguiente: la identificación, la identificación triple tal como él [Freud] la avanza, les formulo la manera en que yo la defino. Si hay un Otro real, no está en otra parte que en el nudo mismo, y es en eso que no hay Otro del Otro. Este Otro real, háganse identificar con su Imaginario: ustedes tienen entonces la identificación de la histérica con el deseo del Otro. Esto sucede en ese punto central. Identifíquense con lo Simbólico del Otro real. Identifíquense con lo Real del Otro real: ustedes obtienen lo que he indicado con el nombre del padre; y es ahí que Freud designa lo que la identificación tiene que ver con el amor.”

1.1.3. Agresividad narcisística

La agresividad se presenta como secundaria a la identificación. Se manifiesta en una experiencia que es subjetiva por su constitución misma. Supone pues un sujeto que se manifiesta como tal a la intención de otro. Solo un sujeto puede comprender un sentido, inversamente todo fenómeno de sentido implica un sujeto.

Lacan (1948) presenta la tesis sobre la agresividad:

En la primera tesis Lacan sostiene que es suficiente que haya el encuentro con el Otro para que se produzca la agresividad, debido a que se juega allí el lugar de sujeto-objeto.

En la segunda tesis: La agresividad en la experiencia, es dada como intención de agresión, y como imagen de dislocación corporal y es bajo tales modos como se demuestra eficiente, entonces la agresividad nos es dada y se presenta en la experiencia como un

cuerpo fragmentado, dislocado y se puede leer en las defensas sintomáticas que presenta con las que tiene implícitas las conductas de rechazar, en las confesiones de fantasmas de violación, agresión, y en estos síntomas del \$ se puede leer la agresividad original.

La eficacia propia de esa intención agresiva es manifiesta en la acción formadora de un individuo sobre las personas de su dependencia. Esta agresividad no es menos eficaz por la vía de la expresividad.

Las imágenes, en su función formadora en el sujeto constituyen para los instintos mismos esas otras específicas llamados imagos. Entre estas últimas, las hay que representan los vectores electivos de las intenciones agresivas, estas son las imagos del cuerpo fragmentado.

Lacan ubicará también que las imagos que se pueden captar y percibir no son reales, sino son distorsionadas.

La tercera tesis: los resortes de la agresividad, deciden las razones que motivan las técnicas del análisis, Lacan realmente toma y da mucho valor a la técnica del psicoanálisis: asociación libre: el dialogo en si ya implica agresividad, un confrontamiento hay que evitar la emboscada que oculta esa llamada.

La agresividad representa en el sujeto la transferencia imaginaria sobre una persona de una de las imagos mas o menos arcaicas que, por un efecto de subducción simbólica,

degrada, deriva o inhibe el ciclo de tal conducta que, por un accidente de represión ha excluido del control del yo, tal función y tal segmento corporal, que por una acción de identificación ha dado su forma a tal instancia de la personalidad, el más azaroso pretexto basta para provocar la intención agresiva que reactualiza la imago. Esta imago del cuerpo fragmentado, se muestra cuando la moción del análisis toca cierto nivel de desintegración agresiva del individuo.

La cuarta tesis: “la agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del YO y registro de identidades característicos de su mundo”:

Esta relación erótica, en que el individuo humano se fija en una imagen, que lo aliena así mismo, tal es la energía y tal es la forma, en donde toma su origen esa organización pasional, a la que llamará su yo. Esa forma se cristalizará, en la tensión conflictual interna al sujeto, que determina el despertar de su deseo por el objeto de deseo del otro, aquí en concurso primordial se precipita, en competencia agresiva, y de ella nace la triada del prójimo, del yo y del objeto.

Es en una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones, de las que sus conductas, revelan con evidencia la ambivalencia estructural.

La quinta tesis: “la agresividad como una coordinada intencional” lo que desarrolla es lo que se ve en la cultura, se muestra en la relación amo-esclavo, está en la construcción social, dice que es lo que se expresa en la tiranía , en la maldad de la sociedad, en el trabajo.

En todas las fases genéticas del individuo, en todos los grados de cumplimiento humano, en la persona, volvemos a encontrar ese momento narcisista en el sujeto, en un antes, en el que debe asumir, una frustración libidinal, y un después en el que se trasciende, en una sublimación normativa, la agresividad está implicada en el interior de cada una de las grandes fases, que determinan en la vida humana las metamorfosis libidinales.

1.1.4. Edipo en Freud. Nombre del Padre en Lacan.

El Complejo de Edipo

El psicoanálisis ha revelado en el niño pulsiones genitales cuyo apogeo se sitúa a los cuatro años de edad. Estas pulsiones constituyen la base del complejo; su frustración forma su nódulo.

La leyenda de Edipo Rey narra una historia donde Edipo, rey de Tebas, hijo de Layo y Yocasta; mató a su padre sin saber que lo era y posteriormente se casó con su madre, él al descubrir la verdad se cegó intencionalmente. Esta leyenda se convierte en un mito si la particularidad que explica, alcanza a revestirse de manera universal.

Freud ubica al Edipo como estructura en lo universal. Lo denomina estructura porque acontece de la misma manera en diferentes culturas. Donde la madre no es solo lo que está prohibido, puede ser otra cosa. El Edipo es la prohibición frente a un objeto en la constitución del sujeto humano.

El Complejo de Edipo freudiano se compone de cuatro términos: la función materna, la función paterna, el niño y el Falo. Al decir función paterna y materna, no se refiere a la madre o padre propiamente, más bien a la persona que desempeñe dicha función. El tercer término suscita al cuarto término (el Falo) y da razón a la estructura.

De los cuatro términos mencionados anteriormente el Falo es uno de los términos más importantes, que Freud destaca en el escrito sobre las Teorías sexuales infantiles, lo explica como algo que no se ve, que no es representable, como la premisa universal del pene: creencia infantil de que todo tiene pene y que solo existe un órgano genital. El Falo no es ni el pene, ni el clítoris, pues este se refiere como algo que ordena o bien por la presencia o ausencia.

Lacan explica que el mito es la posibilidad de dar forma discursiva a algo que puede transmitir efectos de verdad. Por otro lado, el Falo lo considera representable y es el significante de una falta que en estructura alude a las funciones de subjetividad. Pertenece no al orden imaginario sino al falo simbólico.

Lacan habla de falo imaginario al referirse a la completud de la imagen corporal, objeto con el que el sujeto se identifica para sentirse completo. Establece tres tiempos lógicos para el Edipo.

El primer tiempo es donde el niño al ubicarse como objeto del deseo materno, es el falo imaginario de la madre, lo que a ella por estructura le falta y la hace sentir completa, en este tiempo, el niño intenta satisfacer el deseo de su madre y la madre corresponde, en este momento el niño tiene un lugar en un Otro que le brinda un sentido a su existencia, siendo madre e hijo uno solo, en un estado de completud. Aquí todavía no interviene el padre.

En el segundo tiempo del Edipo el padre, en el plano imaginario, interviene realmente como privador de la madre ante los ojos del niño, debido a que es él quien porta la ley, en una forma mediadora entre la madre y el niño, que permite dirigir el deseo fuera de ellos a otros objetos, entre estos el padre mismo. Al mismo tiempo que prohíbe, transgrede.

El niño en la búsqueda de reinstaurar la completud que tenía con la madre, dirigirá su mirada al padre, para tomar de él los significantes que le permitan captar la atención de la madre.

Es importante señalar que la entrada del padre en la relación con el niño lo permite la madre, es ella quien le otorga el estatuto de transmisor de la ley; si ella no lo consintiera, no existiría manera de que sea reconocido por el niño.

Lacan especifica que el padre tendría una gran incidencia en la neurosis, pues es él quien priva a la madre de lo que sólo tiene existencia simbólica en ella. Es en este punto (que él define como nodal), donde la evolución del Edipo se plantea para el sujeto en el hecho de simbolizar él mismo, convertir en significante, en aceptar o no esta privación.

El tercero y último tiempo lógico, el padre tiene pene, el niño va a significar el paso del ser al tener, éste se identifica con el padre y accede a la posibilidad de tener un deseo formulable a una demanda. Esto es dable debido a que por la intervención del padre rompe el vínculo del niño con la madre, se instaura la falta y se constituye como sujeto deseante.

Lo más significativo del tercer tiempo lógico del Edipo es que el padre tiene falo, esto implica en el niño la posibilidad de tener, de tener un deseo formulable en una demanda. De manera que el padre del Edipo no es la ley, sino el transmisor de una ley.

El padre interviene como privador de la madre, es un doble sentido, como priva al niño de objeto de su deseo y priva a la madre de su objeto fálico. El niño reconoce la presencia del padre en la madre, es decir, la ley.

Esta es la función del Nombre del Padre: privador del Falo. El corte funda la imposibilidad de toda unión. Así, el complejo de castración y la interdicción del Nombre del Padre, instauran el orden simbólico en lo real. “...el Nombre del Padre es esencial para la estructuración del mundo simbólico, y es aquello por lo que el niño sale de su acoplamiento con la omnipotencia materna” (Lacan; 1957).

La tensión así constituida se resuelve a través de una represión (súper yo) de la sexualidad, y a través de la sublimación (ideal del yo) de la imagen parental que perpetuará en la conciencia un ideal representativo. Ambas representan la culminación de la crisis edípica.

Esta represión se opera a través de un doble movimiento afectivo del sujeto: agresividad contra el progenitor frente al cual su deseo sexual lo ubica en postura de rival; temor secundario, experimentado consecutivamente de una agresión semejante. Estos dos movimientos se encuentran apuntalados por una fantasía, individualizada en ellos en un complejo llamado de castración. Esta fantasía consiste en una mutilación de un miembro, es decir en un tormento que solo puede servir para castrar, y para reconocer la prohibición del incesto con la madre como ley primordial de la humanidad.

Se considera al complejo de Edipo como el eje frente al cual la evolución de la sexualidad se proyecta en la constitución de la realidad.

El Nombre del Padre

La Clínica Freudiana, tal como Lacan la formalizó constituye el síntoma a través de la función Nombre del Padre, y distribuye a partir de las modalidades que puede tomar (forclusión, denegación y represión) las diferentes estructuras clínicas.

El padre sólo es real en cuanto su Nombre sea conferido -ya sea por una institución o la propia madre- en un nivel simbólico. Que el padre sea el agente procreador, no sería

primordial en este caso, pues en algunas tribus esta característica es atribuida a cualquier cosa (una fuente, una piedra, etc.)

Esto puede ser representado con el triángulo niño-madre-padre, que establece esta realidad simbólica y la convierte en un 'objeto' que nos permite observarla. De este ternario simbólico se desprende que el niño depende del deseo de la madre, lo que causa una subjetivación de la madre como aquél ser primordial que puede estar o no. No se trata simplemente de la petición de los cuidados o de la presencia de la madre, sino de su deseo.

El Nombre del Padre hace a la constitución del universal del código y también posibilita que la particularidad del sujeto se inscriba en ese universal. Así, las formaciones del inconsciente como mensaje se articulan con el lugar del código, gracias a la función del padre. En la psicosis el neologismo resta como particularidad ilegible, en la medida en que ha sido forcluída esta función.

La función del nombre del padre también trae consigo la Ley del lenguaje, que va a permitir la diferenciación de los sexos.

La castración que sufre el sujeto por la intervención del nombre del padre es precisa para que el goce sea rechazado, y de esta manera pueda ser alcanzado en la escala invertida que viene a ser la Ley del deseo.

Somos seres que estamos invadidos por la pulsión, el goce, nacemos inmersos en ella, por eso se ha visto la necesidad desde siempre de poner un alto, una ley que prohíba. Estas leyes que prohíben están dadas por esa pulsión de vida, que nos sirve para sobrevivir, la subsistencia del más fuerte. Esto se ha dado desde los tiempos más remotos, en las antiguas civilizaciones, las tribus que todavía existen y en la cultura contemporánea en la que vivimos.

Freud (1912) en *Tótem y Tabú* nos relata que en la tribu hay el Tótem que es la máxima autoridad y es quién establece la ley y todos los otros hombres lo tienen que respetar. Llegó a ser el Tótem, el ser superior por el hecho de que era el más fuerte, entonces tenía todos los privilegios que deseara a los cuales el resto de la tribu no tenía acceso y se creaban todo una serie de actos y rituales para mantener la distancia entre el Tótem y la tribu, pero esa distancia era empleada para que la tribu no se revelara.

La tribu representaba en el Tótem un ser superior con el que se querían identificar y asumir su lugar. Cuando se da la rebelión contra el Tótem, deciden comérselo para obtener los dones que poseía.

Después de comérselo establecerán nuevas leyes, de igualdad entre todos los hombres de la tribu, pero se seguirá manteniendo la ley de la prohibición del incesto, en la cual no podían casarse con mujeres dentro del mismo clan dentro de la tribu.

En la religión monoteísta también observamos a un ser superior que es Dios y él es quien va establecer la ley, aquí se da por medio de los mandamientos. La religión se da porque los seres humanos se sienten solos, y de esta manera sentir la presencia de un ser superior que los controle, formando una conciencia moral que los reprima, los abstenga de hacer cosas malas. Dios, es ese alguien al que hay que rendirle cuentas sobre las acciones buenas y malas y si son malas se tiene que estar dispuesto a un castigo a una supresión.

La función estructural del padre no queda reducida, a la denominación de significante del Nombre del Padre (NP) en la metáfora paterna, se refiere también a que permite el lenguaje, la estructura de un discurso, que tiene efectos en la regulación de las relaciones del sujeto con el goce y con el deseo.

La metáfora del Nombre del Padre posibilita el alcance también metafórico de las formaciones del inconsciente.

La función del padre ordena la serie de posibilidades articulatorias entre significantes en lo inconsciente, para dar lugar a la instauración del orden fálico, y a parte de la regulación del goce. Regulación que no está sometida solo a la ley de interdicción del incesto.

La función del padre también es puesta en forma bajo su articulación como cuarto elemento respecto del nudo borromeo. Su operación asegura la estabilidad de la estructura de anudamiento del sujeto; el anudamiento de los tres registros que son necesarios para la formación del sujeto.

Cualquier ser hablante puede ser llamado a cumplir la función paterna transmitiendo su propia posición en relación al deseo; lo que quiere decir, que son sus propias respuestas, fantasmáticas, sintomáticas e identificatorias, a la pregunta por el deseo, al punto y grado de elaboración subjetiva que hubieran alcanzado al momento del ejercicio efectivo en la función, las que determinarían su forma singular de transmitir lo que ha conseguido hacer en ese plano. Esa transmisión dejará a quien la reciba en condiciones de construir “su” propia posición respecto al deseo cuando llegue el momento de su puesta en acto.

1.2. ESTRUCTURA FAMILIAR CLÁSICA Y ACTUAL.

Una estructura es la *disposición y orden* de las partes dentro de un todo. También puede entenderse como un *sistema de conceptos* (coherentes o no) enlazados, cuyo objetivo es precisar la *esencia* del objeto de estudio.

La palabra esencia proviene del latín *essentia*, que a su vez, proviene del infinitivo del verbo latino *esse*, ser = existir, cuyo participio es el ente como *ser que existe*, y se ha traducido como sustancia, con un doble sentido:

- Como sustancia primera que muestra que es, su *existencia*.
- Como sustancia segunda, enunciando lo que es, atribuyendo a la sustancia primera sus cualidades mediante un *discurso*.

Tanto la realidad como el lenguaje tienen estructura. Uno de los objetivos de la semántica (significado, sentido) y de la ciencia consiste en que la estructura del lenguaje refleje fielmente la estructura de la realidad.

Cada vez que se produce un concepto, cada vez que se produce un símbolo, va a producirse un distanciamiento con los sentidos. Toda ciencia viene a contradecir nuestras percepciones sensibles.

El psicoanálisis provoca una ruptura epistemológica con la producción del concepto de inconsciente, desplazando el centro de la vida psíquica, descentrando al sujeto de la conciencia, que en adelante se supone determinado por el inconsciente.

El psicoanálisis se ocupa del momento fundante para el hombre, que es el pasaje que todo humano, para serlo, tiene que atravesar: el pasaje entre la naturaleza y la cultura, el recorrido de la animalidad a la humanidad.

La familia es un lazo que da lugar a la causalidad psíquica, a la constitución de lo humano en cuanto ser hablante. Ella es, por lo tanto, un hecho de lenguaje, solo podemos concebirla a partir de la desnaturalización de lo humano por el lenguaje. Así, el hombre aparece como un animal alterado-sujeto del lenguaje-, diferente a los animales que saben lo que precisan saber, el hombre tiene que inventar su modo de relación, sus objetos. Es en torno a este imposible de un estado de existencia natural en lo humano que *una familia se*

estructura, teniendo una función humanizante y civilizadora al regular la satisfacción por el lenguaje.

La lengua que cada uno habla es cosa de familia. La familia en el inconsciente es primordialmente donde se aprende la lengua materna. Por ello el lugar de la familia queda unido a la lengua que uno habla, es decir que hablar, hablar en una lengua, ya es testimoniar el vínculo con la familia. La familia es un lugar donde cada uno adquiere la lengua, lengua materna –lalengua-, que es la sede del malentendido y del desencuentro fundamental del goce.

Lacan buscó un fundamento biológico a la falta en ser, señalando que el ser humano está inacabado en el momento de nacer, más inacabado que cualquier animal, de tal manera que para la satisfacción de sus necesidades necesita del cuidado del otro. Los animales, de pequeños, también necesitan del cuidado del otro, pero lo específico del humano es llamar al Otro, es decir, transformar sus gritos en llamadas. Los primeros gritos del niño son ya un parloteo.

El lugar del Otro se encarna en la figura de la familia. La familia es el lugar del Otro de la lengua y por eso es el lugar del Otro de la demanda: la familia traduce que la necesidad debe pasar por la demanda, o lo que es lo mismo, la demanda debe pasar por la lengua, con los efectos traumáticos que eso tiene sobre las necesidades del ser humano, pues al pasar por la demanda se produce una desviación en las necesidades y estas aparecen marcadas por una falta.

La lengua domina todo lo que es natural en el hombre por el significante, eso ocurre en la familia humana. Esa desviación, esos efectos traumáticos, son fruto esencialmente de la producción de un resto, de lo que no puede pedirse porque no puede decirse, de tal forma que las consecuencias de pedir son dobles: el deseo y la pulsión.

El deseo es la parte del significado vehiculizado en la demanda pero no explicitado, la parte latente, escondida, el deseo es la parte interpretable de lo dicho, es como una enfermedad de la necesidad natural. Lo que llamamos el objeto pulsional es el objeto de una necesidad no natural que se manifiesta con insistencia, pero que no conoce un ciclo de satisfacción que le permita acabar. En su definición freudiana la pulsión es constante, no conoce el ciclo de la necesidad.

En el espacio de la familia el sujeto hace la experiencia del pedido, del poder del si y del no, y hace la primera experiencia de reconocimiento de su palabra. También en ese espacio el sujeto empieza a descifrar el deseo del Otro, pregunta primordial que se hace en el espacio de la familia.

Cada familia es un lugar de interpretación inagotable, pues cada familia tiene un punto “de eso no se habla” y no hay una sola familia sin ese punto. Hay siempre temas prohibidos y las cosas de familia tienen siempre en su centro cosas prohibidas.

Por supuesto está primeramente la prohibición del incesto; por eso la familia como lugar del Otro de la lengua es también el lugar del Otro de la ley. La familia como encarnación

del Otro, es el espacio donde está prohibido el goce supremo, que para ambos sexos sería gozar de la madre.

La familia es un mito que da forma épica a lo que opera a partir de la estructura, y las historias de familia siempre son el cuento de como le ha sido robado al sujeto el goce que merecía, al cual tenía derecho.

En la familia, el goce está prohibido y se propone un goce sustitutivo, el gozar de la castración, es decir, gozar del robo mismo del goce. Cuando el paciente habla de la familia, habla por tanto del encuentro con el goce, de los medios de gozar, de la pérdida de goce, de la sustitución de un goce perdido.

Lacan lo ha escrito como metáfora paterna, siendo la encarnación de la sustitución de la naturaleza por la cultura, de tal forma que, esa metáfora, esa sustitución la realiza la lengua misma; pues en el hecho de hablar, la metáfora paterna encarna la sustitución de la necesidad por el significante.

Así pues, el hecho de que el ser humano debe hacer pasar la necesidad por la palabra implica que la supuesta metáfora paterna se cumpla en el hecho de tener que ver que dirá el otro para satisfacer la necesidad y, en ese momento de sustitución de la necesidad por el significante, nace ese fenómeno de desviación que se llama pulsión.

El niño es un ser que tiene un decir, un nombre, y que además, es un ser vulnerable a como es nombrado, mirado y gozado por la lengua, los afectos y las condiciones del Otro.

El niño está inscrito en relación al semejante por medio de un lazo en el que debe representarse él mismo y representar al otro en un juego especular. Es un ser que hereda lo que se le transmite, no sólo porque tiene un código genético, sino debido a su condición de ser un parletre, un ser de la palabra. *El niño depende del Otro, mas allá de la necesidad, como modelo y espejo, y es en la interacción con ese Otro, que el niño puede alcanzar la consistencia de cada uno de los elementos que conforman su estructura psíquica.*

El niño no trae en su propia experiencia la carga de otros discursos; él no tiene que hacer cambio de mentalidad, no tiene que adaptarse. *El niño simplemente responde de forma directa a la contemporaneidad, y en esa medida se estructura.*

Cualesquiera que sean los lazos familiares –tradicional, monoparental, homoparental, adoptivo, reconstituido- la familia viene a reparar un exilio universal: el del sujeto con el Otro sexo. Este aspecto hace que haya una pluralización de los modos de enlaces familiares, “eso no está inscrito en el instinto y, por lo tanto, hay lugar para la invención humana, la invención del mundo simbólico, precisamente porque, en este lugar, nada está escrito” (Lacan, 1938)

Lacan demuestra que en la evolución de la familia, la contracción y la conjugación – padre, madre y consecuentemente hijo-, no desaparece en nuestros tiempos (Lacan, 1938)

siendo lo que perdura y subsiste con una función irreductible. Es por ser el lugar privilegiado de esta ligadura, que la familia puede cumplir su función de transmisión del malentendido entre los sexos. En otras palabras, transmisión de la posibilidad de que cada sujeto, ante el malentendido, procure su modo de satisfacción singular en relación con la cual, además, el deberá responsabilizarse.

Por consiguiente, en la familia del ser hablante, lo que se transmite no es tanto el valor de la satisfacción de las necesidades, sino las condiciones generadoras de “una constitución subjetiva, implicando la relación a un deseo que no sea anónimo” (Pitella de Mattos, 2007). La transmisión no es del orden de un ideal, o de valores y preceptos morales, sino de un deseo que resta y fundamenta la vida.

La familia en la actualidad, no posee prioritariamente un papel formador para el niño en la vertiente del ideal, mostrándose frágil como un apoyo simbólico de formación.

La familia se ubica como el lugar por excelencia en donde se instituyen las regulaciones de los lazos de los sujetos, la economía libidinal, las marcas del deseo. Se verifica una tendencia a la democratización y a la liberalización de los vínculos, pero a la vez se percibe una inestabilidad y un desarraigo de los lazos, una fragilidad en los ideales e identidades, cuestiones que traen aparejadas una reformulación de las formas tradicionales de los vínculos familiares.

Así, hoy percibimos cómo los sujetos se encuentran con pocos recursos simbólicos para fijarse, reconocerse en una identidad que les permita orientarse en un deseo, en un modo de satisfacción para poder organizar sí un relato, que provea forma discursiva a lo real, con una cierta pervivencia de los vínculos.

Nos encontramos con que el parentesco que antes se establecía por la diferencia de funciones y lugares hoy se establece por la vía de lo similar, la homologación, la mismidad, la contracción de la forma tradicional, aunque, debemos decirlo, con una “complejización” en su estructura, (Lacan, 1938).

Brousse (2008) refiere que el borramiento de estas diferencias es lo que hoy ha sido denominado como “parentalidad” aquello que viene al lugar de la paternidad. Este nuevo efecto organizativo de la civilización reemplaza a la autoridad paternal.

Parentalidad se define a partir de la exclusión de las combinaciones o de la complementariedad de las funciones. Implica una simetría, una igualdad entre padre y madre, entre padres e hijos, entre abuelos y padres en lo referido al orden familiar. Es factible observar en la época actual una similitud entre padre y madre, una equivalencia o una “intercambialidad” en lo referido a las funciones y lugares.

El borramiento de las diferencias implica que la diferencia sexual puede ser sustituida por los pares, derivándose de ello formas de co-parentalidad tales como los matrimonios

homosexuales, la mono y pluriparentalidad, las familias ensambladas, las recompuestas, etc.

Los sistemas de parentesco fundados en las diferencias de lugares, de funciones, de sexo, de rasgos, de intercambios, permitían cierta orientación, con algunos hitos que posibilitaban construir ficciones, recorridos, sobre la base de la lengua particular, singular – familiar- que se instituían sobre las diferencias o la no complementariedad.

Cuando los lazos familiares facilitan la inscripción transmiten también un modelo de relación, inscriben un lugar, dan la posibilidad de inscribirse como Uno, diferente entre otros, con Otro, en un lazo posible. Las crisis o reformulaciones son inherentes a los lazos humanos y la familia misma surge como un arreglo o una reconfiguración frente a esta crisis.

1.2.1. Funciones Parentales

Lacan hizo un gran esfuerzo a lo largo de su enseñanza para ubicar a los padres del Edipo más allá del mito, mas allá del imaginario edípico, en una lógica; otorgó lugar a la incidencia de los padres en la constitución de la estructura del sujeto.

El niño se estructura a partir de Otro, a partir de la operación de los padres necesaria y decisiva para cada tiempo de la infancia. Lacan, al retomar las coordenadas freudianas, recolocó tanto el sitio real que les corresponde en la producción de la estructura como la importancia que para un sujeto reviste el hecho de haber sido deseado por los padres.

Para el ser humano, la existencia no se asimila a la vida. Por esa razón, un niño puede tener lugar en una familia antes de nacer. Ese momento inicial se aleja de toda connotación biológica y se muestra dependiente de una ilusión, inherente al deseo de los padres. Con ese deseo se engendra y se despierta, en el mejor de los casos, un ansia sostenida de completud. Mas tarde, esta expectativa se revelará en el niño, como un empuje que lo llevará a proponerse como aquel que imaginariamente cubre las expectativas provenientes de la falta del Otro.

En la madre, el deseo de un hijo no ha surgido sólo a raíz de una falta promovedora del anhelo de tenerlo, sino también de una ilusión de obtenerlo. El falo que la sustenta, como articulador significante, incentivará desde ella una operación fundante: la función de anticipación del sujeto por venir, la función del deseo de la madre.

La madre anticipará la existencia del sujeto cuando él no es siquiera un viviente. Gracias a esa anticipación, le podrá donar en su imaginación un cuerpo separado del propio cuerpo. Ella anticipará para él un lugar anudado, preexistente y necesario para engendrarlo. Tal operación de anticipación impulsará el recubrimiento narcisista de su cuerpo y le llevará también a buscarle un nombre.

La función Deseo de la Madre, esencial para el sostén narcisístico, y todas sus consecuencias, es un tiempo que para el sujeto se dialectizará en una bivalencia: ser o no ser el falo. Respecto al nacimiento, de un hijo, el idilio es un tiempo necesario para que haya representación, solo que la representación tanto imaginaria como simbólica contiene

un resto de real, trozo no representable. Sin esa ilusión el niño no entraría en la economía libidinal del Otro materno.

El deseo de la madre, como función, realiza anticipadamente el sostén narcisístico. Y el deseo del padre será promotor de una operación nominante que efectiviza un enlace de ese real que un hijo presenta.

Tal como lo indica el clásico griego, para evitar la tragedia inherente al goce incestuoso, es imprescindible que el niño sepa gracias a la nominación del padre quien es la madre sobre la que recae la prohibición del incesto. La función nominante del padre introduce, junto al enlace, una restricción del goce a la estructura que lo incluye, tanto en el vector madre-hijo como en el goce que al mismo padre lo habita.

La nominación vectoriza la prohibición y limita el goce en varios sentidos. Pero su palabra, en principio, no alcanza el nivel nominante salvo que presente un valor performativo. Y sin ella no se acredita el respeto y el amor al padre.

Un padre merece respeto y amor, cuando él hace “de una mujer objeto *a* minúscula que causa su deseo” (Lacan, 1975). Sólo como deseante el padre ofrece, en acto, la transmisión de su condición. Sólo el deseante confiesa una falta y sin falta no hay deseo. Cuando así lo hace, el padre dona su castración.

Desde esta posición estará autorizado a ejercer su función nominante. Su hacer de una mujer causa de su deseo, alude a la suspensión de un goce. No hay deseo que no surja de una pérdida de goce. Con ello logra ofertar la transmisión del deseo y está en condiciones de crear un velo que despierte el ansia de saber.

Su función a pesar de ser necesaria y contingente, no se da sin un resto. Hay un real que no ha de ser abordado completamente por lo Simbólico ni por lo Imaginario, un real de lo Real. Si consideramos lo que es necesario, lo contingente y lo que resta, nos encontraremos en planos sucesivos de complejidad con una incidencia diferencial en la estructuración de un niño.

El curso de los primeros años depende radicalmente de esta operación de anticipación y nominación necesaria para que exista el sujeto como efecto de su eficacia. La indefensión primera reclama de parte de los padres la reiteración de la anticipación y la nominación en cada tiempo del sujeto de la infancia, desde antes de nacer hasta arribar a la conformación definitiva en la metamorfosis de la pubertad.

Su renovación se hará necesaria en cada momento de la vida en el que se vuelve a hacer presente, con fuerza inusitada, la condición prematura en la existencia del sujeto. Para cada tiempo del sujeto ha de reiterarse la anticipación y nominación de los padres.

Tiempos del sujeto que dependen cada uno de ellos de una operación renovada de extracción de goce fuera del cuerpo del niño. De ese modo, lo apartan de su lugar de objeto

y promueven los tiempos instituyentes del sujeto, resultando de esa operación los anticipos del precipitado estructural posterior.

Dependiendo si la función del Nombre del Padre se cumple o no, el niño asume tres distintas posiciones frente al Deseo de la Madre: como falo de la madre, como objeto del fantasma materno y como síntoma de la pareja parental. Estas posiciones determinarán la estructura, ya sea perversa, psicótica o neurótica respectivamente.

Con la prohibición del incesto –esto es, con la instauración de la represión primordial- se abre, la posibilidad de acceder a otros goces cuyo alcance está teñido de un antecedente: la pérdida de un goce anterior. Acto fundante si lo hay, se sostiene de la autoridad que en nombre de la ley regula la legitimidad en el acceso al goce. La autoridad del padre ha de funcionar renovando su operación nominante, enlazando la regulación y el acceso a cada nuevo goce para cada uno de los tiempos del sujeto de la infancia.

Cada nominación provee elementos para enlazar los goces y entramarlos en la orientación deseante. De lo contrario, si falla la función, los desordenes pulsionales suelen ganar la partida, muchas veces inclinando la balanza más hacia la muerte que hacia la vida.

El resultado de la operación, deseo de los padres, tendrá por condición y contrapunto que los padres, transmisores como tales de la ley del deseo entre ellos y por el hijo, al mismo tiempo pongan a resguardo sus goces. O bien hagan privados sus goces de hombre

y mujer u ofrezcan el velo indispensable, activador, generador del vacío orientador de su propia vía deseante sobre el que un hijo montará la pantalla del fantasma.

Lacan sitúa las funciones del padre y de la madre como los nombres que marcan una particularidad del deseo. Los cuidados de la madre marcan en el saber de la lengua materna las pérdidas del goce, imposibles de decirse, y el NP (Nombre del Padre) designa el lugar vacío del objeto, donde el niño tendrá que inventar una respuesta sobre su ser de objeto que ha venido a alojarse ahí, causa del deseo como deseo del Otro.

Es ese deseo el que anima el lenguaje y orienta al sujeto para hacer una elección. No obstante, es una elección no anclada en puntos simbólicos de identificación, sino en el objeto que la causa y le permite dar un sentido e interpretar el mundo.

1.2.2. Función Paterna y su Declinación

El Padre en Freud

El padre en Freud aparece como un personaje central en la constitución psíquica del sujeto, sea como función edípica, es decir, encargado de enunciar el interdicto del incesto y hacerlo respetar, o la función de la castración, como voz que irrumpe cuando adopta el tono del mandamiento y la severidad del castigo superyoico, es también el punto nodal de la mitología freudiana del origen: el Padre de la horda primitiva y después Moisés y su asesinato muestran, para Freud, la verdad histórica del padre como fundador de lo social.

Para Freud el padre da origen a la cultura y al sujeto. En los dos casos lo explica a partir del mito de la horda primordial. En lo que se refiere al origen del sujeto se sirve de las coordenadas simbólicas de Edipo-castración. En este caso el padre edípico es un legislador, un representante de la ley, un agente de la castración y separador del goce. Freud encuentra en la escucha clínica fenómenos que lo llevan a plantear un correlativo al padre edípico, e introduce la figura de un Otro del goce como el padre primordial. Y a diferencia del padre edípico que detiene el goce, el padre primordial lo aporta.

La figura de un gran Otro del goce es, para Freud y luego para Lacan, una necesidad estructural en el trayecto subjetivante. Desde la perspectiva lacaniana, el sujeto se define por la existencia del OTRO y dado que este OTRO constituye el universo de los significantes, el sujeto encuentra su inserción en este orden, el cual aparece ante el sujeto como un Orden Simbólico. En este sentido la presencia del OTRO constituye una exterioridad a partir de la cual el sujeto puede tomar su referencia. Pero su inscripción en el campo del OTRO no es sin una pérdida, un sacrificio. Se tiene un lugar en el OTRO por la vía del masoquismo.

Freud (1913) en el texto de “Tótem y Tabú” donde encuentra un nuevo estado del Padre al que Lacan denominará por su parte ‘Padre simbólico’. Se trata de un padre muerto, sobre quien se construyen creencias, “la creencia en la inmortalidad del padre”, la creencia del padre que goza, tales creencias construyen un padre ideal que sostiene el ideal común que permite unir una masa en el amor y al mismo tiempo “mantiene la represión sobre el saber del crimen cometido”.

Creencia en un padre ideal que no debe saber que está muerto, pues tal saber debe anularse para hacer vigente la ley simbólica, el campo simbólico que soporta al sujeto y a lo social. Negar la muerte del padre, su falla y creer en la existencia de un padre ideal, ya sea bajo el rostro de Dios o de un Otro, en realidad encubre algo horroroso para el sujeto, a saber, que esa muerte fue deseada por el sujeto. Deseada pero no sabida, la rivalidad edípica que el niño vive en relación con su padre da cuenta de ello.

Sin el Otro y la ley simbólica todo padre quedaría reducido a ser sólo un PADRE REAL, que no sabe de todo el goce ni de la verdad sobre lo real del goce; y en su insuficiente realidad no instauraría ninguna realidad psíquica (Freud) ni la posibilidad que el hijo haga Metáfora (Lacan).

El Padre en Lacan

Tenemos que reconocer una distancia entre la figura del PADRE IDEAL de Freud y el PADRE REAL de Lacan. Junto a éste también distinguirá el **padre imaginario y el padre simbólico**.

Lacan desde 1938 atribuyó gran importancia al papel del padre en la constitución de la estructura psíquica: padre protector y prohibidor. También denunció la decadencia social de la imago paterna (padres ausentes y humillados) y sus efectos. Insistió en la importancia del padre para mediar en la relación dual e imaginaria entre la madre y el niño para salvarlo a éste de la psicosis. A partir de 1953, Lacan distinguirá las tres dimensiones del padre.

El PADRE SIMBÓLICO no hace referencia a una persona sino a una posición o función, la denominada por Lacan, **función paterna**, que consiste en imponer la ley y regular el deseo en el complejo de Edipo, en otros términos, unir a partir de una distancia simbólica un deseo y ley. Ello es posible en un orden simbólico, donde el padre simbólico es el elemento fundamental.

No se necesita que alguien encarne su función, tal función puede ser ejercida de una forma más o menos velada incluso por el discurso de la madre, siempre y cuando la presencia del padre esté inscrita en el deseo de la madre. No es la presencia del padre la que da consistencia a la metáfora o ley simbólica, sino a la inversa, un padre, siempre insuficiente, puede asumir en tanto representante, su voz y hacerla valer.

El PADRE REAL no es claramente definido por Lacan, pero sin riesgo de equivocarse puede uno afirmar que se trata del padre de la realidad familiar, el agente que realiza la operación de la castración simbólica. Este agente varía según las culturas y hoy ha sufrido un gran descalabro, su poder ha declinado y su autoridad ha desaparecido, de este padre se espera que haga valer la ley simbólica profiriendo la prohibición del incesto, que disponga un acceso atemperado al goce sexual.

Esta expectativa de lo social hacia el padre real apunta a que el padre real y el padre simbólico se recubren. Recubrimiento que es imposible, pues el padre real no puede estar a la altura de una función, altura en la que sí está el padre simbólico. Y la causa de tal

insuficiencia es sobre todo por una dificultad estructural. Estar a la altura hace referencia a la función paterna.

EL PADRE IMAGINARIO es una construcción imaginaria y fantasmática en torno a la figura del padre. Sobre el padre imaginario pueden recaer las construcciones imaginarias hechas a partir del padre ideal o a partir del padre terrorífico de la horda primitiva.

El padre imaginario es el resultado de cómo se presenta el padre simbólico, que puede ser visto o aparecer como ‘malo’, ‘bueno’, terrorífico o amable. Aparece después de haber realizado la castración, la prohibición o interdicción, siempre proferida en el Nombre-del-Padre, en el nombre del padre muerto, transformado en padre inmortal, ideal. El padre imaginario aparece de manera diferente según el padre simbólico haya introducido la castración. Y aunque haya introducido la castración, aparecerá, imaginariamente, como el padre que privó al niño de la madre.

Podemos concluir, que entre las tres formas de presentarse el padre, sea simbólico, imaginario y real, es el padre simbólico es el que garantiza al infante la entrada en el lenguaje y la simbolización como sujeto.

Finalmente Lacan en su reflexión sobre las distintas dimensiones del Padre, acentuó la importancia de cuando falla la función paterna para instaurar una metáfora frente al deseo de la madre llamándole ‘forclusión del nombre-del-padre’. Tal falta en lo simbólico, aparece en lo real bajo la forma de alucinación.

Declinación de la Función Paterna

La función del nombre del padre ofrece puntos de anclaje al sujeto. Por un lado un punto de anclaje identificatorio; por otro, un punto desde donde regular sus modos de satisfacción. Sin esos puntos de anclaje el sujeto queda a la deriva.” Gorostiza (2007).

La pérdida del poder del padre, es figurada para algunos autores por el hecho de que hoy ya no ocupa el lugar tan central e importante en la vida social y familiar como lo tenía –vía el patriarcado- por ejemplo en todo el medio oriente durante la Edad del Bronce o incluso aun antes en Oriente y Occidente; como tampoco con los hebreos y los griegos, pueblos que operaron una verdadera revolución religiosa al sustituir las diosas de la fecundidad por un único Dios omnipotente, y que son los pueblos que están en la base de la civilización occidental; o como con los romanos, o incluso aún hasta la llegada de la modernidad. En Roma, era tan grande la importancia del padre que él no era “el hombre de una mujer”, sino el amo (dominus) es decir, quien dirigía la cita.

Así, la paternidad fue de entrada política y religiosa, y sólo en consecuencia la paternidad era familiar. El amo, el señor (dominus) al llevar una mujer a su casa y al matrimonio (matrimonium) le permitía a esta, el acceso a la condición legal de madre. El padre devenía padre frente al crío no porque la sangre lo obligara sino por el hecho de declarar públicamente “yo soy el padre!”. Ahí se intensificaron los derechos del padre sobre el hijo, derecho de vida y de muerte, derecho de corrección, de encarcelamiento, y

derecho de decisión sobre el matrimonio de los hijos (para salvaguardar los intereses del patrimonio).

El padre devino un servidor de la ley, no será más un legislador, sino el representante de la ley, hasta tener que permitir que el matrimonio de los hijos sea sólo un asunto de entre sólo los hijos y no más de la decisión de los padres respectivos. Se introduce la conyugalidad y los hijos, para casarse, ya no requerían del consentimiento de sus padres, una pareja de bautizados podía incluso casarse en secreto y ser reconocido su matrimonio como válido.

El padre pasó a ser definido en términos de roles y tareas a realizar, es padre sólo ese quien se ocupa realmente de sus hijos, es decir quien responde a los derechos de sus hijos, derechos no sólo de que su vida esté asegurada, sino de introducir a los hijos en el mundo de la cultura, darles educación e integrarlos a la sociedad de los adultos. Diderot y Jean-Jacques Rousseau exaltaron la imagen de un padre-educador, imagen que se encarnó en el seno de la familia nuclear, urbana y burguesa del siglo XX, en la cual devino ‘un nuevo padre’.

El poder del padre sobre su pequeña familia, nuclear digamos, devino de más en más limitado por la autoridad finalmente reconocida de la madre y por la intervención creciente de la sociedad civil en los asuntos de los hijos en lo que concierne al bienestar e intereses de ellos. Ahora el ‘nuevo padre’ debía jugar, cargar y ‘hablar’ la lengua baby, del bebé. En

la sociedad moderna son los representantes de la ley quienes pasarán a salvaguardar los derechos de filiación del niño.

Así la paternidad ha devenido ‘social’ y la maternidad ha sido beneficiada por el lugar que la ley le ha otorgado. Al amor de la madre, se le supone un fondo de intuición, que tiene un saber que ningún hombre tiene, se cree que ella no puede ser intercambiable pero sí al padre en su rol de educador. Se introduce entonces la denominada ‘paternidad biológica’ y se fundará la paternidad sobre la verdad biológica, ya no más sobre la palabra del padre, desplazada ahora por un nuevo derecho: el derecho de la mujer ‘a’ el niño. Idea apoyada por un discurso jurídico y otro médico.

El primero, aparece teniendo como trasfondo la idea que la paternidad es presunta y el segundo, las procreaciones artificiales permiten a una mujer tener un niño sin encuentro sexual con el progenitor, el derecho a la vida no excluye el derecho de dar vida a un nuevo crío, así como la libertad de escoger por cuales medios lo hará, por ejemplo la inseminación artificial.

Esta figura patriarcal, entró en crisis desde el inicio de la modernidad, donde pasó a ceder el lugar a nuevas formas y arreglos de las relaciones de maternidad y paternidad. Esta pérdida del poder del padre ha producido diversas reacciones, de modo que hoy la categoría de padre junto con otras tales como la de autoridad, “lo simbólico”, “la diferencia de sexos” aparece como el lugar de una crisis.

Para pensar la declinación de la función paterna en la cultura actual -con el efecto de nuevas formas del síntoma- habría que tratar de pensar en la diferencia que existe entre una función estructural paterna y el lugar que le corresponde al padre del hijo.

Si bien Lacan mostró siempre la operatividad del padre bajo la forma del significante del Nombre del Padre en la metáfora paterna o el padre destacado como excepción a la función fálica o más tarde como lo que anuda los anillos en el nudo borromeo como cuarto nudo o bajo la forma del nombre de nombre de nombre, también le dio un lugar al padre que responde al nombre de tal, es decir que el padre precisa de una encarnación.

Si el padre transmite la castración, transmite su propia castración. Si la castración proviene del lenguaje y no del padre -ya que este sería su agente- entonces el declive del padre deberá estar presidido por un declive de la castración que ejerce el lenguaje: así pierde fuerza el discurso del amo y la gana el discurso capitalista como una forma de rechazo de la castración que ejerce el lenguaje. El S1 ya no castra.

Más que declive del padre lo que existe es un desencadenamiento de la técnica articulada al discurso capitalista.

Si hubiera que señalar de un modo inmediato aquello que Lacan vaticinaba hace décadas atrás, se formularía del siguiente modo: la imbricación del mercado capitalista con la correspondiente expulsión de la subjetividad efectuada por la ciencia, lo que finalmente concluye en la “Técnica”, realiza un movimiento que no respeta a nada ni a nadie.

El desencadenamiento de la “Técnica” y su imbricación con el mercado capitalista constituyen un “rechazo de la castración”; el Discurso Capitalista realiza un “movimiento circular”, donde la Voluntad consigue reunir al sujeto con el goce del objeto, sin los límites ni la distancia simbólica que la castración impone. Es la razón misma de este movimiento la que extingue el respeto.”

La consecuencia de este discurso sería el declive del padre o más bien este declive sería una apariencia, una atribución, una vez más, al padre de algo que tiene que ver con el discurso y que de alguna manera reinstala una nostalgia por este semblante.

Habría que pensar en la desaparición de la imposibilidad que instaura el discurso capitalista como la generadora de las nuevas patologías más que en el declive del padre. En todo caso este declive tendría que ver con el “todo es posible” del capitalismo. Al ser rechazada la castración el agente de la misma no puede operar.

El padre como figura del destino es una brújula para el sujeto y un análisis pone de manifiesto las marcas que dejó en el sujeto esa autoridad. La internalización de esa autoridad Freud la perpetúa a través del superyó. La dominancia ya no la ejerce un sujeto que en posición de amo encarna un deseo articulado a una ley, sino un saber anónimo que no trasmite ningún deseo.

El reproche que Juanito, el caso presentado por Freud, le hace a su padre cuando dice "tú debes enfadarte", pone de manifiesto a la función paterna como fallida, pero el padre estaba

en el centro de su neurosis y Juanito cree en el padre y en la autoridad de Freud. Hay **una autoridad que es garante**. Este niño hace un síntoma fóbico como un desplazamiento del temor al padre.

El declive en la autoridad del padre se traduce en un declive del discurso amo y produce un déficit en la función del no, y un déficit en la creencia en el inconsciente. En la actualidad nos encontramos con una caída del significante amo civilizador, aquel que interdicta y regula el goce a partir de una ley. Correlativamente constatamos una proliferación de significantes que, aunque debilitados en su función de interdicción en relación con lo simbólico, pasan a servir para la reproducción del goce.

La declinación de la autoridad del padre va acompañada de una declinación en el discurso amo del inconsciente, y esto último es mucho más decisivo. El trazo que caracteriza nuestra época es el de la exigencia de satisfacción, del triunfo del objeto, lo que dificulta la articulación simbólica del sujeto al Otro y, por lo tanto, la transmisión de un ideal.

Anteriormente, la figura trágica del padre edípico freudiano era ubicada claramente como un agente de la castración, encarnado, consistente. Como respuesta, en las neurosis infantiles, se veían favorecidas las formaciones sintomáticas más ligadas a la sustitución y la metáfora. En la actualidad, dada la caída del valor y peso de la figura paterna en nuestra cultura, las formas sintomáticas tenderían a desdibujarse y desplazarse, o bien en la vía del acting, o bien en detenciones en satisfacciones pulsionales parciales.

La clínica actual se enfrenta a estructuras psíquicas cada vez más frágiles, a un incremento de rasgos psicóticos en niños, y sobre todo a una serie de nuevas formas sintomáticas determinadas por el plus de gozar, del cual el sujeto es un esclavo, producto del goce del Otro.

Prandi (2006) “...falla una operación que anuda la estructura. La inhibición a nivel del yo muestra que se expande el territorio de la defensa, no el de la represión y sus efectos de retorno. El decaimiento del Padre en nuestros días no favorece la constitución del síntoma y favorece la proliferación de lo imaginario”.

CAPITULO II

2.1. ESTRUCTURA DEL SÍNTOMA EN FREUD Y LACAN.

2.1.1. El síntoma en Freud: del sentido al goce.

Freud definió el síntoma por dos vías: la del sentido y la del goce. La primera consiste en definir el síntoma como un mensaje cifrado portador de un sentido que puede ser develado, descifrado por la interpretación. La otra vía, la del goce, define el síntoma como un modo de satisfacción. Satisfacción en el displacer, que no puede confundirse con el placer.

Freud refiere que los síntomas neuróticos, son efecto de un conflicto surgido por un nuevo modo de satisfacción de la libido, mencionará también en sus primeros escritos, que la energía psíquica se desdobra en los instintos sexuales o libido, y los instintos de conservación; en un segundo momento, interpretará los instintos de conservación como una manifestación del amor dirigido hacia uno mismo, y en los últimos, contrapone los instintos de la vida (Eros), (que se podrían identificar con la libido) al instinto de muerte (Tánatos) siendo la traducción al español como pulsión de vida y pulsión de muerte, términos que emplea para distinguir que en las personas la libido es distinta del instinto animal.

Freud (1905), presenta su teoría sexual infantil en la que refiere las etapas psicosexuales, entre ellas, la etapa oral, anal, fálica, periodo de latencia y etapa genital.

Tenemos que la etapa oral; es el primer momento en la evolución de la personalidad del individuo. Corresponde al primer y segundo año de vida y se caracteriza por dirigir la libido hacia la boca y buscar la satisfacción gracias a la actividad de succión.

La etapa anal, esta segunda etapa del desarrollo de la personalidad entre los dos y tres años del niño; la libido se dirige hacia el ano y la satisfacción sobreviene por la expulsión o retención de las heces.

La etapa fálica es fundamental para el desarrollo del psiquismo, porque en ella se produce el Complejo de Edipo en el niño y en la niña. Entre los cuatro y los seis años el niño dirige el impulso erótico hacia sus genitales y consigue la satisfacción el varón mediante el juego con su pene y la niña con su clítoris, o mediante la masturbación.

La etapa o periodo de latencia, situada entre los cinco o seis años y la pubertad. En esta fase y como consecuencia de la aparición del superyó el niño reprime sus sentimientos edípicos e inhibe sus apetitos erótico-sexuales.

Es a partir de la pubertad que se produce la etapa genital o segunda etapa de interés genital. En esta etapa, el niño, tras la superación del complejo de Edipo, orienta su deseo sexual fuera de la familia, hacia personas del sexo opuesto y convierte la relación genital reproductora en el objetivo del instinto sexual.

Freud también plantea que durante las etapas psicosexuales, es donde se condensarán puntos de fijación de libido que en la adolescencia se resignificarán, y dependiendo de cómo se hayan instaurado en la infancia, dichos puntos de fijación, se pueden formar los síntomas. Debido a que se presenta como una energía inadmisibles para la realidad, entonces, la libido insatisfecha que fue rechazada por la realidad tiene que buscar otra forma de satisfacción.

Las dos fuerzas opuestas se reúnen de nuevo en el síntoma, reconciliándose, por decirlo así, mediante la transacción constituida por la formación de síntomas, siendo esta doble sustentación de los mismos lo que nos explica su capacidad de resistencia.

Cuando las regresiones no despiertan ninguna oposición por parte del yo, no aparece la neurosis y la libido logra una satisfacción. Pero cuando el yo que regula no solamente la conciencia, sino también los accesos de inervación motriz, y, por consiguiente, la posibilidad de realización de las tendencias psíquicas, cuando el yo, repetimos no acepta estas regresiones, surge el conflicto.

La libido encuentra cerrado el camino y se ve obligada a buscar, conforme a las exigencias del principio de placer, un distinto exutorio para su reserva de energía. Deberá, pues, separarse del yo, y lo conseguirá en las fijaciones que fue dejando a lo largo del camino de su desarrollo y contra las que el yo hubo de protegerse por medio de las represiones. Ocupando en su marcha regresiva estas posiciones reprimidas, se hace la libido independiente del yo y renuncia a toda la educación que bajo su influencia hubo de

recibir. Con la esperanza de hallar la buscada satisfacción, pudo dejarse guiar durante algún tiempo pero bajo la doble presión de la frustración interior y exterior se insubordina contra toda tutela y añora la felicidad de los tiempos pasados.

Las representaciones a las que la libido aplica desde el momento en que su energía, forma parte del sistema de lo inconsciente y se halla sometida a los procesos propios del mismo, o sea, en primer lugar, a la condensación y al desplazamiento.

Freud (1916), se pregunta ¿Dónde se encuentra la libido, las fijaciones que precisa para abrirse paso a través de las represiones?. Indudablemente, en las actividades y los sucesos de la sexualidad infantil, en las tendencias parciales abandonadas y en los primitivos objetos infantiles. A todo esto es a lo que retorna la libido en su marcha regresiva.

La época infantil nos muestra aquí una doble importancia. Durante ella manifiesta el niño por primera vez aquellos instintos y tendencias que aporta al mundo a título de disposiciones innatas, y experimenta, además, determinadas influencias exteriores que despiertan la actividad de otros de sus instintos, dualidad que creemos perfectamente justificada establecer, dado que la manifestación de las disposiciones innatas es algo por completo evidente y que la hipótesis –fruto de la experiencia analítica- de que sucesos puramente accidentales, sobrevenidos durante la infancia, son susceptibles de motivar fijaciones de la libido, no tropieza tampoco con dificultad teórica ninguna.

Las disposiciones constitucionales son incontestablemente efectos lejanos de sucesos vividos por nuestros ascendientes; esto es, caracteres adquiridos un día y transmitidos luego por herencia.

La investigación psicoanalítica nos ha mostrado que la libido se halla íntimamente enlazada a los sucesos de su vida sexual infantil, y de este modo parece prestar a tales sucesos una enorme importancia con respecto a la vida del hombre y a la adquisición, por el mismo, de enfermedades nerviosas.

La importancia de los sucesos infantiles resulta disminuida por el hecho de que la libido no retorna a ellos, en su movimiento regresivo, sino de haber sido expulsada de sus posiciones más avanzadas. Ante esta circunstancia, la conclusión que parece imponerse es la de que los sucesos infantiles no han tenido en la época en que se produjeron significación alguna y sólo regresivamente han llegado a adquirirla.

La observación según la cual el revestimiento libidinoso, y por tanto la importancia patógena de los sucesos de la vida infantil queda considerablemente intensificado por la regresión de la libido. Hallamos en primer lugar y de una manera indiscutible, que los sucesos de la vida infantil poseen su importancia propia y la manifiestan ya en la infancia. Existen neurosis infantiles en las que la regresión en el tiempo no desempeña sino un insignificante papel o no se produce en absoluto, apareciendo la enfermedad inmediatamente después de un suceso traumático.

La fijación a ciertos puntos de la trayectoria evolutiva carecería de todo contenido si no la concibiésemos como cristalización de una determinada cantidad de energía libidinosa.

Volviendo a los síntomas, que crean una sustitución de la satisfacción negada, por medio del retroceso de la libido, a fases anteriores, circunstancia que trae consigo el retorno a los objetos u organizaciones característicos de dichas fases. Sabemos ya que el neurótico se halla ligado a un determinado periodo de su vida pretérita durante el cual no se hallaba su libido privada de satisfacción y se sentía por tanto, feliz. Retrocederá en su pasado hasta la época en que aún se hallaba en la lactancia, época que se representará conforme a sus recuerdos o a la idea que posteriormente se haya formado de ella y el síntoma reproducirá entonces, en una forma cualquiera, la infantil satisfacción libidinosa, aunque deformada por la censura, producto del conflicto, acompañada generalmente por sensaciones de dolor y asociada a factores correspondientes a la ocasión que ha provocado la enfermedad.

Esta satisfacción que el síntoma procura es de singularísima naturaleza. Desde luego el sujeto no la siente como tal, sino por el contrario, como algo doloroso y lamentable, transformación que no es sino un efecto natural del conflicto psíquico bajo la presión del cual hubo de formarse el síntoma. Aquello que en épocas anteriores fue para el individuo una satisfacción, despierta hoy su repugnancia.

Para la formación de síntomas cooperan los mismos procesos inconscientes que a la de los sueños, esto es la condensación y el desplazamiento.

- 1) La Condensación, es un mecanismo de elaboración onírica por el cual varias ideas o elementos del contenido latente se reúnen en una sola imagen o representación del contenido manifiesto del sueño. Consiste en la concentración de varios significados en un solo símbolo; así, una persona soñada puede representar a varias personas de la vida real del individuo, un solo objeto a varios, una sola palabra a varias.
- 2) Desplazamiento, es un mecanismo de elaboración onírica, por el cual el significado fundamental del sueño puede aparecer en el contenido manifiesto como un elemento accesorio o secundario, y, al revés, el elemento más importante del contenido manifiesto presentarse como un elemento secundario del auténtico sentido. Este mecanismo hace que se traslade el significado desde la parte central del sueño a lugares accesorios de éste, ocultando al soñador el contenido onírico.

En los casos de frustración la libido vuelve a ocupar, por regresión, posiciones pretéritas que abandonó en su marcha progresiva, aunque dejando en ellas determinadas adherencias. Si la libido halla sin dificultad el camino que ha de conducir a tales puntos de fijación es porque no ha llegado a abandonar totalmente aquellos objetos y orientaciones que en su marcha progresiva fue dejando atrás. Estos objetos y orientaciones, o sus derivados persisten todavía con cierta intensidad en las representaciones de la fantasía, y de este modo bastará que la libido entre de nuevo en contacto con tales representaciones para que, desde luego, halle el camino que ha de conducirla a todas las fijaciones reprimidas.

Las fantasías a las que nos referimos han gozado siempre de cierta tolerancia, y por muy opuestas que hayan sido a las tendencias del yo, no han llegado a entrar en el conflicto con

él mientras ha ido cumpliéndose una determinada condición de naturaleza cuantitativa. Pero esa condición queda ahora perturbada por el reflujo de la libido a dichas fantasías, cuyo acervo de energía queda así aumentado hasta tal punto, que comienza a manifestar una tendencia a la realización, surgiendo inevitablemente el conflicto con el yo.

Los síntomas manifiestan un sentido, que son considerados como manifestaciones del inconsciente. Tienen un sentido propio y una íntima relación con la vida de las personas en las que surgen, relación con eventos vividos en el pasado, en la infancia.

Freud dirá que la fijación a una fase determinada del pasado traspasa los límites de la neurosis, toda neurosis comporta una fijación de este género, pero no toda fijación conduce necesariamente a la neurosis, se confunde con ella o se introduce en su curso. Planteará también que los síntomas tienen un sentido.

Al hablar del sentido de un síntoma nos referimos tanto a su procedencia (¿de dónde?) u objeto (¿para qué?); esto es, tanto a las impresiones y sucesos a que debe su origen como a la intención a cuyo servicio se ha colocado. El origen de su síntoma (¿de dónde?), es por el contrario, en todos los casos un proceso endopsíquico (subjetividad del sujeto) que ha podido ser consciente alguna vez, pero que puede también haber permanecido oculto siempre en lo inconsciente. Carece, por tanto, de importancia el que la amnesia pueda recaer también sobre los orígenes del síntoma, esto es, sobre los sucesos en los que el mismo se basa, pues los factores que determinan la dependencia del síntoma con relación a

lo inconsciente son exclusivamente su fin y su tendencia, factores que desde un principio han podido ser conscientes.

El sentido de los síntomas es, desde luego, inconsciente, pero, además existe entre esta inconsistencia y la aparición o persistencia de los síntomas una relación de exclusión recíproca. Es necesario que tal sentido sea inconsciente para que el síntoma se produzca. Los procesos conscientes no engendran los síntomas neuróticos, pero además en el procedimiento mismo en que procesos inconscientes se hacen conscientes, desaparecen los síntomas.

El síntoma se forma como sustitución de algo que no ha conseguido manifestarse al exterior. Ciertos procesos psíquicos que hubieran debido desarrollarse normalmente hasta llegar a la conciencia, han visto interrumpido o perturbado su curso por una causa cualquiera, y obligados a permanecer inconscientes, han dado en cambio origen al síntoma.

Los síntomas desaparecen cuando su sentido se hace consciente, no por ello resulta menos verdadera.

Freud (1926) en su texto “Inhibición, Síntoma y Angustia” manifiesta que la inhibición es la expresión de una restricción funcional del yo, restricción que puede obedecer a diversas causas.

¿A qué se refiere con la palabra yo? (...) Freud en su segunda tópica presenta tres conceptos psicoanalíticos yo, ello y súper yo.

El yo o "ego" es la parte de la personalidad que se organiza como consecuencia de la influencia del ambiente. Por su capacidad para evaluar y comprender la realidad, el yo le permite al sujeto superar las amenazas externas e internas. El yo se rige por el principio de realidad y en él funcionan los procesos secundarios (percepción, pensamiento). Es básicamente consciente y de su dominio en las actividades del sujeto depende la salud psíquica del mismo.

Freud (1922) dirá que al autoerotismo deberá agregarse un nuevo acto psíquico para que el yo se constituya. Este acto consiste en que las pulsiones se conjugan en una unidad y el yo es tomado como objeto, es el objeto que ha venido a colocarse en el lugar vacío del objeto de la pulsión, a partir de estos conceptos Freud diferenciará "libido del yo" de "libido objetal". En tanto este dirigida al yo o a objetos. Freud presentará al bebé como el captador de la libido objetal de la madre

El yo hace su aparición en un momento determinado, en el que se precipita como imagen del cuerpo, imagen en la que el sujeto se reconoce y que lo cautiva. El Yo esta constituido por un proceso de identificación y es además el resultado de identificaciones ya que una vez constituido se agregan sobre la primera otras identificaciones divergentes entre si. Cuando las identificaciones llegan a ser muy numerosas, intensas e incompatibles entre

sí, puede surgir un efecto, una disociación del yo, excluyéndose las identificaciones unas a otras por medio de las resistencias.

El ello o "id" es la instancia o estructura del aparato psíquico más antigua; el bebé tiene sólo ello, y sólo el enfrentamiento con la realidad provocará en él la aparición del yo y del superyó. Del ello toma el sujeto la energía para el desarrollo de su vida psíquica. En el ello descansan los instintos, deseos y experiencias traumáticas. Es el enlace entre lo somático o corporal y lo mental. El principio que rige su actividad es el principio de placer y los mecanismos o procesos que dominan en él son los procesos primarios. Es inconsciente.

El súper-yo o "superego", en Freud prima la perspectiva biologicista, no desatendió la importancia de la sociedad y la cultura, pues ésta se halla presente en la mente del individuo en el superyó. El niño aprende de sus padres el código moral y valorativo que determinará sus actitudes y motivaciones posteriores; este aprendizaje se da fundamentalmente en las etapas pregenitales y como consecuencia del temor al castigo y de la necesidad de afecto. El superyó tiene como función integrar al individuo en la sociedad.

Es la instancia que va a observar y sancionar los instintos y experiencias del sujeto y que promoverá la represión de los contenidos psíquicos inaceptables. En gran medida su influencia en la vida del sujeto es inconsciente. En el superyó se suele distinguir el llamado "ideal del yo" de la "conciencia moral", el primero para señalar las situaciones, estados y objetos valorados positivamente por el sujeto y a las que tenderá su conducta, y la

conciencia moral para designar más bien el ámbito de las prohibiciones y las sanciones a las que las personas creen que deben someterse.

Hemos llegado al conocimiento de que la función yoica de un órgano queda alterada cuando su significación sexual, su “erogeneidad”, recibe un incremento.

El yo renuncia a las funciones para no tener que llevar a cabo una nueva represión para evitar un nuevo conflicto con el ello.

El yo no debe hacer determinadas cosas porque habrían de traerle consigo provecho y éxito, lo cual ha sido prohibido por el súper yo. Entonces, renuncia el yo a tales funciones para no entrar en conflicto con el súper yo.

Las inhibiciones más generales del yo siguen otro distinto mecanismo, muy sencillo. Cuando el yo se encuentra absorbido por una labor psíquica de particular gravedad, tal como un duelo, gran supresión afectiva o la tarea de mantener sumergidas fantasías sexuales continuamente emergentes, se empobrece tanto la energía de que puede disponer que se ve obligado a restringir su gasto en muchos lugares, semejante a un especulador que tiene inmovilizado su dinero en sus empresas.

Podemos, decir finalmente de las inhibiciones que son restricciones de las funciones del yo, bien como medida de precaución, bien a consecuencia de empobrecimiento de energía.

Es en esto que se diferencia la inhibición del síntoma. El síntoma no puede ser ya descrito como un proceso que ocurra o actúe sobre el yo.

El síntoma sería, pues, un signo y un sustitutivo de una expectativa de satisfacción de un instinto, un resultado del proceso de la represión.

La represión parte del yo, que a veces por mandato del súper yo, rehúsa agregarse a una carga instintiva iniciada en el ello. Por medio de la represión logra el yo, impedirle que la idea, vehículo del impulso prohibido, alcance a ser consciente. El análisis revela muchas veces que dicha representación ha continuado existiendo como formación del inconsciente. El síntoma surge del impulso instintivo por la represión.

Freud (1915), luego del análisis de sus pacientes lo llevaron a concluir que sus síntomas y las consecuencias de los mismos se derivan a una fase precoz, su primera infancia, y a veces, aunque parezca ridículo, el periodo en el que aún eran niños de pecho.

El síntoma como retorno de lo reprimido ya viene deformado por la acción de censura.

Freud (1915) nos dice que lo inconsciente es necesario y legítimo ya que los datos de la consciencia son incompletos. Tanto en las personas mentalmente sanas como en las enfermas, surgen con gran frecuencia actos psíquicos cuya explicación no puede ser demostrada desde la consciencia. Desde los postulados de Freud que estos actos no son

únicamente los fallos y los sueños de las personas sanas sino que también incluyen a todos los actos que calificamos de síntomas y fenómenos obsesivos en los enfermos.

El síntoma a diferencia de la inhibición, es un signo de un proceso patológico. Se habla de síntoma cuando existe una modificación extraordinaria de la conducta misma o de una función nueva. El síntoma es observado como expresión de una intención inconsciente y al mismo tiempo como defensa frente a ella, en otras palabras, un signo y un sustitutivo de una expectativa de satisfacción de un instinto, un resultado del proceso de la represión.

El síntoma no puede verse como un proceso que ocurre dentro o actúe sobre el yo, sino que es más bien visto como una transferencia, y en él se articulan por lo menos tres cosas: la realización de un deseo inconsciente, la satisfacción de una pulsión, y una apropiación por parte del yo. El síntoma es un mensaje que debe ser descifrado, y funciona como un sustituto para una satisfacción frustrada o ante un conflicto psíquico (Freud, 1915)

Para comprender el surgimiento del síntoma, es necesario ver su génesis en la represión. Bajo las propias palabras de Freud, el síntoma sería “un signo y un sustitutivo de una expectativa de satisfacción de un instinto -pulsión-, un resultado del proceso de la represión. Esta represión parte del Yo, que a veces por mandato del Súper-Yo, rehúsa agregarse a una carga instintiva -pulsional - iniciada en el Ello” (Freud, 1930).

Freud (1930) nos dice que la represión es una representación pulsional, entendiendo como tal una idea o grupo de ideas a las que el instinto -pulsión- confiere cierta energía –

libido-. Esto también puede ser entendido como que ciertas situaciones o estímulos pueden despertar representaciones que pueden resultar tan repulsivas y que generen conflictos internos tan intensos, que existe un mecanismo que se enfrenta a estas representaciones con el objeto de anularlas, manteniéndolas escondidas a la conciencia. Entonces vemos que la represión busca evitar el displacer -la angustia- (Freud, 1926).

Esta operación no es completamente efectiva. Esto significa que no logra evitar obstaculizar por completo la idea reprimida. La represión funciona a través de desplazamientos y sustituciones. Estos desplazamientos son efectivos mecanismos de defensa, sólo en cuanto mantienen alejadas las ideas o pulsiones reprimidas; pero nunca las logran hacer desaparecer por completo.

Se debe considerar que la fuente de lo reprimido se encuentra en las pulsiones de la libido, la cual representa la fuerza de origen sexual que impulsa los síntomas histéricos, y que ésta debe ser descargada para darle fin a la pulsión. El desplazamiento que genera la represión, y ligado a la descarga libidinal en un objeto sustitutivo, es la condición que genera la formación del síntoma.

A esto Freud (1926) afirmaba que el síntoma, en cambio, situado como está en medio de la vida real, debe ser al mismo tiempo algo más, debe ser también la realización de deseo del pensamiento represor.

Retomando el hecho de que en el síntoma se articulan la realización de deseos inconscientes y la satisfacción de pulsiones, Freud reconoce la neurosis obsesiva y la paranoia como formaciones del síntoma dado que adquieren un alto valor para el yo, por aportarle una satisfacción narcisista que de otro modo le sería inaccesible (Freud, 1895).

Las formaciones de síntomas de los enfermos de neurosis obsesiva halagan el amor propio con la ilusión de que son hombres mejores que los demás; y los delirios de la paranoia abren a la agudeza y fantasía del paciente un amplio campo de acción, difícilmente sustituible (Freud, 1926).

De todas estas circunstancias resulta aquello que nos es conocido con el nombre de ventaja (secundaria) de la enfermedad de la neurosis. Esta ventaja apoya la tendencia del yo a incorporarse el síntoma y fortalecer la fijación de este último. Cuando luego se intenta prestar ayuda analítica al yo en su lucha contra el síntoma, descubrimos en el lado de la resistencia la actuación de los enlaces conciliadores entre el yo y el síntoma, no siendo nada fácil desatarlos.

Los dos procedimientos que el yo utiliza contra el síntoma se hallan en mutua contradicción. El otro procedimiento es de carácter menos pacífico, ya que continúa la obra de la represión. Sin embargo, no se debe tachar al yo de inconsecuente. El yo es pacifista y quisiera incorporarse el síntoma, acogiéndolo en su totalidad.

La perturbación parte del síntoma, que en calidad de verdadera sustitución y ramificación del impulso reprimido, cuyo papel continúa desempeñando y cuyas exigencias de satisfacción renueva de continuo, fuerza al yo a dar de nuevo la señal de displacer y prestarse a la defensa (Freud, 1926)

La lucha defensiva secundaria contra el síntoma se desarrolla en diversos terrenos y emplea muy distintos medios. Para poder decir algo de esta lucha se han de investigar los distintos casos de formación de síntomas. En esta labor se halla ocasión de entrar en el problema de la angustia. Como aún falta preparación para afirmar las hipótesis de la formación de síntomas en la neurosis obsesiva, en la paranoia y en otras neurosis, se debe partir de los síntomas que crean la neurosis histérica

Llamada elección de la neurosis por Freud y elección forzada por Lacan. En la elección forzada depende del ser del lenguaje del sujeto que es dada por una obligación de elegir donde hay una pérdida y una alternativa, el sujeto es responsable de esta elección. Podemos decir que existen dos niveles: a) la finalidad de la enfermedad, ¿por qué la enfermedad?, b) la determinación del tipo neurótico, ¿por qué tal neurosis y no otra?, o ¿por qué histeria, obsesión o fobia?

La enfermedad aporta una satisfacción, hay un beneficio en la enfermedad, el fin del síntoma se refugia en la enfermedad, la causa de la enfermedad puede ser por un problema de elección en el cual el sujeto intenta imponer al otro pero depende de a quién se opone a

la intrasubjetividad obsesiva o histérica, frente a estas alternativas el sujeto retrocede porque al elegir una opción de dos es renunciar a la segunda.

La neurosis depende de los cambios de las pulsiones que parten del conflicto edípico. Otra solución es la sublimación que implica una transformación pulsional en que parte de la satisfacción es conservada y otra parte es perdida. La satisfacción se satisface inhibida al fin y una pulsión inhibida al fin aunque se satisfaga en la sublimación aporta menos satisfacción que en su forma no sublimada.

La solución neurótica es una solución que no es ni el renunciamiento ni la sublimación, sería una solución de compromiso, entonces el síntoma, en tanto formación de compromiso llega a satisfacer las pulsiones a pesar de las prohibiciones que también satisface, habiendo un goce del síntoma y también es el beneficiario del síntoma.

La neurosis es un conflicto entre la pulsión y la defensa. En el síntoma lo que se goza es la verdad sobre el goce del Amo castrado. La pulsión realiza su satisfacción en el síntoma.

La elección de la neurosis, es decir, la elección sobre el goce. El neurótico es un sujeto determinado por la elección de la no-elección, ha rechazado elegir entre la pulsión y la defensa.

Cuando Freud habla del fin de la cura, evoca el tope sobre un núcleo: complejo de castración, en la mujer la envidia del pene, en esta posición el sujeto toma una respuesta

sobre la que puede ceder. Ofrecer al yo del enfermo la libertad de decidirse por esto o por aquello, conducir al paciente hasta una encrucijada donde le toca un camino u otro: 1) la finalidad de la enfermedad, 2) el problema de la elección del tipo de la neurosis.

Tratando el segundo punto, la elección no depende de lo que sucedió como acontecimiento, trauma. Explica la neurosis por una fijación a un estadio pulsional, en este caso, la histeria sería una neurosis fijada a la fase genital, la obsesión nos reenviaría a una fase sádico-anal.

La verdad del goce es lo que el síntoma tiene de más particular, por lo cual no puede dar cuenta de la generalidad del tipo. Lo reprimido es idéntico en todas las neurosis. El objeto de la defensa está orientado por las pulsiones, el motivo de la defensa es la angustia de castración. Lo que determina el tipo es la modalidad de la defensa. La forma de acceder a la defensa es por medio de los ideales con los que el sujeto objeta a las pulsiones inconciliables.

El sujeto histérico exige la verdad. En la histeria, el sujeto se representa en el lugar del objeto, por ejemplo, en la seducción se ofrece y se rehúsa, a la vez se presenta como un sujeto engañoso que produce un vacío en el otro porque necesita otra falta para cubrir la suya, viniendo la falta del deseo al lugar del objeto.

El sujeto histérico no puede contar con la palabra plena, sacrifica su vida ética, ocupa para siempre un lugar en el deseo del Amo y está listo para sacrificar a la ventura de la persona por la del sujeto.

La obsesión es como una variante de la histeria. El histérico domina por el deseo, el obsesivo quiere dominar el deseo. En el obsesivo la inconsistencia del Otro está oculta. En la obsesión la función de la promoción del significante fálico es poner el significante en el lugar del goce, de tapan la inconsistencia del Otro con un significante, así sea el significante del goce, pero no dejar ningún lugar a esa inconsistencia propiamente dicha.

El obsesivo vive entre dos torturas, las del sí mismo y del objeto, señala que lo protege del suicidio, se complace en sus autoreproches, en sus autotorturas. La mortificación implica un goce, saca un beneficio hay un placer.

2.1.2. El síntoma en Lacan: articulación de sentido y goce

Lacan (1956) utiliza los conceptos de la lingüística metáfora y metonimia. La metáfora como la sustitución de un significante por otro que produce un efecto de sentido, es lo que Lacan traduce del término freudiano de condensación; y la metonimia tiene que ver con el deslizamiento en la cadena significante. La metáfora es la sustitución de un significante por otro; la metonimia, es la conexión de un significante con otro, quedan en el mismo nivel de enlace y se liga con el concepto freudiano de desplazamiento, debido a que el goce constantemente está buscando su satisfacción, buscando diversas vías para obtenerlo.

Lacan a lo largo de su enseñanza, referirá que el síntoma tiene dos caras, la del sentido (metáfora) y la del goce (metonimia), explora las posibles articulaciones entre ambos, destacando las siguientes concepciones del síntoma:

1. El síntoma como un sentido reprimido, como un enigma. Lo sintomático está constituido por un significante cuyo significado está reprimido, no comunicado, no aceptado por el Otro. El síntoma se sitúa en el eje simbólico que va del sujeto al Otro.
2. El fantasma incide sobre el síntoma y por ello el síntoma ya no es un efecto cualquiera de significado del Otro. En tanto el fantasma y el síntoma se conectan, el síntoma deviene un efecto especial de significado del Otro. En esta definición, el circuito pulsional se conecta con el circuito semántico. Se trata pues, de una articulación entre sentido y goce.
3. Sentido y goce se equiparan en la definición de síntoma como sentido gozado. Estamos ante una definición del síntoma como un nudo de significantes, que se asocian donde se involucra lo real, lo simbólico y lo imaginario.

El síntoma designa una señal, un indicio observable, detectable, que remite siempre a otra cosa, a algo que lo produce, es una señal que produce malestar psíquico pero que hay algo del goce ubicado en eso sintomático. Este resto de goce que no logra pasar por las vías del discurso, que no logra ser regulado por las prescripciones y prohibiciones propias del sujeto surge irrumpiendo en la realidad.

2.2. EL FANTASMA

El afecto de vergüenza acompaña al fantasma, por ser discordantes con los valores morales del sujeto. Esto prueba que el goce que de él obtiene no es el suyo, y de que ese goce le viene del Otro. Al neurótico su fantasma lo avergüenza.

El fantasma es de estructura perversa, en el sentido de que permite al sujeto esconderse a sí mismo la barra que lo anula: posición paradójica de tener satisfacción con dolor. Hace desaparecer la división del sujeto respecto del objeto.

Lacan habla del silencio que rodea al fantasma, su valor de enigma, hay una dificultad para hablar de él, para asociar sobre él. Tiene un valor de respuesta absoluta desconectada del resto de su vida psíquica. Este enigma, en su ausencia de toda significación, remitía al inconsciente más que al yo.

En la fórmula del fantasma ($\$ \diamond a$), Lacan, expone a un sujeto barrado correlacionado con un objeto que tomará varios valores. La característica del fantasma será la de ligar al sujeto del inconsciente un objeto que le es extraño, en el sentido de que no es significativo.

Freud había mostrado que el fantasma anudaba dos cosas diferentes que son la satisfacción de una zona erógena con la representación de un deseo. En la fórmula del fantasma encontramos en el “a” ese goce (satisfacción mortífera), vinculado con \$, el sujeto del deseo.

El fantasma fundamental inscribe el organismo recortándolo, en la lógica significante de la castración. El fantasma es lo que permite al sujeto creer escapar a la supremacía del significante que pretende dominar su deseo.

El montaje del fantasma fundamental es sin duda esencial por varias razones: en primer lugar, concierne al sujeto del inconsciente, y podemos apuntar a la ausencia del yo. En segundo lugar, presenta el modo según el cual la castración ha operado para el sujeto. Por último, da la clave de la posición del sujeto en relación con la sexualidad y con el goce.

Puede decirse que el fantasma tiene estructura de ficción, aun cuando no sea una ilusión sino un real del universo del discurso: él da una forma a lo imposible de la relación sexual.

El fantasma fundamental corresponde a la represión originaria. La cuestión del fantasma corresponde tanto a la manifestación del deseo del Otro como a la manifestación de una falta en el Otro como lugar del significante.

El sujeto, estructuralmente, no sabe lo que desea. El fantasma, que indica como gozar, da una respuesta al deseo y oculta su ignorancia originaria de venir sujeto siempre del Otro.

Según Freud, a través del fantasma el sujeto se ubica en la vertiente del placer. El fantasma tiene una función de consolación. Es hipótesis lacaniana, que el fantasma transforma el goce en placer, doma el goce, pues por su propio movimiento el goce se dirige al displacer.

El fantasma es una máquina o dispositivo que se pone en juego cuando se manifiesta el deseo del Otro. El fantasma cubre la angustia suscitada por el deseo del Otro. La angustia aparece cuando hay un desfallecimiento de la cobertura fantasmática.

Para Lacan hay tres dimensiones del fantasma:

- 1) La dimensión imaginaria correspondiente a las imágenes.
- 2) La dimensión simbólica. El fantasma fundamental, en tanto simbólico, es un axioma lógico que tiene que ver con ese Otro tachado, con esa falta en el campo del significante. Cuando hay una falta en la cadena simbólica que viene, del nivel imaginario, se siente la figura obscena del superyó.
- 3) La dimensión real. El fantasma es un real, un residuo que no puede modificarse, se trata de lo imposible de cambiar.

La estática del fantasma se diferencia de la dinámica del síntoma. El fantasma determina al síntoma. Cada estructura clínica tiene, lo que llama Lacan, su propia “pantomima”, es decir, su propia estrategia ante la cuestión del deseo del Otro. Esa respuesta concreta es su fantasma, su fantasma como “su manera de ser”.

El axioma fantasmático es una creación significante pura. Lacan dirá que el fantasma tiene una significación absoluta de verdad, significación de un comienzo absoluto, significación separada de todo contexto extraña para el mismo sujeto pero determinante en su vida.

2.3. EL SINTOMA EN EL NIÑO

Lacan (1975) en “Conferencia sobre el síntoma” pronunciada en Ginebra, recuerda que el periodo de la infancia es decisivo, ya que es un momento *precoz*, en el que se cristalizan los síntomas. Seguidamente Lacan diferencia por una parte el efecto de sentido del síntoma y, por otra parte, la relación con lo real.

Los síntomas tienen un sentido que, como dice Lacan, sólo se interpreta correctamente en función de las primeras experiencias –del sujeto- en cuanto este encuentra la realidad sexual.

Por tanto el síntoma, al articular un sentido gozado confirma su relación con lo real. El síntoma testimonia de los *impasses* del goce de los seres sexuado; *impasses* que se deducen como consecuencias estructurales de lo real en juego en lo sexual.

Lacan en sus “Dos notas sobre el niño” distingue dos tipos de síntoma en el niño:

1.- El síntoma en el niño es una respuesta a lo que hay de sintomático en la pareja de los padres y en ese sentido él representa la verdad.

2.- El síntoma del niño depende de la subjetividad de la madre. El niño ocupa aquí el lugar de objeto del fantasma materno y su función es la de revelar la verdad de este objeto.

Miller que ha dado una nueva lectura de ese texto, presenta esta clínica diferencial del síntoma en el niño en función de lo que se articula en el orden del deseo, según que el niño como objeto colme o divida.

Pone de relieve que la metáfora paterna remite a una división del deseo, gracias a la cual la demanda de la madre puede divergir de la del niño, si ella se siente llamada por el deseo de un hombre. Este llamado introduciría una separación.

Miller señala que el niño divide la madre y la mujer “a condición que una mujer en la madre siga siendo para un hombre la causa de su deseo”.

La condición de posibilidad para un niño, de separarse de su identificación fálica o de su condición de objeto de la madre, pasa por una condición de satisfacción del sujeto madre, de una satisfacción que ella pueda encontrar como mujer, mas allá del niño como objeto imaginario o real que se sustituye a su falta.

Esta satisfacción hace valer para el niño que el no satura el todo fálico para la madre, porque el deseo de ella, su deseo del falo “encuentra el significante en el cuerpo de aquel a quien dirige su demanda de amor” y en consecuencia, le procura su punto de orientación, así como la posibilidad de una satisfacción.

El síntoma es el representante de la verdad. Se trata de la verdad en lo real, cuando precisamente hay allí un tropiezo. El síntoma del niño está en el lugar de responder al síntoma de la estructura familiar.

Si la madre no desea fuera del niño, como defecto en la orientación hacia un hombre, entonces sólo se realiza como madre y el niño “cae como desecho de la pareja genitora”, o

si no, “entra en una relación dual con la madre, que lo subordina al fantasma materno”. La posición del niño no es la misma según su síntoma se inscriba en la primera o en la segunda vertiente.

2.3.1 Posición del niño en la neurosis.

El sujeto niño en este caso, no escapa al efecto de la metáfora fálica y encarna en consecuencia, una versión de la significación fálica. Esta versión solo se efectúa al haber recibido la marca de la castración.

Es entonces la condición de la inclusión del niño por la madre, en la dialéctica de las significaciones, en función de la cual la madre “interpreta” a su hijo y aliena en él la satisfacción de las necesidades a la condición absoluta de la demanda de amor.

En ese caso el goce del síntoma se encuentra articulado a las sustituciones y a las permutaciones del significante, permitiendo una lectura posible de la letra que el síntoma cifra. Estas permutaciones y sustituciones permiten al niño encontrar una solución a su impasse.

El efecto de sentido del síntoma resulta como pura invención del sujeto, frente al no sentido que se le impone a partir del goce. El síntoma es la expresión de este goce rechazado, el cual dice la verdad de lo que hay de sintomático en la pareja de los padres.

El síntoma del niño revela la cifra del no rapport sexual en el corazón de la pareja de los padres, y por lo tanto es correlativo del sentido que toma para el sujeto niño, su versión del goce sexual.

2.3.2 Posición del niño en la psicosis

El segundo tipo de síntoma que Lacan distingue en el niño, revela la subjetividad de la madre. En este tipo de síntoma, la articulación se encuentra reducida por el hecho de la falta de mediación de la función del padre.

El síntoma del niño califica una posición en la estructura en función de la cual el sujeto no se presenta como sujeto de la palabra, como efecto de significación, sino que tiene que ver con una modalidad de ser, realizándose en el lugar de objeto del fantasma de la madre.

Aquí el niño no está en el lugar de objeto imaginario, como velo o índice de la falta, sino como objeto real y en consecuencia desprovisto de subjetividad. El niño se presenta como excluido del sentido y desprovisto de alteridad imaginaria.

Realiza la presencia del objeto a, en el fantasma. Pero esto no lo hace en tanto objeto que respondería a una perspectiva ideal o como objeto causa del deseo, el cual incluye la falta que opera el lenguaje en términos de castración, sino como “objeto que aparece en lo real”. Su función es revelar la verdad de este objeto, su función de goce.

La verdad del síntoma del niño es la de revelar el valor que el toma en tanto objeto pulsional. El niño encarna en lo real, el mutismo y el silencio de la pulsión, así como su carácter acéfalo y asubjetivo, presentificando el objeto pulsional de la madre, fuera de las coordenadas simbólicas e imaginarias.

Si el niño no está incluido en la metáfora fálica, se encuentra identificado al síntoma como real, fuera de los efectos de sentido. La identificación se realiza en la vertiente que lo petrifica en el lugar del objeto como real, ya que al no operar la función del padre, no hay separación entre el significante del Ideal del Yo como insignia, es decir en tanto S1 fuera de la cadena significante y el objeto a, como plus de goce.

El niño psicótico se encuentra petrificado en una identificación que lo excluye de la alteridad propia a la alienación significante. El cuerpo del niño toma la función de condensador de goce que escapa a la castración.

El sujeto niño testimonia con su síntoma del lugar del sujeto en la estructura, en tanto respuesta a lo real. Esta respuesta articula, según el caso, el modo particular en el que se especifica el rechazo de las consecuencias, para el ser sexuado, del no rapport sexual, bajo una modalidad que tiene que ver con la represión o forclusión.

En efecto, el encuentro entre un hombre y una mujer testimonia de un modo singular y sintomático de anudar el amor, el deseo y el goce a fin de recubrir con un sentido el sin-

sentido del no rapport sexual. De ese nudo o de lo que se excluya de el, dependerá la acogida que será ofrecida a la descendencia.

2.3.3. Estructura perversa

El goce es recóndito en la neurosis, se expresa en el sufrimiento, en la queja y en el síntoma que lo dicen cuando el yo calla y el sujeto se muestra en su división. El neurótico se complace en señalar su falta en relación con el goce, ese goce que atribuye a los demás. Esos otros gozantes que querrían su castración y a los que el neurótico resiste, ocultándose que esa castración que repudia ya la sufrió de entrada y que su sufrimiento deriva de no saber qué hacer con ella, cómo convertirla en deseo.

La histeria y la obsesión, estos dos polos del goce rechazado por el neurótico mediante la represión de los significantes que lo evocan y que permitirán subjetivarlo. Así el neurótico goza sin saberlo, trasponiendo su goce con los atuendos del síntoma.

Lo que distingue a la neurosis de la perversión no es la actuación sino la posición del sujeto ante esa actuación, la diferencia radica en el discurso, puesto que las estructuras son hechos de discurso, modos de relación con el Otro, posiciones subjetivas, relaciones con el inconsciente. Neurosis y perversión son modos de relación con el saber, tal como se materializan en el discurso. El discurso del perverso es rara vez escuchado por el analista, porque el perverso toma una actitud contraria a la del neurótico.

El perverso vive para el goce, sabiendo cuanto es dable saber sobre el goce propio y el ajeno, predicando su evangelio, afirmando sus derechos sobre el cuerpo, ostentando su dominio. Es un haber y un saber.

La fórmula que define al perverso es el desafío. La pasividad vale para el perverso como prueba de seducción y complicidad mientras que la actividad es un reto que refuerza su postura. El perverso actúa en dirección al Otro procurando evidencias de esa tachadura subjetiva en el límite mismo del desvanecimiento, del reconocimiento de la falta que aparece como curiosidad y como deseo que él se ofrece a colmar. Lo suyo no es el autoerotismo sino la demanda de la participación-partición de otro, de su víctima o de su público.

En el perverso el deseo se llama “voluntad de goce” y el único problema que el encuentra es el de cómo procurarse los medios para asegurarlo. Se presenta sabiendo sobre el deseo y sobre el goce conciliándolos, resolviéndolos su contradicción originaria.

El neurótico querría aprender del perverso y levantar así la hipoteca de sus inhibiciones. El perverso lo seduce con su fantasma de saber gozar, en su discurso es notorio, el fantasma preconscious de alcanzar el goce a través del saber y del poder sobre un objeto inanimado, reducido a la abyección o amarrado por un contrato. Para poner en escena ese fantasma, hay que saber hacer con el Otro, obtener su complicidad o su terror.

El perverso reta al Otro, le devuelve el muerto de su propia alienación. Hace operativo el fantasma, éste debe ser escenificado y hacer verosímil ese goce al que la castración obliga renunciar.

El deseo en el perverso está pervertido. Es el deseo el que anima al fantasma y la renuncia al goce. El perverso sabe que el goce debe ser renunciado pero aun así se desvive por alcanzarlo, también a él el deseo lo divide, lo hace sujeto \$ y por más que tal deseo se convierta en voluntad de goce no por ello deja de ser una prohibición de rebasar un límite en el goce. El deseo no afirma la falta, sino que la niega, justo donde aparece la prohibición de gozar: en el Otro.

El perverso se hace instrumento del goce del Otro, su deseo perverso lo lleva a hacerse útil, herramienta de goce del Otro, lo logra colocándose en lo imaginario por fuera de su propia división subjetiva, como si él fuera ese Otro y como si tuviera a su cargo asegurar su no castración, prestará sus servicios para asegurar su goce, el del Otro, el que está amenazado por la castración.

El perverso pretende ser visto como un sujeto absoluto que porta y aporta el goce, un ser sin tachadura. Él es el fetiche que venera, él es el látigo que flagela a su víctima, él es esa mirada que va y que viene en las perversiones escópicas. Él positiviza al falo, asegura que el goce se falsifica en el Otro.

El perverso rechaza identificarse de modo precario, dependiente de la respuesta del Otro, de sus demandas. Él niega la división que impone a su ser el que su demanda de satisfacción pulsional deba articularse con el deseo del Otro. Él mismo se constituye como respuesta, su demanda no es una pregunta sino una imposición ejercida de modo categórico.

Él es la causa para que el Otro se divida. No es un sujeto tomado por los vaivenes de la cadena significante. Se identifica con lo real que hace accesible el goce al Otro, con el plus de goce, con la causa del deseo del Otro: se hace objeto a y para que esta identificación sea posible se necesita de otro, un partenaire.

En la perversión el yo está del lado de la realidad y del semblante. Sólo hay acceso a la realidad por ser el sujeto consecuencia del saber, pero el saber es un fantasma hecho solo para el goce. El perverso argumenta, un eterno comprobante de la justeza de su tesis. Su discurso centrado en el goce, recalca la falla en el mismo. Con su palabra de certidumbre, de imposición categórica de lo necesario, se pone a distancia de toda palabra que podría cuestionar o rectificar su posición. Su deseo y su voluntad dependen de un cálculo en torno al goce del cuerpo.

2.4. CONSECUENCIAS EN LA SUBJETIVIDAD DEL NIÑO DEBIDO A LA DECLINACIÓN DE LA FUNCIÓN PATERNA

La declinación de la autoridad paterna en la actualidad es consecuente y correlativa a un declive del reino del nombre del padre en tanto significativo que en el campo del Otro articula un deseo a la ley.

La función paterna ordena y pone diques a las pulsiones; porque permite nombrar y dar un significado a lo que, si no lo tiene, confunde y asusta; porque vehiculiza ideales que orientan en la medida que los sujetos pueden identificarse a ellos, porque instalan una brecha, una separación, una mediación entre las demandas de un sujeto y su satisfacción o descarga inmediata, dando lugar a la capacidad de espera y, por consiguiente, al deseo y al pensamiento.

Eidemberg (2008) refiere que hoy está vigente la idea de que el sujeto puede lograr todo lo que desea. En efecto, si antes la sociedad victoriana y sus ideales llevaban la marca de la represión del goce, hoy el posmodernismo empuja a la libertad de gozar como se quiera, consumiendo lo que se quiera y mostrando lo que se quiera.

Serra (2005) refiere que este mandato posmoderno de felicidad implica un rechazo, no sólo de lo imposible, sino del sufrimiento, pues todo lo que puede producir malestar “debe ser extirpado, suprimido, remodelado o anulado”, sin que se interponga ningún proceso de subjetivación.

El sujeto está expuesto en todo momento al encuentro con lo real, eso que no se puede simbolizar a través de la palabra. El sistema del yo y sus ideales, las modalidades fantasmáticas, los modos de defensa y los tipos clínicos con sus formaciones sintomáticas velan y eluden el encuentro con lo real, al mismo tiempo que lo bordean. Son modos de evitar la emergencia de angustia, es decir, de protegernos de aquellos de lo cual la angustia es señal.

La evidencia de las fallas en lo simbólico y de la ley para regular el goce, la exposición a la violencia y al goce del Otro crea condiciones para la emergencia de la angustia.

La angustia no es nueva, es un fenómeno de estructura y como tal ineliminable. La época actual pareciera aumenta su incidencia, la declinación de la función paterna contribuye a la pérdida de referencias y al sentimiento de desamparo y de angustia.

La declinación de la autoridad del padre va acompañada de una declinación en el discurso amo del inconsciente, y esto último es mucho más decisivo. Nos confrontamos con una clínica que cada vez más se presenta bajo la forma de la angustia, depresión, patologías del acto y no por el síntoma.

El principio de realidad permite al sujeto posponer o sustituir apetitos en función de las presiones de la realidad y con la finalidad de la adaptación y supervivencia del sujeto. Este principio necesita de los llamados "procesos secundarios" o procesos como la memoria, el razonamiento, el lenguaje, con los cuales el yo toma contacto con la realidad, descubre sus

mecanismos y las relaciones causales entre las cosas y puede hacer más efectivo y menos peligroso la realización del deseo.

La declinación de la función paterna también afecta al principio de realidad y a los procesos del pensamiento, debido a que en la época actual se ha debilitado el creer en el padre y la función que este transmite, donde ya no opera o su significante transmitido es frágil o débil, no permite el encadenamiento de los significantes que se generan en el pensamiento, donde la representación de la palabra desfallece, el sentido faltante del discurso, que al no ser encontrado en la palabra, se transmite a través del cuerpo, inervándolo.

2.4.1. En la constitución del narcisismo

Freud designa con el término narcisismo la fase del desarrollo libidinal en que se constituyen el cuerpo y el yo. Freud dice “es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales, por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya”. Es entonces, que en ese momento el yo y el cuerpo surgen como objetos unificadores de la libido dispersa en la fase anterior.

El cuerpo es una construcción, al igual que el yo y que la realidad. Construcción que puede ser frágil y se apoya en puntos en la estructura.

Antes de que haya un cuerpo hay una anarquía de pulsiones parciales (autoerotismo) que requieren de algo que las regule y les de unidad. El cuerpo da una unidad.

La satisfacción propia del estadio del espejo es la identificación del sujeto concebida como desamparo orgánico original, a la imagen corporal completa. Esta satisfacción se sitúa en una dehiscencia constitutiva del hombre. La dehiscencia es un término técnico, biológico, para calificar los fenómenos de abertura del cuerpo, de una fruta, por ejemplo. Esta abertura tiene aquí el carácter de una incompletud, de una imperfección, de un desfasaje. Esta satisfacción no es por una completud natural, sino una satisfacción anclada en una falla y establecida sobre una discordancia. Lacan señala que de entrada el sujeto se encuentra afectado por dos cuerpos discordantes. En su estatuto real, el organismo, diferenciado del cuerpo propiamente dicho, su imagen.

En la conformación del cuerpo, podemos decir que no se *es* un cuerpo sino que se *tiene* un cuerpo, si se trata del orden del tener, puede no tenerse y algunos casos de psicosis muestran sin velo cómo esta constitución subjetiva puede resultar fallida.

El psicoanálisis enseña que existen tres dimensiones del cuerpo: imaginaria, simbólica y real.

La dimensión imaginaria donde la imagen del cuerpo (cuando se constituye) permite mantener la ilusión de un cuerpo unificado y asimilar la propia imagen.

Desde el registro de lo Imaginario el cuerpo es la vivencia de una imagen unitaria, que brinda unidad al organismo fragmentado con el que el sujeto nace. El organismo fragmentado encuentra su unidad en la imagen; la cual en su papel estructurante organiza el cuerpo ubicándolo como cuerpo humano: como forma total, superficie, recinto, límite, contorno, que va a ser habitado, investido, vestido, recubierto por la libido. Así el cuerpo se constituye como recubrimiento libidinal trazando una organización erógena.

La dimensión simbólica, a la cual se refiere Freud cuando dice que las histéricas no se guían por la anatomía, es decir, cuando una palabra recorta el cuerpo produciendo un investimento libidinal pudiendo producir un síntoma conversivo.

Desde el registro de lo Simbólico el cuerpo es como un investimento, primer objeto que se catectiza. Lo que viste son deseos, necesidades, exigencias, apetencias, placeres, goces. Es un cuerpo vacío, sin contenido, hecho sin órganos, cuerpo que se prestará como superficie de inscripción a recibir la marca significativa y en el que se irán privilegiando ciertas zonas erógenas y circuitos pulsionales.

Y, por último, la dimensión real, dónde la esquizofrenia nos enseña cómo un cuerpo puede ser un conjunto abierto de órganos, en donde, las palabras no tienen una función simbólica. Cómo señala Freud (1919) al comentar el caso de Víctor Tausk, cuando la paciente dice: “Tengo los ojos torcidos” no es necesario que los ojos se tuercen (como en la histeria) sino que las palabras son los órganos.

No hay una imagen propioceptiva al nacer. Es en el estadio del espejo que se da la unificación de la imagen, que antes era fragmentada. El lenguaje nos da un cuerpo. Se requiere de ciertas significaciones simbólicas para la unidad de la imagen. Si algo de lo simbólico falla se va al cuerpo, es por ello que frente a la declinación de la función paterna en la actualidad, se encuentra en los sujetos sintomatologías a nivel del cuerpo, debido a que por la falla de lo simbólico la relación con el cuerpo puede devenir fragmentada.

A través del complejo de Edipo, la función paterna orienta al sujeto en una relación con el goce. Introduce la norma que lo regula. Para tener un cuerpo hay que lograr una regulación del goce. Y, no hay orden que no deje restos. Hay algo que va más allá de la regulación.

La libido proviene de la pasión narcisista. Lo que nos deja Freud como guía del yo, como reservorio de la libido, Lacan da cuenta de ello por la inserción de la imagen totalizante del cuerpo en la fragmentación inicial del organismo, que promueve la imagen en el centro de la vida psíquica del cuerpo viviente de la especie humana. Encuentra la fuente de la libido freudiana en la discordia, discordancia, dehiscencia.

La introversión de la libido sexual conduce a una carga libidinosa del yo, lo cual podría producir la pérdida del contacto con la realidad. Hay una oposición entre la libido del yo y la libido objetal. El niño debe retirar la libido de los objetos parentales. Al sepultarse el Edipo, la libido objetal se transforma en libido narcisista.

Esta libido narcisista es vital, positiva, impulsa el desarrollo, es la forma anticipada de la síntesis del cuerpo pero, al mismo tiempo, es agresiva con respecto a la imagen.

El enorme engreimiento narcisista, característico de la especie humana, procede de ese defecto de identificación subjetiva al cuerpo.

El principio de realidad permite al sujeto posponer o sustituir apetitos en función de las presiones de la realidad, con la finalidad de la adaptación y supervivencia del sujeto. Hoy este principio del yo se ve afectado por la declinación paterna.

Se puede apreciar en los niños un empuje a la auto – satisfacción (rezago de una etapa anterior, autoerótica, que es reactualizada) como parte de un deseo narcisista. En la actualidad, nos encontramos con un libre acceso a estas satisfacciones, lo que implica, una no renuncia al placer, una no limitación de la propia voluntad, y las leyes de la naturaleza y de la sociedad deberán detenerse ante la persona. Esto interfiere en el establecimiento de un lazo social y el amor.

En el narcisismo hay un deseo de mantener apartado de su yo todo lo que pudiese empequeñecerlo, reflejo de una primitiva omnipotencia y de una incapacidad de renunciar a una satisfacción ya gozada. Habrá de ser el centro y nódulo de la creación: “su majestad...el bebé”.

El narcisismo aparece desplazado sobre este yo ideal. El niño mismo es su propio ideal en este narcisismo primario.

Sin la renuncia de los instintos libidinosos no hay sublimación. El yo ideal exige esta sublimación, pero no puede imponerla. La producción de un ideal eleva las exigencias del yo y favorece la represión. En cambio la sublimación representa un medio de cumplir tales exigencias sin recurrir a la represión.

Los trastornos del narcisismo primario dificultan la evolución del yo. En la actualidad la satisfacción ya no es proporcionada por el cumplimiento del ideal.

Con el ideal del yo, viene además de su parte individual, su parte social. Al verse escamoteada la entrada al mundo simbólico y de la cultura, se da una confrontación con el ideal del yo y una dificultad en el paso al narcisismo secundario, lo cual influye en la construcción del lazo con los otros.

El complejo de Edipo es el momento de la constitución subjetiva en que se produce el ordenamiento de la sexualidad infantil y sus constelaciones deseantes a partir del abandono del narcisismo primario y las renunciaciones que impone el ligamen amoroso al otro; y organización familiar, para designar a los agrupamientos sostenidos en relaciones de alianza y filiación que en un determinado momento de la historia de la sociedad reglan los intercambios sexuales según legalidades del parentesco y las generaciones (Bleichmar, 1999).

2.4.2. En el manejo de la angustia

La angustia no es ni emoción ni sentimiento, es puro afecto. Está relacionada a la posibilidad de significar.

Lacan (1962) Seminario X refiere que la angustia se presenta desde el momento constitutivo del sujeto, relacionada con lo que el sujeto fue para el objeto del Otro, frente a la pregunta que se realiza ¿qué quiere el Otro de mí? Y la respuesta que el sujeto se da, la angustia emerge allí donde se tenía la idea de lo que era para el otro, tiene que ver con la propia posición de objeto. Es decir, el sujeto se constituye en el campo del Otro, a partir de la falta del saber quién soy para el Otro, qué soy para el Otro. Es señal del deseo del Otro.

El sujeto adviene en el campo del Otro; el Otro también se ve afectado porque se introduce la imposibilidad de nombrar lo que están pidiendo.

La angustia no es el síntoma, indica un anudamiento. No hace lazo social a diferencia de la queja debido a que ésta pasa por el lenguaje y se manifiesta a través del cuerpo.

Si la angustia no engaña, es porque plantea la pregunta por el deseo. La angustia de castración es la que permite el deseo y por ende la búsqueda del objeto que el sujeto cree lo completará. La angustia es presencia del deseo del Otro como tal, pero ¿qué es lo que hace que la angustia sea velada? Es el fantasma, como se mencionó anteriormente, el fantasma es una construcción simbólica que realiza el sujeto, tomando los significantes del Otro que

le permite soportar el vacío que deja la castración como la llama Freud o el vacío de la falta como lo llama Lacan.

Si falla una operación que anuda la estructura, la inhibición a nivel del yo muestra que se expande el territorio de la defensa, en la represión y sus efectos de retorno o se moviliza el fantasma y emerge la angustia.

¿Qué pasa si falta la falta? Inquietante. No nos angustiamos por la falta, sino por la presencia de algo, que emerge en el lugar de la falta, Lacan inventara el término de EXTIMO (interior y exterior, es decir, algo que al sujeto le viene desde lo exterior, lo asume como extraño pero que está directamente relacionado con lo más íntimo y propio de su ser).

La falta es una suplencia para la angustia, que es producida por el vacío de lo real, al hablar de falta, se refiere a que algo hubo allí y que se perdió, que debe ser buscado, la falta es pacificante, arroja al sujeto en las vías del Sujeto insatisfecho, entonces, la angustia es un encuentro, no es una búsqueda, confrontación con algo extimo con un objeto no reconocible. La castración es la que produce buscar, la angustia surge en el lugar de la falta. No nos angustiamos por la falta, sino por la presencia de algo que emerge. La angustia se produce porque hay algo, donde está la falta, ese objeto que parece ajeno pero que es muy propio.

Lacan refiere que la angustia emerge porque el objeto aparece develado, porque se moviliza el fantasma y el sujeto se encuentra con el vacío, lo más insoportable para él. La emergencia de la angustia devela la posición del inconsciente. La emergencia de la angustia se produce también cuando el sujeto se confronta con lo real inasimilable y queda expuesto al goce del Otro no regulado por el Nombre del Padre o con el vacío del Otro y de sus respuestas.

El decaimiento del padre en nuestros días no favorece la constitución del síntoma y favorece la proliferación de lo imaginario.

El Otro no existe y la función del padre siempre falla, sin hacer desaparecer lo real en juego. La época sólo muestra de un modo descarnado lo real en juego en la condición humana.

La caída de carácter hegemónico del Nombre del Padre y su pluralización, la confrontación con lo real de la inexistencia del Otro, contribuyen a la pérdida de referencias y al sentimiento de desamparo y de angustia. La evidencia de las fallas de la ley para regular el goce y la exposición a la violencia y al goce del Otro crean, condiciones para la emergencia de la angustia.

Por otra parte, el discurso capitalista que empuja al goce como imperativo, afecta a las condiciones del lazo social, forcluye el amor y la castración con la promesa de un goce todo, obtenido por la vía del consumo de objetos y lleva a la abolición del sujeto,

transformado él mismo en un objeto al servicio del mercado. La sociedad actual rechaza la castración y allí donde falta la falta, aparece la angustia.

Los problemas de la angustia, van por el lado del plus, del exceso de goce que se convierte en señal de peligro porque algo del sujeto va a develarse, un plus de goce debido a que el sujeto posmoderno al no soportar la castración, ni la falta, inmediatamente tratará de obturarla con los distintos objetos que le ofrece el mercado, objetos que ofrecen una idea ilusoria de satisfacción pero que el mismo mercado luego los desvaloriza, siendo objetos que tienen efectos de corta duración para el sujeto, encontrándose nuevamente frente al vacío.

Cuando se abre la hiancia que presentifica la dimensión de la causa, emerge la angustia, y ella es tramitada de manera urgente. Para ello una de las respuestas de la época que viene muy al punto la “magia” de la medicación bajo sus ropajes de eficacia a corto plazo. Quizás se pueda decir que es la maniobra posmoderna por la que se rebaja el deseo a la demanda.

Lacan (1962) en el Seminario X “La Angustia” refiere el acting-out y el pasaje al acto como dos procesos que se presentan de manera frecuente en el desarrollo de un análisis y por fuera del mismo, frente a la irrupción de la angustia.

El *acting out*, es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra, y que dirige un mensaje hacia el Otro, comporta siempre un elemento altamente significativo y, como tal, enigmático. Siempre se lo encuentra en el camino de la realización analítica del

deseo inconsciente. El acting-out es fundamentalmente un mensaje. En él hay un sujeto, una escena y la mirada del Otro. Es, entonces, algo que se muestra, que un sujeto muestra al Otro. Desde la estructura, el acting toma sus coordenadas de algo accidental.

El *pasaje al acto* no es una noción psicoanalítica, se trata de una importación desde la psiquiatría que se esclarece con el psicoanálisis, a partir del concepto de acto psicoanalítico. El pasaje al acto a diferencia del acting out, no necesita de la mirada del Otro y consiste en la separación radical de la escena, del Otro. Es un movimiento de transgresión radical de una norma, de un límite que implica la mutación del sujeto. El pasaje al acto apunta siempre al corazón del ser. En él, la certeza es el motor y su carácter es definitivo. El pasaje al acto suicida es el paradigma de la separación radical de un sujeto de la alienación significativa.

El pasaje al acto, según Lacan, en tanto caída de la escena, que es la escena del Otro, constituye un modo de rechazo del Otro que apunta a la ruptura del lazo social. En la actualidad, fenómenos de toxicomanías, anorexias, bulimias y violencias pueden ordenarse según esta perspectiva.

Lacan resume el pasaje al acto en cuatro puntos.-

Primero, lo convierte en un concepto clínico, dejando de ser un término descriptivo de conductas desviadas, violentas, criminales, delincuenciales, lo cual hacía que se lo connotara como patología en términos de locura, demencia, perversidad y caracteropatía, inscriptas en el marco de la impulsividad. Segundo, Lacan no rechaza su aspecto impulsivo

pero al relacionarlo con la noción de sujeto en psicoanálisis, deja de hablar de reacción, concepto de tradición psiquiátrica que lo tiñe de un aspecto automático. Tercero, este rasgo de la impulsividad es incluido en una extensión conceptual que hace que puedan considerarse tales muchos fenómenos comunes y corrientes, incluso cotidianos, que en el marco de la criminología quedaban fuera. Cuarto y último, el examen fenoménico que del pasaje al acto hace Lacan pone de relieve un aspecto que no había sido tenido en cuenta anteriormente, su estrecho e íntimo vínculo con la angustia, de modo que esta opera como su causa formal –en el sentido aristotélico del término (la forma que el agente o causa eficiente procura darle a una materia).

2.4.3. En los procesos secundarios del pensamiento

Freud en su obra plantea el proceso primario y proceso secundario del desarrollo del pensamiento. Gracias al proceso primario, el Ello consigue la satisfacción con la realización de los instintos y deseos. Los procesos primarios son inconscientes y se manifiestan fundamentalmente en el sueño. Los procesos de elaboración onírica (condensación, desplazamiento) son procesos primarios. El proceso secundario son las actividades y procesos del Yo, gracias a los cuales el sujeto consigue integrarse y adaptarse al medio. La percepción, el pensamiento, el recuerdo; son ejemplos del proceso secundario.

Agrega Freud que el proceso primario se da desde el comienzo de la vida en tanto que el secundario se constituye poco a poco dependiendo de la singularidad del sujeto, que alcance un mayor o menor imperio.

El Principio de Placer rige en el proceso primario y el Principio de Realidad en el proceso secundario. De tal modo que la obtención de placer no se anula ni se descuida por el acatamiento de la realidad sino que se planifica, quedando posibilitada por la actividad de pensamiento.

El proceso primario aspira entonces, a la descarga inmediata de excitación procurando producir una identidad perceptivamente idéntica a la experiencia de satisfacción, que intenta repetir la percepción del objeto que proporcionó satisfacción, con la abundante investidura del polo perceptivo.

El proceso secundario procura la inhibición de dicho drenaje, lo demora y posteriormente produce la descarga en la motilidad. Apunta a la identidad de pensamiento con la vivencia de satisfacción, y la investidura idéntica de ese recuerdo se alcanza por la vía motriz. Para lo cual, hay investidura de huellas mnémicas, se cargan las huellas que activan su función: la memoria. De tal modo que experiencias anteriores almacenadas en ellas permitirán ejercer una acción adecuada que modifique el mundo exterior proporcionando el objeto efectivo de satisfacción.

En el proceso primario se ejecutan los mecanismos de condensación y desplazamiento. En el proceso secundario estos mecanismos se minimizan porque en las cadenas de pensamientos hay conexiones de unos con otros, que posibilitan la inteligibilidad de una oración y la conformación de un texto coherente oral o escrito. El pensar se interesa por estos nexos entre representaciones.

Se pueden describir como procesos secundarios las funciones clásicamente descritas en psicología como el pensamiento, la atención, el juicio, el razonamiento, la acción controlada. En el proceso secundario, lo que se busca es la identidad de pensamiento: «El pensamiento debe interesarse en las vías de ligazón entre las representaciones, sin dejarse engañar por su intensidad».

Desde este punto de vista, el proceso secundario constituye una modificación del proceso primario. Cumple una función reguladora, que se ha vuelto posible por la constitución del yo, cuyo principal papel consiste en inhibir el proceso primario. Con todo, no pueden describirse como proceso secundario todos los procesos en los que interviene el yo.

Todo pensamiento presupone un proceso de abstracción: abstraer de un contexto determinados elementos para relacionarlos entre sí, dando lugar al establecimiento de nuevos sistemas de relaciones, que siendo virtuales, es decir, potenciales, podrían eventualmente realizarse por medio de la acción en el mundo real, el mundo de las cosas.

Los pensamientos son relaciones entre representaciones: las representaciones son reproducciones sensibles, a través de actos de descarga (por ej. Verbales), que remiten a experiencias sensibles provenientes del mundo exterior o del propio cuerpo. En sí misma la representación es una estructura compuesta por estímulos corporales (que surgen de las tensiones de necesidades), sensibles (que provienen del mundo exterior), y descargas motoras que, relacionándose con estructuras similares, constituyen sistemas de pensamiento

que, en tanto quedan cristalizados devienen en representaciones de cosa que podrán ser modificadas y ampliadas por la incorporación de nuevos atributos o predicados.

Estos sistemas de relación entre representaciones a la vez que entre representaciones de cosa y atributos (sujetos y predicados) se organizarán en los diferentes niveles que Freud (1900) desarrolla en el capítulo VII de las “Interpretación de los sueños”: primero a través de relaciones de contigüidad y continuidad, luego de analogía, los que conformarán los niveles de ligadura correspondientes a los procesos primarios.

Luego aparecen otros tipos de relaciones: los de causalidad, de temporalidad (más allá de la simple sucesión), de especialidad (más allá de la simple contigüidad), de comparación (más allá de la simple analogía, por lo menos formal), de consecuencia, de eventualidad, etc. Estos constituyen el proceso secundario en su pleno desarrollo, con la adquisición del lenguaje verbal.

Los procesos del pensamiento se van estructurando de manera lógica, más no cronológica y en esta etapa, necesita del adulto que ejerza la función parental, que corresponda a la función materna o a la función paterna, que transmitan significantes y que establezcan intercambios simbólicos , que les permitan explicar o darle nombre a aquellas situaciones que atraviesan.

Al estar escamoteados estos intercambios simbólicos con los adultos, no logran simbolizar; la simbolización es a través del pensamiento, es por ello que el desarrollo de su

proceso secundario de pensamiento se ve perturbado, allí donde el niño debería razonar, describir, explicar, comparar, identificar, definir conceptos, argumentar, procesos necesarios para enfrentar situaciones y hacer lazo.

El deseo de saber aparece temprano en el niño, y tiene que ver con los avatares de la sexualidad.

Freud (1980) en el texto “sobre las teorías sexuales infantiles” habla de ese tiempo en el que despierta la curiosidad del niño, su búsqueda del saber. Dirá que esta curiosidad está movida por intereses predominantemente egoístas. El narcisismo, de quien se creía “his majesty” para los padres, se ha conmovido. La presencia del intruso le resta algo a su lugar y él lo percibe. Este acontecimiento despierta el interés del sujeto por saber.

Es esencial precisar el calibre de eso que el niño descubre. La investigación sexual infantil termina en un naufragio. El encuentro del niño con la castración es un encuentro del saber sobre la falta, a saber, él no completa a la madre. Este descubrimiento causa horror.

Siempre hay en relación al saber un encuentro con este horror. El niño puede, a través de las teorías sexuales, inhibir esta investigación para ignorar la castración.

Si tuvo la fortuna de haber sido acogido en la ilusión de sus padres, al niño se le corre el telón, y con él, su lugar en el narcisismo de los padres. Gracias a esa pérdida y al ver

restada la asistencia que se le prestaba, se estimula el pensamiento y se incita el deseo de investigar.

Este descubrimiento impulsará al niño, si él no está demasiado amedrentado, a dirigir su pregunta a sus padres. Con ellos se anuda la transferencia. No olvidemos si el niño no está amedrentado, es decir, si el sentido que ha recibido a sus preguntas no ha quedado plasmado como único ideal empobreciendo el juego del saber del inconsciente y produciendo, en lugar del deseo de saber, una inhibición en la búsqueda de saber.

El niño al descubrir lo que su ser cubría, que no es el falo de mamá, buscará un saber que reubique su lugar. El destino de esa recolocación deparará vicisitudes diversas según el niño encuentre o no respuestas, y también según las respuestas que obtenga.

El tiempo de las preguntas del sujeto en la infancia guarda el germen de la transferencia que jugándose al comienzo con los padres podrá enlazarse más tarde a otros.

Las respuestas de los padres permiten localizar tres destinos del saber, sus enlaces y sus desenlaces. Si el sujeto ha recibido en la respuesta de sus padres un saber enlazado a la castración del goce, el hará grandes descubrimientos. Se encontrará con la falta en el saber, que le permitirá la construcción de teorías sexuales infantiles, primeros pasos en la articulación del fantasma.

Si, en cambio, ha hallado como respuesta la censura, el silencio o un saber pleno de sentido absoluto, propenderá a una inhibición en la búsqueda de saber. En este caso, el movimiento se frena, la búsqueda se detiene, el sujeto se empobrece.

En estas dos últimas opciones, el sujeto no logra estructurarse en alguna respuesta. Lejos estará de plantear una teoría sobre su padecimiento o de formular preguntas, si las llega a formular esperará estas respuestas, o permanecerá sufriendo en silencio o mostrando en la escena el precio de un saber sin cuestionar. La clínica enseña que al descubrir la castración del Otro, su decir de verdad, encontrará lugar a la pregunta y el sujeto podrá enhebrar teorías como respuesta a su descubrimiento.

Sexualidad y pensamiento caminan juntos en la infancia. Esta investigación sexual infantil permitirá la actividad intelectual. De este saber se arma el inconsciente y luego se lo reprime. El pensamiento surge entre el objeto perdido y el objeto encontrado. En la búsqueda está el deseo.

Los conflictos en las relaciones primarias se desplazan al ámbito escolar. La inhibición estructural imposibilita el pensamiento, la sublimación y la realización del deseo en la realidad. Bloquea la cadena del pensamiento, la suspende, lo que implica una debilidad mental al no querer saber.

El psicoanálisis lee las perturbaciones en el aprendizaje como síntoma, ya que implica un retorno de ese saber no sabido, el resultado de esa investigación sexual.

La educación, a través de la entrada a la cultura, implica un ordenamiento de goce, condición necesaria para que se de el saber.

En la actualidad, debido a la declinación paterna, el eje simbólico compuesto por los deseos y pulsiones se ve afectado. El deseo escamoteado y esta desorganización de lo pulsional que vemos hoy, interfieren en el desarrollo del pensamiento, y con ello, la posibilidad de construir, inventar respuestas o herramientas que le permitan enfrentar los avatares de la vida humana.

2.5. PRINCIPALES EXPRESIONES SINTOMÁTICAS EN LOS NIÑOS EN LA ÉPOCA ACTUAL: AGRESIVIDAD, ADD/ADHD Y DEPRESIÓN

La ética de los comienzos del siglo XXI es una ética del sacrificio y de renuncia, que funcionaba como regulación. Lo encontramos planteado en la obra de Freud: la cultura exige al individuo renuncias, a la agresión, a las satisfacciones pulsionales. Lo cual permite cierto contrato social, cierto ámbito de regulación.

En la época actual encontramos niños y adolescentes que no sacrifican nada, que no les interesa saber nada, que no les importa el futuro, quizás a algunos les interese divertirse. Son hijos de padres que trabajan, que han estudiado, que se han sacrificado en la vida para poder vivir dignamente y para darles educación a sus hijos. Estos niños y jóvenes causan angustia en los padres, en la medida en que no tienen nada que ver con lo que sus padres

esperaban de ellos, pero van muy bien con el discurso actual, el discurso capitalista, que promueve el consumo, la diversión como algo distinto al sacrificio.

El “malestar” en la cultura educativa tanto en su vertiente escolar como social, denuncia hoy dificultades en el tratamiento de lo pulsional y requiere de una lectura de las condiciones asociadas a los discursos de la época, de cada contexto sociocultural, de la estructura del sujeto y de la posición de los profesionales que intervienen, sean éstos docentes, psicólogos, educadores o trabajadores sociales.

Lacan (1976) refiere “todo el mundo está loco” ya que no existe un verdadero Nombre del Padre. Todos estamos un poco locos por eso, y en cada caso el exceso de goce, en sus diferentes formas y encarnaduras, conduce al esfuerzo por localizar un punto forclusivo en la estructura -cualquiera esa sea-, un punto de rechazo, un espacio de no-inscripción.

2.5.1. Agresividad

Freud dice que el sujeto, en la reconstrucción yoica tiene el sentimiento oceánico que abarca todo, y que en un inicio está introducido en una realidad, hasta sus sensaciones placenteras y displacenteras, el sujeto va extrayendo de lo displacentero y va escogiendo lo placentero. Entonces el YO no resulta ya ser una constitución del todo, sino una sustracción de ese Todo a través de una construcción del sujeto. El niño lo que no quiere rechaza, y luego lo odia, el amor y odio tienen el mismo origen en el YO, el otro lo completa y lo descompleta, lo ama y lo odia. Esta ambivalencia amor-odio se presenta en

el estadio del espejo y depende de cómo se atraviese ese momento, para que se regule la agresividad o es una manera de respuesta que se presentará en el sujeto.

La función del padre viene a transmitir una ley, no es la función la que castiga más o no, sino que pueda operar en la regulación, regular lo pulsional del sujeto. En la agresividad hay una transgresión de la ley, no se sujeta a lo establecido, debido a la carga pulsional que se encuentra en la persona que no ha sido regulada, ni tramitada por el sujeto a través de la palabra, también, es una forma de defensa del otro porque al no haber un límite siente que este otro lo invade.

Freud referirá que la cultura apoya en la renuncia pulsional y se ocupa en la sublimación de las pulsiones, y el desarrollo de la cultura sólo se puede venir del lado de la renuncia y la sublimación (por ejemplo: en el arte, el deporte)

Actualmente se observan niños que actúan impulsiva y agresivamente, de acting en acting, donde sus emociones no pasan por la palabra, no logran simbolizar para que el mensaje hacia el Otro se transmita cifrado, debido a que no cuentan con las herramientas para hacerlo, debido a la declinación de la función paterna, ya que es éste el que a través de su intervención logra transmitir la ley del lenguaje, es decir lo simbólico, que permite la regulación de lo pulsional y hacer lazo social.

La violencia está globalizada. Para el psicoanálisis no es una categoría clasificatoria sino algo irreductible en la estructura. En más allá del principio del placer sitúa a la

pulsión, es esencialmente humana, en un horizonte que tiende a la muerte y no a la vida. Se descubre un mal vivir gobernado por la pulsión del súper yo, súper yo que no es un imperativo homeostático por el sujeto.

La pulsión de muerte implica un deseo de muerte gobernado por un imperativo que se articula de diferentes modos, acorde al otro social. La pulsión de muerte es un irreductible, la violencia es uno de los nombres de lo irreductible. El tema de la violencia, es una manifestación sintomática contemporánea, suele ser ubicada en el vínculo, no siendo asignado al sujeto como acto subjetivo. Se sitúa una violencia física en la cual intervienen los cuerpos y una violencia del discurso.

2.5.2. ADD/ADHD

La aparición de la palabra hiperactividad en la vida colectiva ocurre hacia 1960 cuando esta categoría diagnóstica comienza a ser aplicada a cierto tipo de niños caracterizados por lo que tradicionalmente se denominaba necedad, inquietud, mala educación, desobediencia, u otras denominaciones similares.

Eidemberg (2008) refiere que podría pensarse el ADHD (Déficit de Atención con Hiperactividad) como un malestar de la época en un doble sentido: 1) porque aparece en ella; 2) también porque la perturba, porque es su síntoma.

Por otro lado, puede pensarse en el ADHD como un malestar infantil de la época, también en un doble sentido: 1) porque es un rótulo que se aplica sobre todo a los niños; 2) porque también la época muestra algo de su propio infantilismo ante este malestar que la incomoda y con el que no sabe qué hacer.

La dificultad en la operación de separación en el niño llamado “hiperactivo” retorna en lo real del cuerpo a manera de agitación maniaca que traduce según una expresión de Lacan: “la insurrección del objeto a”. Un niño que se mueve en exceso es un niño que está sufriendo y quiere decirnos algo, pero no todos los niños hiperactivos quieren decir lo mismo desde su descontrol.

La hiperactividad se define como un exceso de movimiento desorganizado. Los psicoanalistas lo consideramos una señal, un síntoma, un indicio de conflictos que muchas veces no son evidentes y hay que descubrir. Algunos se mueven para capturar la mirada de sus padres y controlarlos. Los padres de un niño hiperactivo tienen que estar siempre pendientes de él. Otros niños se mueven para animar a una madre deprimida. Su actitud desafiante y perturbadora funciona como un estimulante, como un despertador permanente, pues sirve para mantenerla activa, en estado de alerta. Y hay niños que se calman e intentan tolerar lo insoportable a través del movimiento compulsivo como ocurre con los niños maltratados.

El niño hiperactivo viene a alterar la homeostasis de la familia, como un llamado de atención a los padres, los mismos que para no responsabilizarse acuden a la medicación.

El síntoma del Déficit de Atención con Hiperactividad emerge como una inhibición a nivel del yo, manifestándose el acting out y también el pasaje al acto. Se trata de un actuar que muestra una rotunda separación del saber que trastoca el proceso secundario del pensamiento de comprender y denota una falla en la constitución del yo.

El discurso capitalista y consumismo aborda desde la medicación, cuando se medicaliza exclusivamente esta problemática infantil y no se tiene en cuenta el funcionamiento psíquico del niño, sus variaciones y sus particularidades, se callan los síntomas sin preguntarse qué circunstancias los determinan ni en que contextos se dan. ¿Cuáles son los efectos secundarios de la medicación a nivel psíquico? Cuando se le plantea a un niño tomar exclusivamente una pastilla para quedarse quieto en clase, atender, hacer tareas que no le gustan, se le transmite la idea de un cuerpo-maquina que debe recurrir a un estimulante externo para mantener un funcionamiento adecuado a lo que se espera de él. No se respeta la individualidad de cada niño.

2.5.3. Depresión

El concepto de depresión, está íntimamente ligado al capitalismo y a la incidencia de la ciencia moderna. La depresión en la actualidad puede ser un pecado pero referido a la ética capitalista del trabajo: el deprimido, con su desgano, atenta contra el imperativo de producción y rendimiento que sostiene el sistema. En la actualidad la depresión, designa la preocupación del Amo porque todo marche.

Este concepto, proveniente del campo de la psiquiatría, ha entrado en el discurso común y la gente se describe y se ubica con esta palabra. Cada vez más, cuanto más se habla de depresión, cuanta más gente se nombra de esta manera, toma cada vez más consistencia.

En la depresión, la introversión de la libido produciría una sobrecarga del yo, lo cual incide en el campo de la realidad.

El psicoanálisis no rechaza a quien se manifiesta deprimido, pero se tratará de ubicar ese fenómeno en la estructura y en la particularidad de ese sujeto. Suponemos que eso remite a otra cosa, y que para despejarla es necesario que el sujeto hable.

Freud (1917) en “Duelo y Melancolía”, destacaba que la pérdida de interés por el mundo exterior era una inhibición debida a la entrega incondicional del sujeto al duelo.

La depresión, en la clínica de las neurosis, indica que una suspensión de aquello que causa el deseo produce un cierto abandono del sujeto; abandono de sus actividades. Abandono de sus intereses, pero también abandono con respecto al decir. Cuando el sujeto empieza a hablar de lo que le ocurre, empieza a generar algo que concierne al deseo.

Hay en juego algo que debe ser dicho de su relación al goce y al deseo, y a su vez, la recuperación del plus de goce que se paga con ceder en el deseo.

El deseo se establece al darse la intervención de la función paterna, que permite la separación entre el niño y la madre, y se instaura la falta, en relación a los significantes transmitidos.

El Ideal de renuncia ha dado lugar al consumismo, y por lo tanto al taponamiento de la causa del deseo por la invasión de productos del mercado. El superyó, ya no es un parásito que se alimenta de renunciaciones, sino que alimenta y promueve el goce autista, en tanto el discurso capitalista sostiene el rechazo al lazo social y al amor. El programa del superyó ya no es ético sino empuje al goce.

La existencia de la sociedad de consumo se basa en la promesa de satisfacer deseos, promesa que tiene valor en la medida en que los deseos permanecen insatisfechos. De la necesidad se pasa a la compulsión o a la adicción. Los objetos de consumo se promueven para ser luego devaluados, cuando en realidad lo que se devalúa es el sujeto.

Es importante distinguir cuando un sujeto dice estar deprimido, si esto corresponde a algo del orden de un fenómeno neurótico, a un momento particular de la neurosis, o si esto corresponde a algo del orden de un desencadenamiento de tipo psicótico, o si se trata de un cierto tipo de impasse en una perversión.

La época responde a la depresión también a través de la medicación. El abordaje farmacológico del sufrimiento humano. La utilización del fármaco es legítima porque puede tornar a un sujeto más apto para la lógica productiva y competitiva. El avance de los

medicamentos va generando una clínica que aparece ordenada en torno a los efectos que produce el fármaco.

2.6. INCIDENCIAS Y RESPUESTAS DE LA ÉPOCA ACTUAL

Cada época tiene su modo de vivir la pulsión, no es que antes no se gozaba sino que el goce estaba velado. En el discurso actual no se promueve la renuncia, se promueve no solo un impulso a gozar sino que este se promulgue y se muestre (la época del gran hermano).

Miller propone para la actualidad al discurso hipermoderno, al discurso en el que EL IDEAL no gobierna al sujeto sino que lo comanda, el objeto de consumo, donde el sujeto está dividido, no por no alcanzar el ideal, sino por no alcanzar el goce.

Ese plus de goce ilimitado, es lo que comanda hoy. El otro social, a través del consumo, promueve un plus de goce cada vez más sofisticado y alejado del lazo social.

Al sujeto insatisfecho, le es ofrecido una serie de objetos para su satisfacción, que anula su división subjetiva, objetos a los que Lacan llamó gadgets, que cumple la función de taponar la castración y así el amo moderno deja de estar encarnado en el padre, él ha triunfado en la autoridad del padre, es más amo, el mercado, que el padre.

Un nuevo discurso se impone al sujeto vía los medios de comunicación; son los manuales de vida, lo que nos indica lo que debemos o no hacer, nos indica cómo vivir.

Esto último produce un nuevo tipo de subjetividad y de síntomas, los lazos ya no son hacia un padre que traza un estilo de vida acorde a sus ideales, sino que ese padre es sustituido por un manual. Y una mujer puede ser sustituida por la droga o la computadora. El mercado, con esos objetos produce nuevos partenaire para el sujeto. El discurso capitalista ha incidido en la subjetividad, promoviendo un tipo de satisfacción que no pasa por el Otro, en donde el sujeto queda en un goce autista, lo que genera cada vez, más síntomas sociales.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de síntomas sociales? Porque para los analistas el síntoma es singular, es de un sujeto. Lacan definió al síntoma como el particular modo que tiene el sujeto de gozar de su inconsciente, pero cuando ese goce no pasa por el Otro del inconsciente, cuando se rompe ese lazo entre el sujeto y el Otro tenemos ese síntoma social, es decir, cuando no hay lazo social, cuando se anula ese lazo, que desde el discurso analítico es el lazo de un sujeto con el otro del inconsciente. De lo que surge que el malestar contemporáneo se traduce en la destrucción de ese lazo, en el cierre del inconsciente, y esto nos lleva a la pregunta de qué hacer? Y es precisamente, ese no saber qué hacer es lo que atraviesa la época, por lo que Miller y Laurent plantean que el malestar en la cultura nos lleva a ese impasse ético.

Si la familia es el lugar en el cual el sujeto interpreta el malentendido sexual de sus padres y el deseo del cual es producto, actualmente esto ha quedado obstaculizado. El imposible sexual que se ubica en el corazón del malestar en la cultura no se alcanza por transgresiones, y así la proclamación “el padre ha muerto, ahora el goce está permitido” no libera al sujeto.

En la actualidad nos encontramos con una caída del significante amo civilizador, aquel que interdicta y regula el goce a partir de una ley. Correlativamente se constata una proliferación de significantes, que, aunque debilitados en su función de interdicción en relación con lo simbólico, pasan a servir para la reproducción del goce. El trazo que caracteriza nuestra época es el de la exigencia de satisfacción, de triunfo del objeto, lo que dificulta la articulación simbólica del sujeto al Otro y, por lo tanto, la transmisión de un ideal.

Brousse (2008) presenta la hipótesis de que el síntoma moderno proviene de la pluralización de los nombres del padre, multiplicación de los significantes esparcidos en posición de significantes amo deslocalizados. Esos nombres no corresponden más al universal de la función como excepción, sino el particular de un objeto a; la unificación operada, no por la función metafórica de la libido sino por la realización del goce en un objeto. El mundo no tiene más la consistencia del significante amo, sólo la obtiene de las variedades del objeto.

En el lugar de la creencia en el porvenir de los mercados comunes, reina la incertidumbre del mercado global. Los mercados buscan un significante amo y no lo encuentran.

El sujeto prefiere su goce a su autoconservación y el narcisismo no es una barrera contra la pulsión de muerte. En nuestra civilización, el sujeto puede elegir “darse la muerte” de muchas maneras. La sobredosis no se alcanza solamente en las conductas suicidas, como

las toxicomanías con las drogas duras; el sujeto puede matarse trabajando, elegir la práctica de deportes peligrosos, de viajes extraños, puede elegir también suicidio político, hacerse una bomba humana con dinamita y gozar con su muerte, en este estado de la civilización, la pulsión revela aún más su faz mortífera.

El discurso contemporáneo homogeniza el mismo goce y con ello ha anulado la función de excepción que encarna el padre. El semblante del padre queda homogenizado con la posición de los hijos y a falta de quedar anulada la dimensión de la causa, se piden y se buscan responsables por todas partes. Lacan denominó a esta época la época del niño generalizado donde nadie se hace responsable de su goce. Lacan utilizó la expresión el niño generalizado para calificar la posición de irresponsabilidad del sujeto contemporáneo. Todos somos niños, solo se sale de ser un niño cuando un sujeto se hace responsable de su acto.

Podríamos decir que el gran movimiento de la civilización, su hedonismo de masas, hace desaparecer la particularidad del síntoma. El dominio de la visión hedonista del mundo, apoya su imperio en el accede al goce para todos, y el cálculo de la maximización del goce está al alcance de cada uno.

Dentro de las respuestas que presenta el discurso capitalista, por el discurso de la ciencia, es la medicalización, éstas invaden el campo de la familia, con ofertas y soluciones uniformes, desligando al sujeto de su causa psíquica, o sea, de la dimensión que impulsa al

sujeto en su vida, y que adviene de la necesidad de cada uno a responder por la inexistencia de la relación entre los sexos.

La medicación es el objeto que obtura la hiancia que revela la división que causa al sujeto. Su efecto inmediato acalla el síntoma de la hiperactividad o el déficit de atención a la vez que nos pone en riesgo de suprimir la instancia de la pregunta subjetiva.

Laurent mencionará que la medicación, define ideales de eficacia, transforma a las instituciones médicas, triunfa sobre la tradición y los significantes amo. Es objeto de demandas neuróticas, de exigencias psicóticas y de usos perversos.

CAPITULO III

3.1. CASOS CLÍNICOS

3.1.1. No querer saber

Gabriela Tambo Espinoza

Andrés es un niño de 9 años, cuando se inicia el seguimiento psicológico se encontraba cursando quinto año de básica. Vive con sus padres y hermano mayor de 13 años de edad. Tiene un buen rendimiento académico y se ha destacado en deportes, entre ellos el fútbol, el vóley y principalmente el beisbol, deporte al que dedica más tiempo y en el que ha participado en competencias internacionales, representando a la escuela de béisbol en la que practica, escuela de la que el padre es propietario.

El niño es derivado al DOBE, debido a que constantemente, interrumpe clases, le cuesta seguir consignas, no realiza las actividades en clases debido a que se distrae con facilidad por jugar o bromear con sus amigos; en los recreos agrede verbal o físicamente a sus compañeros, comportamiento que se presenta desde años escolares anteriores.

Andrés no asume, ni se responsabiliza de sus actos, siempre justifica sus reacciones mencionando que son los otros niños los que lo molestan o también puede negar sus actos, refiriendo que los compañeros son mentirosos, en estas mentiras o justificaciones siempre lo acompaña su mejor amigo como “testigo”.

Las profesoras han convocado a los padres, estos asisten y ante la comunicación del comportamiento con los compañeros, indican que son los compañeros que lo molestan y son las maestras las que “deben saber” cómo trabajar con el niño ya que ellas son las profesionales en el ámbito de la educación. La madre atribuye una función y un saber a la institución educativa, función que luego la desautoriza, cuando cuestiona las diferentes intervenciones que se realiza con el niño con la finalidad de que mejore su rendimiento escolar y su conducta. La madre no permite posicionarse a la Institución Educativa frente al niño como un agente regulador, y así mismo la Institución Educativa no logra posicionarse frente a la madre, de igual manera.

Cuando se cita desde el departamento de Psicología a los padres, estos asisten puntuales, y al comentar sobre el comportamiento de Andrés, refieren que todos los años, en la institución educativa lo culpan de lo que sucede. La madre manifiesta que el niño estaba atravesando por un tratamiento médico debido a una bacteria (estafilococo aureus) que se había alojado en el tobillo, por lo que estaba recibiendo tratamiento con un especialista, tomando antibióticos, sesiones en cámara hiperbarica, y con la recomendación de que no realice ejercicio alguno, esta recomendación no ha podido asimilarla fácilmente, debido a que es un niño 100% deportista. Los padres indican que el médico determinó que Andrés tiene un umbral de tolerancia al dolor alto, lo que ocasiona que no fácilmente sienta dolor.

La madre refiere que ha visitado a un Psiquiatra para que valore a Andrés, debido a que el tratamiento médico que está llevando lo ha afectado emocionalmente, principalmente por

la suspensión temporal de practicar deporte, a lo que la Psiquiatra responde con la medicación, prescribiéndole un tranquilizante que poco tiempo después le fue retirada por la especialista, debido a que no consideraba la necesidad de que lo continúe tomando. No se especifica nombre de la medicación.

Dentro del ámbito escolar no se evidenciaron cambios en el comportamiento antes, durante y luego de haber recibido la medicación. Manteniéndose el mismo comportamiento irruptivo.

Cuando Andrés pasa a sexto año de educación básica, ya no llevaba el tratamiento médico, todavía no habían descartado el diagnóstico, debía llevar un control médico, pero ya podía hacer sus actividades normales, entre ellos retomar el deporte. Al retomar nuevamente sus actividades deportivas, disminuyen los comportamientos agresivos físicos hacia sus compañeros, se mantiene la agresividad verbal y la dificultad para seguir consignas dentro de clases.

En las distintas entrevistas con los padres, es la madre la que expresa el malestar de que en la institución no se está llevando un control disciplinario adecuado del hijo y de los compañeros. Durante las entrevistas con padres, la intervención del padre para aportar algo nuevo del hijo es nula, sólo se limita a afirmar lo que la madre expresa, esta pasividad del padre refleja una imposibilidad de intervenir frente a una deficiencia en la transmisión de la función paterna. Observamos una madre omnipotente que lo abarca todo y un padre que falla en tanto en su operación de limitar el goce.

Esto se ve reflejado en la primera intervención con el niño, al realizar el dibujo proyectivo de la familia, dibuja a los integrantes de su familia en el siguiente orden: primero a la madre, él, el padre y el hermano. La madre es la persona más grande de los otros integrantes, el padre del mismo tamaño que el hermano mayor y él se representa un poco más pequeño que hermano y padre. El rostro de la madre y él son parecido en la expresión, donde en la sonrisa muestran los dientes y el rostro del hermano es parecido al del padre, donde están sonriendo apaciblemente. Tomando desde la interpretación que representa el dibujo de la familia, hay una priorización de la figura materna y una desvalorización de la autoridad del padre, ubicándolo del mismo tamaño que el hermano. En la facción de la madre y él, al mostrar los dientes representan agresividad u hostilidad.

Andrés refiere estar tranquilo dentro del grupo familiar y no considera haya dificultad alguna. Respecto de la opinión que tiene de sus compañeros siempre está buscando liderar su grupo de amigos, de manera en la que se prioricen sus intereses personales. Cuando juega fútbol, poco realiza pases del balón a sus compañeros de equipo, “es como si jugara sólo”, manifiestan sus compañeros y el entrenador. En una posición narcisista que busca sobresalir, buscando responder al ideal de los padres como deportista.

A los niños que no pertenecen a su grupo de amigos, y que no comparten sus intereses, les pone apodos, o realiza bromas que hieren la susceptibilidad de ellos. Cuando se conversa con Andrés sobre este tema, considera que ellos magnifican las cosas y que lo sucedido “no es para tanto”.

En los dos años que se intervino con el niño y con los padres no se logró que se implicaran, siempre estuvieron en la posición de responsabilizar a la institución, de no llevar un adecuado manejo académico y disciplinario, a pesar de ello continuaban matriculando al niño en el año posterior correspondiente.

La madre mostraba preocupación de que el hijo mantenga un promedio académico muy bueno; para los exámenes contrataban una profesora particular para que lo prepare y obtenga un buen puntaje. La madre en una entrevista posterior manifiesta que ella presiona en casa a Andrés para que obtenga un buen rendimiento escolar, considera que él tiene la capacidad de hacerlo, a diferencia de su hermano mayor que presenta dificultades de aprendizaje, atribuyendo que no fue lo suficientemente estricta con el hijo mayor, y que con Andrés debe ser diferente, debido a que él no presenta ningún tipo de dificultad.

Ubicando la referencia de la madre respecto a la demanda de los hijos frente al saber, hay una posición estragante, un primer hijo que presenta dificultades de aprendizaje, podríamos pensar que el hijo mayor hizo síntoma a nivel de dichas dificultades de aprendizaje como se ha trabajado en el segundo capítulo y en Andrés hay una respuesta sintomática a través de la impulsividad y la agresividad.

El comportamiento disruptivo de Andrés se mantiene, la madre manejará un nuevo discurso, contradiciendo al anterior, refiere que el comportamiento del hijo puede estar relacionado a dificultades de aprendizaje, siendo esto una forma de evadir y no aceptar la dificultad del hijo. La Psicopedagoga de la institución educativa realiza una valoración

frente al pedido de la madre para detectar si existe o no una dificultad de aprendizaje y determinar qué áreas puedan estar afectadas. Los resultados obtenidos de la valoración no determinan ninguna dificultad de aprendizaje, confirma que Andrés presenta como dificultad seguir consignas, que están relacionadas a su comportamiento e impulsividad. Los padres escuchan los resultados de la valoración y redirigen la responsabilidad a los profesores refiriendo que no saben manejar la disciplina dentro del salón de clases.

En el caso podemos ubicar la posición de los padres de no asumir la responsabilidad y el niño reproduce la misma posición de no hacerse cargo de sus actos.

Andrés mantiene una posición agresiva hacia el entorno, siempre tratando de no seguir la norma, priorizando sus intereses y buscando por todos los medios que estos se cumplan, por ejemplo, si olvidaba la camiseta para jugar, solicitaba a los docentes que le presten el celular para llamar a casa para que le lleven la camiseta, si quería obtener un permiso para salir del aula se inventaba cualquier excusa, si cometía alguna situación incorrecta no la asumía y respondía con más enojo.

Hemos visto en el recorrido teórico que en primer momento es la madre la que le da un lugar al niño, lugar de objeto, así mismo es la madre la que permite la entrada de la figura paterna, siendo el padre el que a través de la función paterna permitirá la separación entre el niño y la madre, separación que ubicará al niño como sujeto deseante.

Los padres transmitirán al hijo sus ideales, siendo este deseo constitutivo en primer momento, pero al quedarse tomado de ese deseo como plantea Lacan, producirá angustia.

Podemos ubicar que Andrés representa para sus padres un objeto propio del narcisismo de ellos, al destacarse como un excelente deportista, pero no logran aceptar que tenía dificultades en el comportamiento, siendo esta dificultad un mensaje del hijo dirigido hacia ellos, que se les presentaba como un factor que les producía una herida narcisística que no la aceptaban, siempre desplazando la responsabilidad a otros elementos, entre ellos, la capacidad de los profesores para manejar el comportamiento del hijo, la enfermedad física que atravesó el niño, el considerar que el hijo presenta una dificultad de aprendizaje.

Observamos que en Andrés la agresividad es una respuesta a la exigencia y supremacía de la madre como modo de separación, allí donde el padre no opera, para no quedarse tomado como objeto del deseo de la madre.

Andrés no logra aceptar la norma dentro del ámbito escolar, igual que sus padres, desplaza la responsabilidad de sus actos en sus compañeros, en algún momento refirió que las profesoras no lo querían y que por ello lo culpaban de las distintas situaciones en las que se encontraba en dificultades por su comportamiento.

En Andrés observamos que se presenta un constante empuje al acting out, se muestra a la defensiva, si algún compañero lo molesta, este lo agrede verbal o físicamente, o sin motivo molesta a los compañeros minimizándolos, buscando dividir o tachar a los otros,

para mantener su propio goce. Se coloca en una posición de superioridad respecto del grupo, manteniendo su liderazgo en el deporte, él tiene el saber sobre los deportes que practica, esto le ha permitido tener la admiración de un grupo de compañeros.

Andrés se hace un lugar entre sus pares, desde el infringir la norma, no aceptar los límites y desde el deporte, como una salida para sublimar la angustia, es una actividad socialmente aceptada, en la que las masas se ven involucradas y en la que él se destaca.

La institución educativa constantemente a través del discurso de la disciplina les devolvía a los padres y a Andrés los límites y éstos siempre se encontraban desplazándola hacia otros objetos. Se presenta aquí un no querer saber de la regulación o limitaciones impuestos por la institución educativa.

3.1.2. El “Hombre Germen”

Verónica Coronel Mendoza

El caso que presento es el de Pablo, un niño de 9 años que atendí, hace 1 año, en una institución educativa en la que ejerzo la función de orientadora.

La demanda de ayuda viene del niño. Un día Pablo se presenta en el departamento de orientación visiblemente asustado, nervioso, pálido, tembloroso, dice que tiene “miedo”. Parecía estar invadido por la angustia. Logra hablar de lo que le pasa: había estado jugando fútbol con sus compañeros en la escuela, él jugaba de arquero, y cuenta “un niño metió un gol y pegó en el arco. Yo pensé que la pelota traía un mal y se regaba por el arco a la cancha”.

A partir de este encuentro con lo real se da en Pablo un empobrecimiento de sus relaciones y del lazo social. Deja de jugar fútbol y se desencadenan una serie de miedos que se organizarían en torno a una cadena delirante. A través del delirio, la excepción paterna entra en función a pesar de su inexistencia, pero a costa de un desplazamiento de registro, lo que debió tomar lugar en lo simbólico surge en lo real. Asistimos así a un desenganche del lazo social y a un enganche en la pulsión.

Algunos datos de su historia

Pablo vive con sus padres, un hermano menor hijo del matrimonio y un hermano adolescente hijo del primer compromiso de la madre. El padre, ha recibido por años tratamiento psiquiátrico por un diagnóstico de “trastorno de pánico”, maneja un discurso

medico-psiquiátrico. La madre, siempre acompañada de miedos y ansiedad, en una posición sacrificial e invasiva. Su hermano, un año menor a él, no habló en la escuela por dos años, en la actualidad habla pero en tono bajo. El hermano mayor, es el hijo del que no se habla.

A los 7 años ingresa a la institución educativa. La madre solicita una entrevista a la orientadora pues ha hablado con las maestras y le han informado que el niño se muestra inseguro y ansioso. Por su temor de que le pase algo a su hijo, duerme con él. La madre verbaliza “tengo miedo de que pueda heredar la enfermedad del papá. Así empezó, mostrándose ansioso”.

Cuatro meses después se acerca nuevamente la madre, preocupada porque a su hijo le dio una “crisis”, “se puso muy nervioso y tenía como taquicardia”. La madre dice que esto comenzó cuando él leyó un artículo en una revista sobre “el corazón y la circulación de la sangre”.

Acerca de lo sucedido, Pablo expresa “a lo mejor fue un remedio que mi mamá me da. Pero el doctor dice que ya no me lo dé”. Aquí vemos una aproximación de simbolización del goce del Otro.

Emerge al mismo tiempo una interrogante referente a la sexualidad y al origen, desea saber “por qué su hermano mayor no es hijo de su papá”. Su madre le ha dicho “te voy a

explicar cuando seas mas grande”. La madre comenta que el esposo se incomoda al escuchar hablar del papá de su primer hijo.

En ese momento padres y niño asisten a una psicoanalista por dos sesiones en las que demanda atención para Pablo pues se encuentra frágil. Este trabajo es abandonado.

La posición adoptada por los padres me dan la pauta sobre la orientación que debía seguir en este caso: presentarme sin miedo frente a lo que él tenía que decir y no ubicarlo como un niño “frágil o enfermo” sino con posibilidades de enfrentar lo que le acontecía.

Las sesiones

Cuando atiendo a Pablo tiene 8 años, cursa el 4º grado, posee una alta capacidad intelectual, es sensible, inocente, y con un fuerte deseo de saber, siempre interrogando. Desde el comienzo se presentan sus miedos en las sesiones, con gran intensidad y de forma invasiva; dice no poder controlarlos.

A partir del evento en la cancha de fútbol y de su demanda dirigida a la orientadora en la expresión “tengo miedo”, le invito a hablar de sus miedos. Cuenta que todo comenzó cuando estaba jugando un video juego y había pensado que los monstruos se salían del juego y se le metían para matarlo. Lo mismo pensaba de los monstruos de las películas de terror. Estos pensamientos incluían también a las personas que podían tener contacto con películas o video juegos, pues podrían tener estos “monstruos” adentro y pasárselos a él.

Estas experiencias son vividas como la irrupción de un goce, irrupción y confrontación con el goce del Otro que se presenta como amenazante, persecutorio, mortífero. Ante la irrupción de este goce, el tejido simbólico que sostiene la realidad parece roto y el niño parece experimentar el agujero de lo real como tal, quedando liberado lo imaginario mortífero de una regresión especular.

Frente a esto, Pablo comienza un trabajo delirante: construye un ritual para defenderse de la angustia y liberarse del “mal” (nombre que da el niño a lo que lo invade). Él pensó que debía tocar otro objeto que no tenga vida, por un determinado número de veces, para que no se quede el “mal” en él. Esta era la fórmula que usaría para defenderse del Otro que lo invade.

Estos temores también se desplazaron a las personas, incluidos sus compañeros, lo cual lo afectó en la parte social. Sus compañeros observaban extrañados el comportamiento de Pablo, su incomodidad cuando lo tocaban, su ritual, hacían preguntas. Para Pablo también era importante lo que sus compañeros podían pensar de él por lo que se intervino con el grupo.

En una clase de orientación se abordó el tema “lo que tenemos en común son las diferencias” y se explicó que cada quien tiene su particularidad, algo muy de ellos que podía parecer diferente o desagradable para los demás. Se dieron ejemplos aterrizados a lo que estaba pasando el grupo en ese momento y entre esos ejemplos estaba la particularidad de Pablo, se mencionó que hay niños que se hurgan la nariz, otros que no quieren que los

toquen, otros que no llegan a tiempo al baño, entre otros. Esta intervención permitió un cambio de posición en el grupo, no solo frente al comportamiento de Pablo, sino frente a las demás diferencias.

En otra sesión, la madre refiere que “teme que su hijo esté pasando por lo que pasó su padre”. Cuenta que Pablo antes cerraba ventanas y puertas de la casa, lavaba bien los vasos que usaban los demás, y que hizo botar todas las películas de terror pues le asustaban. La madre le pregunta al niño si lo que teme es que lo “contagien”, dejando ver algo de su deseo.

El padre maneja un discurso medico-psiquiátrico, dice que su hijo tiene “tendencia a la compulsión” y que es un “trastorno obsesivo lo que tiene”. El tratamiento psiquiátrico y la medicalización son las respuestas que el padre encontró frente a la imposibilidad.

Otros temores se suman a la cadena. Escuchó en la radio sobre el dengue y el cáncer. Piensa que se puede “contagiar” a través de la radio. Aquí aparece ya el significante materno “contagio” como condensador de goce. Cuando lo tocan, incluso su familia, él se limpia y toca algo mas para “deshacerse del mal”.

En la escuela temió porque un compañero lo tocó a la altura del corazón, y pensó que le pudo haber pasado algo que lo mate por dentro. En esta sesión, dibuja dos superhéroes, uno malo y uno bueno, el personaje malo tiene garras y el bueno tiene a su lado un objeto, que dice Pablo, es un escudo para protegerse.

Al final de esta sesión, Pablo toma una pluma, la inclina en el filo del escritorio y logra construir: “si alguien se quiere arrojar de un precipicio, el miedo lo detiene”. Frente a esta construcción intervengo dándole un lugar importante a los miedos, le digo que “los miedos nos pueden avisar que debemos tener cuidado, así que también es bueno tener miedo”. Noto que me escucha con atención y continuo, le digo que los miedos “son parte de la vida, y que esta no es la primera vez que ha tenido miedo, ni será la última”, le digo que debe enfrentarlo y lo ayudaré en eso. Se retira con un semblante aliviado.

Otro miedo se presenta. Miedo a ponerse ropa de color “rojo y azul” (colores del uniforme), ya que “gente mala o monstruos, lo usan”. Intervengo diciendo que “hay personas buenas y superhéroes que protegen y usan estos colores. Personas como él”.

En alguna sesión en la que se habló de los monstruos de las películas le prometí que le enseñaría como se maquillan ciertos personajes de la pantalla para crear una fantasía. Se mostró interesado, recordándome casi a diario mi promesa. Un día al verlo estable y calmado, le mostré lo ofrecido. Desconocía como iba a reaccionar pero sabía que estaba ahí, acompañando a Pablo a enfrentar sus miedos y ayudando a que él piense sobre la realidad y la fantasía. Se mostró interesado y fue un tema para compartir con ciertos compañeros. Esto apaciguó el temor hacia los personajes de las películas de terror.

El miedo a que algo se le introduzca y lo mate por dentro persistía. Pablo había estado trabajando con una psicóloga educativa quien, a su vez, trabajó el caso con una psiquiatra.

Se abandona la parte psicológica y la psiquiatra medica al niño con un ansiolítico llamado DOMINIUM.

El medicamento vino acompañado de un aumento de ansiedad como efecto secundario, generando en Pablo angustia, pues tenía conciencia del cambio en su comportamiento pero decía no poder controlarse a pesar de que lo intentaba.

En esta época, se dan otros factores que influyen en su estado emocional y desempeño académico: un maestro estimado por el niño se retira del trabajo y lo reemplaza un maestro que deseaba la segregación de Pablo, a quien etiquetaba de “enfermo”, con “problemas de la mente”, que “no debía estar ahí”, que era “un peligro para los demás”. Pablo no lograba concentrarse ni permanecer tranquilo en el aula y el maestro agudizaba estas conductas con sus reacciones.

En un momento de angustia frente al rechazo del niño, el maestro logra decir a la orientadora que su hija era esquizofrénica y no pudo permanecer en una escuela normal. Pablo había tocado la subjetividad del maestro causando reacciones negativas frente a la posibilidad de que un niño, a pesar de este tipo de dificultad, pueda hacer una vida como los demás.

Las dificultades escolares en Pablo solo podían ser percibidas en la parte social y en su desempeño áulico, pues académicamente, era un estudiante sobresaliente aún en momentos de desestabilización. La Directora de la escuela también angustiada frente al caso de Pablo

se inclinaba a la segregación. Desde mi rol de orientadora y desde un deseo sostenido en el caso, escribí un informe dirigido a los altos directivos de la institución con el fin de la inclusión de Pablo, lo cual tuvo una respuesta positiva.

Se da un incremento de su ritual y la angustia inerva su cuerpo. Empieza a hablar con ciertos términos psiquiátricos como el padre. Tiene dificultades para caminar, piensa que “se le mete el mal por los espacios de sus zapatos”. No quiere tocar nada, si toca algo ahora se toca todo el cuerpo y de ahí lo pasa a través de su ritual a algo inanimado.

Tiene presente lo que podrían pensar sus compañeros y esto le preocupa. Le digo que toque si lo necesita pero que trate de disimularlo, y según lo que observo, Pablo logra hacerlo en ocasiones. De este modo, a través de lo social, se consigue atemperar algo del exceso de la pulsión.

La madre asiste a una sesión, dice sentirse sola en esto ya que su esposo, por “su propia condición” no la ayuda con Pablo. Cuenta que su esposo “se molesta con Pablo cuando hace sus rituales y se pone mal”.

Narra lo siguiente, “cuando Pablo tuvo conciencia de hacer pipí y popó se asustó y gritó. Se aguantaba para no ir al baño”. “Gritaba al pasar cerca de una pared o ventana” y la madre le preguntaba “si estaba viendo algo”. Se puede ver como a falta de instauración simbólica y bajo la primacía del imaginario de la madre, el niño no logra significar estas experiencias de la realidad y los acontecimientos en su cuerpo, entonces se asusta. A nivel

de la imagen no se alcanza la cobertura de ese cuerpo y hay un goce deslocalizado que lo aterra e invade.

La madre lo lleva al psiquiatra a los 2 años y le dicen que no lo podían evaluar “aun”, cuenta la madre, “pero ahora ya toma su medicina para mejorar”, concluye. A esta “mejoría” respondo indicándole los efectos secundarios adversos del ansiolítico administrado a Pablo y de su relación con el estado del niño. Después de un par de semanas retoman el apoyo psicológico.

Un día le digo a Pablo que debería crear algo con esa imaginación tan grande que tiene, quizá escribir un cuento, inventar un juego o dibujar. En esos días observo que Pablo logra jugar con sus amigos y ser líder de un juego creado por él. Se inventa un juego en que él es el “hombre germen”. Un germen puede ser combatido con otro germen, de este modo, es él quien se libera de algo y lo pasa al exterior. Sus armas dentro del juego son “papel con moco”, “bacterias” y otras. Es un juego que parece interesar a otros niños y que le permite a Pablo hacer lazo.

Esta construcción le permitió, además de la posibilidad de hacer lazo, el poder defenderse del Otro gozador que lo invade.

Un mes después es enviado a la orientadora pues se estaba cortando el cabello con una tijera en clase. Quiere atención aunque actúa impulsivamente. Comenta que vio un programa sobre el ADN y “quería saber su ADN, para saber si tiene la misma mente de su

papá”. Una pregunta sobre su ser y por el deseo del Otro. Se le dice al niño que “con sus padres comparte cosas pero que de ninguna forma son personas idénticas, tú y tu papá pueden responder de diferente modo a los miedos, por ejemplo”.

En la siguiente sesión Pablo se muestra invadido por la angustia, con fenómenos de un real sentido en el cuerpo que lo aterra, tales como el movimiento involuntario de músculos de la cara, cefalea somnolencia, distracción, síntomas secundarios adversos que se han presentado con el cambio de medicamento, de un ansiolítico DOMINIUM a un antipsicótico GOVAL.

El niño no ha sido informado sobre el medicamento que le dan, le han dicho que es para las piernas. Pablo sabe que no pasa nada con sus piernas. Hay una pregunta en el aire sobre la razón por la que es medicado que aun no logra formular.

En otra ocasión se había estado golpeando en clases la cara, dice que quería hacerles una broma a sus compañeros y que piensen que él está loco. Al preguntar por qué quiere que piensen eso responde que así ellos podrían reírse de lo que hace. Se le indica tener cuidado con las bromas porque los demás podrían no tomarlo bien y molestarlo o lastimarlo. Se trataba de poner responsabilidad en él por las reacciones que pueda generar en sus compañeros.

Se le dijo también que él no estaba loco y que ese no era el modo de hacer amigos, haciéndose *objeto* de burla. El quería encubrir lo que le pasaba frente a sus compañeros pretendiendo ser un “loco”, pero tenía que encontrar otra manera.

Un mes después se presentan dolores de cabeza, estómago, náuseas, como efectos secundarios adversos del antipsicótico.

Pablo no habla mucho de la familia, ni de sus padres tampoco. Hay mucho de lo no dicho en la familia, dice estar bien con ellos. Esto “no dicho” está relacionado a una ausencia de significación.

Se habla del medicamento con el niño y se le dice que son para ayudarlo en el control de sus miedos pero que es él quien lo va a lograr, no deshacerse del miedo sino él controlarlo, y lo va a controlar hablando de eso.

Dice que en casa está menos nervioso que en clases. Es un niño brillante pero ahora dice que le da “flojera” en clase y sueño, que además lo tocan mucho sus compañeros y él tiene que tocar, a veces logra controlarlo y otras no. El ritual le sirve de defensa pero al mismo tiempo lo incomoda.

La madre dice que las náuseas y demás síntomas que está presentando Pablo no se dan en casa. Ella piensa que son nervios por venir a la escuela, por cómo se siente en la

escuela. Llama constantemente delatando sus propios miedos, ha dejado de trabajar desde que el niño “enfermó” y ella en casa solo piensa en su hijo.

El mismo mes, se cambia el medicamento debido a efectos secundarios adversos por uso de antipsicótico. Cambió a PAXIL, un antidepresivo, con sus propios efectos secundarios adversos en Pablo como ira, ideas de muerte, rebeldía. La madre cuenta que en casa el niño se quiere matar y que en una ocasión que le llamó la atención, él la agarró por el cuello, le dice que es mala. De lo que he conocido de Pablo no es un niño así.

Cuatro meses después Pablo está estable en la escuela, con mayor control de sus rituales. Tiene un nuevo maestro con el que tiene un buen vínculo y su respuesta frente al trabajo áulico ha mejorado. Ya juega con amigos y se deja tocar aunque hay días en que prefiere caminar solo. Es un niño sensible pero con medios para limitar, lo que es vivido por el, como invasión del Otro.

Al final del año lectivo, juega con sus compañeros, se deja tocar, se pone ansioso cuando tiene la idea de que puede morir pero tiene un mayor control sobre esta idea. Logra pasar la angustia por la palabra consiguiendo efectos de apaciguamiento de goce, de la pulsión. Su estabilidad emocional es variable pero logra reengancharse.

En otra ocasión se muestra preocupado y expresa sus interrogaciones sobre el medicamento que toma, si está “enfermo” y si puede “morir”. Se trabaja en que enfrente sus temores, “tal como ya lo ha hecho antes” le digo.

Se da otro cambio de medicamento a un antidepresivo, el que toma el padre, ELEVVAL. Como efectos secundarios adversos en el niño tenemos la taquicardia, por lo que se le deben chequear los signos vitales. Pablo acude asustado mas no angustiado al departamento médico, se interviene en cuanto a que tenga conocimiento de los efectos que puede causar en él la medicina que toma. Los padres dicen que retomaran el trabajo psicológico en cuanto la economía esté mejor.

Finaliza ese año escolar con ELEVVAL, se logra disminuir la cantidad, los padres comentan no desear que el niño tome de por vida medicamentos, sin embargo, es el apoyo que le dan. Pablo cuenta que ciertos compañeros lo creen extraño y loco. Se trabaja en las percepciones y singularidades de cada quien.

El niño está bien, resuelve, pero los miedos de la madre persisten y lo persiguen. Ella siente que su hijo es víctima de los demás, de los maestros, de los niños que lo molestan, quizá por una proyección de la posición en la que ella mismo ubica al niño, en la posición de objeto, víctima de un otro.

En esta época se dieron dos eventos con los que tuvo que lidiar Pablo: el primero, la ceniza arrojada por el volcán Tungurahua que provocó la retirada intempestiva de los niños en la escuela, y el segundo era un simulacro para prevención de catástrofes. La reacción de la madre frente a estos eventos era la de tratar de proteger al niño al que cree indefenso. Pablo en ambos eventos buscaba mi mirada y se calmaba. No estaba ahí por él pero estaba

para él. Se le explicó sobre estos eventos y que no sería la última vez que pasaría por situaciones así.

No le pedía que se calme pero era la posición desde la que acogía sus temores y construcciones. Posteriormente se dieron otros eventos similares donde Pablo tenía otra posición frente a lo que le acontecía, denotando cierta regulación en su pulsión.

Actualmente tiene 9 años. Un día al pasar por el corredor de su aula lo encuentro afuera buscando algo. Al preguntarle que hacía, me contesta que estaba buscando su llave, le pregunto por qué no lleva la llave alrededor de su cuello como los demás, a lo que me contesta que su mamá tiene miedo de que se ahorque, pero que eso no va a pasar.

La orientadora actual del niño comparte que los miedos e ideas delirantes persisten, sin embargo, tiene una posición diferente frente a la imposibilidad. Se interesa por el fútbol nuevamente. Hay compañeros que lo molestan y él ha optado por tratar de jugar con otros compañeros. Sobre esto dice que “cuando no tenía amigos en 4º grado los consiguió”.

En una ocasión logro observarlo mientras realiza un taller grupal con sus compañeros. En su mesa se encontraba un niño que a Pablo no le agrada. Anteriormente para Pablo los niños con los que tenía problemas eran portadores o transmisores de un “mal”.

Noto que ha llevado al taller una revista de cómics, del hombre araña (superhéroe, cuyo disfraz es rojo y azul, y que es parte de sus construcciones). Logro testimoniar como este

objeto le permite apaciguarse, sociabilizar y además defenderse de lo que le puedan transmitir; los compañeros manipulan su revista para verla y él lo permite pero siempre manteniendo contacto con la revista. Luego le es retirada pues no podía haber concesiones especiales con él frente a sus compañeros, pero es ubicada cerca y él lo permite.

Se mantiene atento al taller, comparte con sus compañeros incluso con el niño que no le agrada, y se da otro momento de posible angustia en el que empieza a tocar la mesa, pero ya no a manera de ritual sino de un juego, juego que sus compañeros seguirían por un momento. Puede verse el intento y logro de cierta regulación de parte de Pablo frente a lo que lo invade. Posee herramientas para taponar el goce y defenderse de la angustia, mediante construcciones que le permiten mantener el lazo social.

Es evidente la necesidad de regulación de goce por la medicación en un momento en que fallan las defensas y con ellas la capacidad de responder frente a lo real, sin embargo, ésta no permite precisar un sujeto. Los fenómenos se organizaban de manera simbólica, alrededor de un trabajo con orientación psicoanalítica, lo cual le permitió nombrar algo de ese horror que lo invadía. De quedar atrapado en los fenómenos organizados alrededor sólo del fármaco, la angustia que lo invadía a nivel real en su cuerpo, y que le era enigmática, lo hubiese desestabilizado. Se trataba de acompañarlo en la reconstrucción de un mundo habitable teniendo en cuenta su delirio.

Se operan efectos a través de la palabra sobre sus construcciones fantasiosas que le permitirían hacer surgir algo de su deseo como sujeto, y limitar o localizar algo del exceso

de un goce que lo mortifica. Simbolizando logra construir algo que le sirva como defensa frente a la angustia generada por la invasión del Otro gozador.

La estabilización que se opera, y cuyos efectos son notables en el comportamiento, en lo que se refiere al apaciguamiento y a la relación con el semejante, necesita una invención continua de su parte. El psicoanálisis podría representar para él un lugar de creación de referencias que le permitan soportar una relación con el mundo.

El reenganche que corre a cargo de Pablo, si bien es una alternativa a la metáfora delirante, no es una reinscripción del sujeto bajo los significantes ideales de antes del desenganche. Este reenganche supone entonces una invención particular y un destinatario atento.

La acción analítica es posible dentro de la institución, y lejos de pensar en un déficit o apostar a la vía educativa, el niño puede encontrar un alivio y sus limitaciones pueden invertirse en efectos de creación.

3.2. LA POSICIÓN DEL ANALISTA FRENTE A ESTOS SÍNTOMAS Y LA ÉPOCA

Como se ha revisado en los capítulos anteriores, se apoya en la noción lacaniana de sujeto como falta en ser. Hay dos vertientes en esta falta: Una es la que, de esa falta, llama al deseo y permite la inserción en la red de enunciados, razones y argumentos donde esos acontecimientos son modelados, inscriptos, lo que nos permite situar allí un sujeto. La otra,

toma en cuenta la referencia de Lacan al dolor de existir. En ella define a la vida como un moho, una hinchazón, que no se caracteriza más que por su aptitud para la muerte.

En la época actual los sujetos frente a esa falta, ha ocasionado un empuje al consumismo por la multiplicidad de ofertas del mercado global, de forma que la sociedad en general tiene a su alcance una infinidad de objetos que cumplen la función de otorgar una satisfacción a cada necesidad. En ese sentido, se establece una lógica donde lo imposible se hace posible.

Cualquier manera a partir de accesibles modos de gozar que al ser universales, imponen implícitamente la uniformidad y homogenización de los sujetos expuestos a esta dinámica compulsiva de consumir.

El sujeto en función al efecto o defecto de cualquier objeto de consumo ingresa en una febrilidad maniaca con el propósito de colmar todas sus necesidades, rellenando todo lo que se torna vacío, de forma que las consecuencias de sus actos estarían determinadas fundamentalmente por sus particulares modos de satisfacción, y no así, por un saber o ley donde la responsabilidad está en cuestión. Por ello, la cultura parece estar orientada por un goce cínico, donde prepondera fundamentalmente la exhibición del goce, y que funciona lejos de cualquier toma de responsabilidad, pues a partir de la directa obtención del objeto, la satisfacción no pasa por la palabra, ni por el deseo, ni por el cuerpo del Otro.

La modernidad ha ido resquebrajando el vínculo entre el sujeto y el Otro, y la posición cínica es una forma de repudiar al amo e implica un rechazo del Otro. Ante el cinismo que caracteriza la actualidad, el psicoanálisis, vía la transferencia, puede permitir darle otro cause a esa relación obturada con el Otro.

Se trata de que se ponga en juego una pregunta del sujeto sobre su ser, que se abra una interrogación sobre su ser. El analista debe encontrar el modo singular para cada sujeto, también saber detenerse. Prestar su presencia en transferencia, alojar el objeto, interpretar el deseo y el goce de cada uno.

A diferencia del abordaje de los fármacos que tratan de responder al malestar del sujeto cuantitativamente como un trastorno del estado de ánimo, el dispositivo analítico introduce un “hay algo que decir” que concierne al sujeto en su particularidad, ya no en sus funciones químicas, ya no en una perspectiva universalista sino en su particularidad.

Desde el psicoanálisis es preciso localizar al menos una salida que permita reintroducir la subjetividad en el individuo de las multitudes, un instrumento cuestionador del consumo. Siendo una perspectiva, que va en la dirección contraria al modo de gozar contemporáneo.

La función del analista es una puerta de salida a ese cinismo contemporáneo, al ofrecer, con la puesta a punto de la transferencia, la posibilidad de que esa relación al Otro obturada, como forma de rechazo del inconsciente, encuentre otro cause.

Entonces entre la desconfianza hacia el S1 que hace lazo y el goce solitario que prescinde del Otro se pone de relieve para nosotros el problema que gira alrededor del síntoma como goce autista, que nos lleva a plantear el ¿alimentar o formalizar el síntoma?

En la hiancia dejada por el padre el psicoanálisis ubica una nueva autoridad encarnada en el analista. El analista no es un sustituto paterno sino un partenaire del sujeto que se sostiene en la transferencia y funda un nuevo lazo y una nueva autoridad que se asienta en un fenómeno de creencia en el inconsciente. Se trata del inconsciente mismo que como sujeto supuesto saber se produce en la experiencia analítica. Se prescinde del padre a condición de creer en el inconsciente. Esta nueva autoridad surge por el paso por esa experiencia, y no por un título universitario que otorga el Otro, así lo dice Freud en “Los legos pueden ejercer el psicoanálisis.”

Freud situó al analista como representante del padre en la transferencia, garante de la adecuación de las palabras a la pulsión por la interpretación psicoanalítica.

A partir de Lacan podemos decir que hay una autoridad basada en el Sujeto supuesto saber. Esa nueva autoridad se basa en el amor de transferencia y no en los dictámenes del padre. Es una autoridad que se le confiere al analista a partir de un saber que se anuda por las vías del amor.

Nuestra interpretación debe apuntar a lo esencial que hay en el juego de palabras para no ser lo que nutre al síntoma de sentido. Alimentar es otorgar sentido al goce de “blablablá”,

ya que el hecho de que el síntoma se presente en su cara "autista" no excluye que alguien obtenga satisfacción en la palabra, goce de la palabra.

En esta perspectiva situamos la formalización del síntoma, tomando en cuenta a un Uno, que falla en ser Uno y por lo tanto tiene la oportunidad de hacer alguna relación con el Otro sexo, esto es el síntoma. Se trata de la clínica del Uno fallado, porque si solo hubiera clínica del Uno, no habría análisis, ni nada, habría un puro goce, donde la cifra gozaría de su cifrado.

Por lo tanto, es una clínica que con el Uno se vincula a través de la castración con el Otro. Y ubica la dimensión del inconsciente como "un no saber que sabe de la ignorancia, que se abra al juego del amor", es decir, que es la ignorancia que constituye el inconsciente que hace que éste se abra a la búsqueda del Otro dando por resultado la transferencia.

El psicoanálisis podría ser ese lazo social inédito, que permita forzar ese "autismo", y es que la lengua es un asunto común. Siendo su fundamental herramienta, la palabra, tendrá que incidir en la subjetividad moderna cercada por el empuje actual al silencio del goce autista.

El psicoanálisis no plantea una moral al respeto, pero en este punto se juega una patología de la ética, lo que el psicoanálisis permite es hacerse responsable de su goce al sujeto que se decide a consultarlo.

Si la posición analítica comporta "un decir que no", no se da sino en el fondo de un "decir si" como oferta que acoge la demanda. Se trata de un "decir que no " no para producir la inclusión del sujeto en el universal, sino para producir lo más singular de la "diferencia absoluta" que lo contradice.

El psicoanalista al estar inserto en los dispositivos de control juega su partida: Si hay un aporte que desde el psicoanálisis se puede hacer, es recordar que él opera en la dimensión del fallo.

CONCLUSIONES

El ideal del yo, que plantea Freud, permite un lugar ocupado por el líder, mantiene la cohesión de la masa, eso produce una homogeneidad, en cambio al declinarse los ideales, como se da en la actualidad, se provoca una disgregación de la masa. En ese sentido, al faltar aquello que funcionaba como un modo de regulación, de cohesión, se produce un modo de dispersión.

La pluralización de los nombres del padre, nos permite entender que, no es una sola función que interviene para todos, sino que actuará de manera particular en cada sujeto para permitir que opere la castración y regular la pulsión.

La castración, que instaura la falta y permite el deseo, se ve confrontada o evitada por los sujetos en la actualidad debido a la declinación paterna. Es algo que se observa desde las funciones parentales en su imposibilidad frente a la castración, frente a la falta, obturando las vías del deseo en ellos y en sus hijos.

Hoy los padres se muestran tan desorientados como los hijos y no se presentan como garantes de un saber que oriente a sus hijos frente a la imposibilidad. Transmiten desde una posición infantil ideales narcisistas lo cual repercute en la constitución psíquica del niño y su relación con los otros y la realidad.

La declinación de la función paterna produce una falla a nivel de lo simbólico y debido a esto se da un proclive a la angustia e interferencias en las nociones de realidad. Esta falla simbólica también alcanza el desarrollo del pensamiento expresado como dificultades de aprendizaje o en la creación de soluciones que le permitan enfrentar la castración, la imposibilidad.

Como consecuencia de la desvalorización de la función paterna, se debilitarán los significantes que este transmite, ocasionando que el deseo no se anude a un referente sólido sino que oscile entre los objetos del mercado, siendo un deseo frágil, que no sostiene al sujeto, entonces irrumpirá la angustia, como señal, expresada mediante síntomas como, el déficit de atención, la agresividad o la depresión.

El discurso capitalista, se posesiona en el sujeto como un significante amo que lo empuja al goce, que se lo exige, el imperativo del mercado es GOZA!. Frente a la falta de diques que detengan la pulsión, el niño consume y se consume, con la cuota de angustia que esto conlleva.

Entonces, en la época actual, no es que no está la función del padre, sino que hay una proliferación de ideales, ideales frágiles. Esto se da por la compulsión a la repetición del goce. El mercado, bajo el ideal de “todo es posible”, ofrece objetos de consumo a los que el sujeto accede para obtener un goce, evadiendo la castración.

Tenemos una sociedad orientada a rasgos psicóticos y perversos, a la exigencia de la satisfacción del goce particular de cada sujeto y a un no querer saber de la falta, sin considerar que es justamente a partir de la imposibilidad que evidencia por la falta que el sujeto puede construir y desear.

El entregarse al sistema capitalista, sería el equivalente metafórico de esa locura, que es creer que es posible renegar de la falta, de esa falta constitutiva e intrínseca a nuestro ser, que es la imposibilidad estructural de ser completos, o lo que queremos imaginar como felicidad. Lo que se pierde en esta operación es el deseo. Para desear es necesario una distancia imposible de flanquear con el objeto. Eso realimenta nuestra capacidad de desear y de vivir.

Capitalismo, perversión y goce, aparecen anudados entre sí a nivel de la estructura del sistema, y lo hace de tal modo que opera a nivel del inconsciente del psiquismo humano, convirtiéndonos en sujetos apresados que ya no pueden elegir, al verse impulsados por el propio sistema en una vorágine consumista para obtener aquel objeto que promete colmar nuestra falta original.

Para ello desata una competencia feroz entre los propios sujetos, una competencia fuertemente cargada de agresividad que tiende a la eliminación del otro, vivido como competidor y eliminado como semejante.

En la época actual, el sujeto busca la satisfacción inmediata y una de las respuestas frente al malestar físico y psíquico que el mercado ofrece como objeto de consumo es la medicación. La utilización del fármaco obstaculiza la vía de simbolización que el sujeto realiza de su malestar psíquico, debido a que la medicación reduce dicho malestar a lo biológico forcluyendo la subjetividad, quedando así el sujeto-niño como objeto a merced de la perversión del amo actual, el capitalismo.

El psicoanálisis a diferencia de la medicación le da un lugar al sujeto, no intenta restituirlo a la norma, a lo estandarizado, no conduce a calmar o desplazar la angustia, al contrario, parte de ella, desde su signo singular para atravesarla y reubicar el goce en su lugar, dando paso a que surja el deseo en el sujeto.

Podemos determinar la aplicabilidad de la intervención desde la práctica psicoanalítica dentro de la institución educativa, un lugar donde se busca regular a los sujetos niños con la finalidad de educar y que cumplan con los parámetros instaurados desde la educación; estableciendo un abordaje desde la diferencia, es decir, desde la singularidad del niño, con la historia familiar que lo antecede y forma parte de su constitución como sujeto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Textos:

- Broussé, M.H. (2008). Los nombres, el padre, el síntoma. Guerrero, N.; Elkin, M., Cevallos, G., Zapata, B. Eds. *Psicoanálisis, Cultura y Malestares de la Época*. (pp. 121) Quito: La Palabra Editores
- Eidelberg, A. (2008). La Hiperactividad un Malestar de la Época. Guerrero, N.; Elkin, M., Cevallos, G., & Zapata, B. Eds. *Psicoanálisis, Cultura y Malestares de la Época*. (pp. 291a, 292b) Quito: La Palabra Editores
- Freud, S. (1895). Críticas de las neurosis de angustia. En *Obras Completas* (pp.199). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas* (pp.702). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de una teoría sexual. En *Obras Completas* (pp.1191). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1913). Tótem y Tabú En *Obras Completas* (pp. 1747a, 1846b). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914). Introducción al Narcisismo. En *Obras Completas* (pp. 2026a, 2028b, 2029c). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915), Los instintos y sus destinos. En *Obras Completas* (pp. 2039). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915), Lo inconsciente. En *Obras Completas* (pp. 2061). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1915), La represión. En *Obras Completas* (pp. 2057). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1916), Vías de formación de síntomas. En *Obras Completas* (pp. 2347). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S (1917) en “Duelo y Melancolía. En *Obras Completas* (pp. 2092). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1919). En memoria de Víctor Tausk. En *Obras Completas* (pp. 2702). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas* (pp. 2585). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas* (pp. 2585). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1922). Psicoanálisis y teoría de la libido. En *Obras Completas* (pp. 2674). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1926). Inhibición, Síntoma y Angustia. En *Obras Completas* (pp. 2833a, 2835b, 2837c, 2840d, 2048e). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1930) El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (pp. 3018a, 3019b). Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. (1938). En *Los complejos familiares*. (pp. 46a, 48b, 55c) Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- Lacan, J. (1948). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos 2*. (pp. 108-127). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores

Lacan, J. (1956). Metáfora y Metonimia. En *Seminario 3 Las Psicosis*.(pp. 327) Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1957). Clase 21. En *Seminario 4 La relación de objeto*. Recuperado de CD de Datos Infobase.

Lacan, J. (1957). Clase 3. En *Seminario 5 Formaciones del Inconsciente*. Recuperado de CD de Datos Infobase.

Lacan, J. (1962). *Seminario X La Angustia* (pp. 14a, 136b). Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (1975). Clase 2. En *Seminario 22 R.S.I*. Recuperado de CD de Datos Infobase.

Lacan, J. (1975). Clase 4. En *Seminario 22 R.S.I*. Recuperado de CD de Datos Infobase.

Lacan, J. (1975). Clase 8. En *Seminario 22 R.S.I*. Recuperado de CD de Datos Infobase.

Serra, M. (2005) La Adicción a la Felicidad. En *Freudiana No 45*, publicación de la ELP, PP 59-62

Prandi, M. (2006). Un nombre para la falla de la función de inhibición. Glaze, A. y Feijoó, D. Eds. *DDA, ADD, ADHD, como ustedes quieran* (pp. 66) Buenos Aires: Gramma Ediciones

Revistas:

Gorostiza, L. (2007). Autoridad. En *Revista Lacaniana de Psicoanálisis N° 5/6*. (1ª Edición) 189, 100

Pitella de Matos, C. (2007). Lazos de familia. En *Mediodicho Revista de Psicoanálisis N° 32*. (1ª Edición) 136. 38